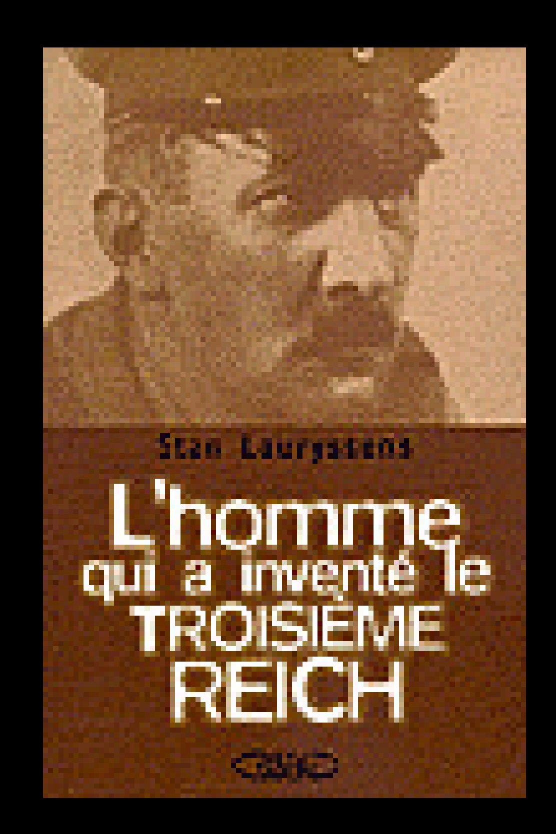
# Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 15




## MOELLER VAN DEN BRUCK

## CONSERVADURISMO REVOLUCIONARIO



*UrKultur*

# Sumario



# Editorial

**Arthur Moeller van den Bruck y la *Nouvelle Droite***

Según el cronista español de la llamada "Nueva Derecha", Diego L. Sanromán, el GRECE francés (Grupo de Investigación y Estudios para la civilización europea), no fue el primer movimiento que intentó una renovación profunda y radical del pensamiento político de corte revolucionario-conservador, aunque sí el único que ha intentado, con cierto éxito, arrebatar a la izquierda el protagonismo en el ámbito de las ideas políticas, a través de una nueva interpretación de la teoría gramsciana del poder cultural.

Incluso se ha querido ver en el *Groupement* un claro intento por reeditar el famoso *Juni-Klub* de Moeller van den Bruck, en tanto que movimiento ideológico de carácter transversal, crítico con el pensamiento liberal y de ruptura con la tradición política y cultural del conservadurismo, al tiempo que se muestra abiertamente anticapitalista y anticomunista, en fin, como la "tercera vía" defendida por Moeller.

Alain de Benoist, por su parte, dedicó un largo estudio a su admirado Moeller van den Bruck (*Nouvelle Ecole* nº 35, 1979-1980, luego traducido al italiano con el título *Moeller van den Bruck o la Rivoluzione Conservatrice*), que incluimos en este monográfico, y a su obra "El Tercer Reich", que enlazamos al final de la revista en su versión inglesa.

**Sebastian J. Lorenz**

# Moeller van den Bruck: Un rebelde conservador

**Luca Leonello Rimbotti**

**De la bohemia a la rebeldía**

Nacido en 1876 en Solingen, Arthur Moeller van den Bruck pasó su juventud en Düsseldorf, donde mostró un carácter introvertido, pero también rebelde. Bien pronto inició una vida bohemia, primero en Erfurt, a continuación en Leipzig, donde se matriculó en la Universidad, sin terminarla. Espíritu autodidacta, se formó en los clásicos del pangermanismo cultural, Langbehn, H.S. Chamberlain, Gobineau. En 1896 está en Berlín, donde entra en contacto con Rudolf Steiner, August Strindberg y el pintor *völkisch* Fidus. En 1902, escapando de la llamada al servicio militar, deja a su joven mujer embarazada y huye a París, donde frecuentó, entre otros, al pintor noruego Edvard Munch y al escritor simbolista ruso Dimitri Merezkowskij, que le hizo concocer y apreciar a Dostoievski. En 1906 llegó a Florencia en compañía del poeta Theodor Däubler, como el que compuso el poema épico *Nordlicht* (Aurora Boreal), y del escultor expresionista Ernst Barlach, que más tarde se convertiría en nacionalsocialista.

De 1904 a 1910 escribió la obra enciclopédica *Die Deutschen* (Los alemanes), un retrato de los más grandes genios de la cultura alemana, que tuvo no poca influencia sobre el círculo del poeta Stefan George. Desde 1906 inicia la traducción de las obras completas de Dostoievski. Regresa a Berlín en 1907 y vuelve a contraer matrimonio, emprendiendo una vida de viajes y colaboraciones en revistas, incluyendo la conservadora *Die Tat*. En 1913 publicó *Italienische Schönheit* (La belleza italiana), en plena preparación artística.

Reclutado como voluntario en 1914, después de un período en el frente oriental, fue asignado a la Oficina de Propaganda del ejército, donde trabajó con Friedrich Gundolf, Hans Grimm y Börries von Münchhausen, el primero seguidor de George y los otros dos intelectuales que se darían a conocer durante el régimen nazi. En 1916 Moeller publicó *Der prussische Stil* (El estilo prusiano) y, después de la derrota en junio de 1919, lo encontramos entre los fundadores del *Juni-Klub*, asociación nacional-conservadora de Berlín, y de *Gewissen* (Conciencia), revista del nacionalismo radical. De 1919 es su libro político *Das Recht der Völker jungen* (El derecho de los

pueblos jóvenes), mientras algunas fuentes dan por seguro un encuentro suyo con Hitler en el *Juni-Klub* en 1922

Dos años después de la publicación de su obra maestra *Das Dritte Reich* (El Tercer Reich), en 1925, debido a una depresión por motivos personales e ideológicos, se suicida en Berlín.

### El "Tercer Reino" del socialismo nacional europeo

Arthur Moeller van den Bruck constituye uno de los mejores resultados ideológicos alcanzados por el esfuerzo europeo por salir de los desastres y contradicciones de la modernidad: fue uno de los primeros en politizar el malestar de nuestra civilización frente a la afirmación mundial del liberalismo y el ascenso de la nueva anti-Europa, como juicio del principio de la era de América. Por lo tanto, había que separar netamente el concepto de Occidente del de Europa. El rechazo del Occidente capitalista y de su violente deriva antipopular debía conducir en línea recta a una revolución de los pueblos europeos, por su renovación, su renacimiento como verdaderas democracias orgánicas del pueblo.

Al igual que otros muchos intelectuales de las primeras décadas del siglo XX, también Moeller vio claro lo que, incluso hoy, muchos de nuestros contemporáneos no pueden distinguir: lo pernicioso del liberalismo, la mortífera destructividad de la tecnocracia capitalista, el engaño de fondo que sustancia a aquel centro de descomposición mundial, que ya eran entonces los USA: la falsa democracia, el imperio del mercado de valores, la libertad sí, pero sólo para el dominio del mundo de los negocios.

El diseño político de Moeller fue claro: el establecimiento del socialismo conservador, la creación de una comunidad marcada fuertemente por los valores nacionales, el advenimiento de un "elitismo democrático y orgánico", todo contenido en el marco de una recuperación del papel global de Europa, lanzando miradas de simpatía hacia Rusia, cuyo bolchevismo Moeller –que de joven había sido admirador de la cultura rusa y, en particular, de Dostoievski- juzgó, que más tarde o más temprano, se convertiría en un socialismo nacional saludable. Fue este el planteamiento general de los *Jungkonservativen* que formaban parte de la Revolución Conservadora, la respuesta dinámica a la derrota alemana de 1918 frente a las dificultades de la tecnocracia moderna y cosmolita, aunque finalmente se concretase en el advenimiento del régimen nazi.

El sentido último del mensaje ideológico de Moeller es doble: por un lado, denunció la dominación de la política por la economía en Occidente, como el escribió "la atención sobre la fluctuación del dinero ha sustituido a la oración diaria"; y por otro, dar un fuerte impulso a la reactivación de la nación, lo cual hacía depender de un moderno antiparlamentarismo corporativista, donde el escritor alemán vio la verdadera representación del pueblo, la verdadera participación en el "trabajo comunitario".

La ocasión para una renovada reflexión sobre el pensamiento de Moeller se ofrece ahora en el libro de A. Giuseppe Balistreri, "Filosofía de la Revolución Conservadora: Moeller van den Bruck (Milán, 2004). Un texto respaldado por un

formidable cuerpo de referencias científicas, resaltando la importancia de un proyecto político que no se extinguió en sus circunstancias históricas –la Alemania guillermina de Weimar- sino que aparece en la actualidad con la frescura de un referente político, que todavía hace más necesario, por la crisis de las últimas décadas, invertir en el concepto europeo de socialismo nacional.

Moeller tenía la capacidad para despertar un sistema ideológico –el socialismo anti-marxista- y colocarlo junto al valor de la nación, a fin de presentar a las masas, aturdidas por el doble asalto del bolchevismo y del capitalismo liberal, un modelo político que, si bien tenía el objetivo de renovación, quería hacerlo sin destruir el patrimonio de la cultura, la tradición y la comunidad social que Europa había construído en el transcurso de siglos de luchas. Todo esto fue encarnado por el término Tercer Reich: una evocación de esa política influenciada por el deseo de regeneración moral, una venganza religiosa del materialismo, y que ocultaba el viejo sueño del milenarismo.

**El diseño político de Moeller fue claro: el establecimiento del socialismo conservador, la creación de una comunidad marcada fuertemente por los valores nacionales, el advenimiento de un "elitismo democrático y orgánico", todo contenido en el marco de una recuperación del papel global de Europa**

Para Gioacchino da Fiore el "tercer reino" significa esperanza, no sólo religiosa sino también política, en un nuevo mundo futuro. Por eso se formó el mito. Y Moeller reinterpretó el mito en clave ideológica para ponerlo a disposición de las masas. Como escribe Balistreri, "el tercer reino es un mito soleriano". Este mito soleriano, aun con el elitismo y la despolitización de la Revolución Conservadora, tradujo las instancias teóricas en decisiones políticas, transformando la ideología cultural en política cotidiana de la masa.

Ciertamente, el conservadurismo de Moeller, que dibujaba una "sociedad de clases" de acuerdo a una concepción conservadora corporativista, formaba parte de la tradición alemana –la "comunidad de jerarquía social"- existente en el "prusianismo" desde el siglo XIX. Sin embargo, la novedad moelleriana del "Tercer Reivh" es combinar esta tradición con las exigencias de la moderna sociedad de masas. Es en este punto en el que el viejo conservadurismo debía convertirse en el nuevo socialismo. Este socialismo, como escribe Balistreri resumiendo la concepción moelleriana, "restaurará la democracia nacional alemana, prohibiendo el liberalismo, el sistema parlamentario de partidos, creando la *Volksgemeinschaft* que se constituirá siguiendo la idea de articulación por clases y corporaciones y se regirá en base al *Führergedanke.* Moeller había comprendido que a la tentativa de una pequeña minoría del internacionalismo liberal de conducir a las naciones a su desaparición en la "globalidad", debía responderse con el nacimiento de un socialismo del pueblo.

# Moeller van den Bruck: ¿un "precursor" póstumo?

---

**Denis Goedel**

Entre Moeller van den Bruck, presentado generalmente como el caudillo de los Jóvenes Conservadores, y Hitler y su movimiento, existen relativamente pocos puntos de contacto: basta consultar los escasos artículos de Moeller acerca del nacionalsocialismo y algunas de las raras referencias en sus libros. El hecho cierto es que Moeller, a diferencia de otros "jóvenes conservadores", desapareció de la escena ideológica en 1924 (muere en 1925), lo que equivale a decir que su pérdida se produce justo en el momento de la publicación de *Mein Kampf* y, en consecuencia, cuando el partido nazi estaba aún por reconstruir, por lo que no llegará a conocer el nazismo triunfante. Sin embargo, el "caso Moeller" estaba lejos de haber sido resuelto en 1925: para discípulos y biógrafos, el debate no sólo no continuó, sino que se avivó con la instauración del III Reich. Hay que tener en cuenta que la denominación *Dritte Reich*, utilizada por el nacionalsocialismo para designar su propio régimen, era el título de la principal obra de Moeller, publicada en 1923, *Das dritte Reich*.

Ahora bien, esos dos períodos en cuestión están marcados por el sello de la ambigüedad: los protagonistas adoptan tomas de posición poco diáfanas y, por tanto, difíciles de discernir: no hay aprobación unívoca ni rechazo manifiesto y claro. El análisis de dicha ambigüedad constituirá la primera parte de nuestro estudio. La segunda, se basará en los fundamentos de esa ambigüedad evidente: ¿estamos frente a una posición ideológica "revolucionario-conservadora" autónoma y, al mismo tiempo, cercana al nazismo a pesar de las diferencias?

## La "conciencia" y el "tambor"

*Das Gewissen* era el semanario de los "jóvenes conservadores" del *Juni-Klub* o Club de Junio, colectivo que pretende erigirse en la conciencia política de la nación, en la "primera derecha intelectual", tal como afirman y el papel de *Der Trommler* (el Tambor) correspondería a Hitler. Recordemos brevemente el primer momento de este período: la presencia de Hitler en el Juni-Klub una tarde de primavera de 1922. Fue una reunión organizada por R. Pechel y a la que éste hará años más tarde referencia en sus memorias. Hitler habría pronunciado un discurso frente a una treintena de personas con el mismo entusiasmo que si lo hubiese hecho en una cervercería muniquesa. Al término de la intervención, al parecer mal acogido por los

asistentes, Hitler se habría encontrado en una reunión restringida con Moeller, Pechel y, por supuesto, el admirado Von Trotta. Hitler, al parecer, llegó a pronunciar estas palabras: "Vosotros tenéis todo aquello que a mí me falta. Vosotros elaboráis el equipaje intelectual para la renovación de Alemania. Yo no soy más que un tambor y un reunificador. ¡Trabajemos juntos!". Fue una proposición, que no podía ser más directa, de colaboración y de reparto de papeles que fue recibida, sin embargo, con la máxima reserva: Moeller se conforma con prometer a Hitler abrirle las páginas de *Das Gewissen* y otras publicaciones del Juni-Klub. Tras la partida de Hitler, Moeller pronunció una de sus frases más repetidas: "Pechel, este tipo no entiende nada".

Esa anécdota denota un claro sentimiento de superioridad de Moeller, aunque en realidad el objetivo perseguido por ambos personajes no fuese muy distinto. En efecto, es a Hitler a quien juzga y no su proyecto político. Según Pechel, lo que en realidad pretendía esa tarde Moeller era "sondear el alma de Hitler".

El segundo momento en el que se entrecruzan Hitler y los "jóvenes conservadores" se produce en el fallido *putsch* de noviembre de 1923, acontecimiento que dos editorales de *Gewissen* juzgarán severamente calificándolo de "delito imbécil", y cuyo fracaso atribuyen a la "primitividad proletaria" de Hitler, personaje que carecería de "una sólida base intelectual". Este juicio fue confirmado, en mayor de 1924, en una carta de Moeller a Paul Ernst. Este último propuso a la redacción de *Gewissen* un artículo acerca de las insuficiencias de Hitler, artículo que sin embargo Moeller acabará rechazando, por consideración al pasado de dos excombatientes como eran Hitler y Ludendorff, sin que por ello dejara de compartir algunos de los puntos de vista de Ernst sobre "las deficiencias intelectuales, éticas y humanas de Hilter" y, en cualquier caso, dejar de celebrar el hecho de que muchos jóvenes estuviesen comprometidos en la intentona. Así es como interpretamos dicha carta. De su lectura se deduce que lo que se censura no es tanto el *putsch* en sí, respecto del cual los "jóvenes conservadores" fueron puntualmente informados, sino cómo han sido llevadas las cosas por Hitler y, al fin y a la postre, las consecuencias de su inmadurez política y falta de discernimiento.

El juicio no parece tener mayores implicaciones políticas y, en modo alguno, debemos dar un sentido negativo al término "proletario" que en él puede leerse. En realidad, el recién nacido movimiento nazihabía sido definido por Moeller como una reacción anticapitalista de los jóvenes proletarios de la provincia, arrastrado por la resuelta personalidad de su *führer*, un movimiento proletario de izquierdas en la medada en que Moeller toma al pie de la letra el programa de 1920 y la propia denominación del partido. Por el contrario, para éste el proletariado, abandonado a sus propias fuerzas, es impotente: tiene que ser "dirigido", y dirigido por un jefe surgido de otro estatus, tal y como había sucedido con Franz von Sickingen, líder en el que los campesinos sublevados han depositado su confianza.

Por tanto, podemos observar con claridad idicios de un análisis ambivalente –e incluso ambigüo- en los juicios de Moeller sobre Hitler. Ciertamente críticos, pero en ningún caso hostiles, ya que las censuras se centran en el "hombre" Hitler y en su activismo desenfrenado, antes que en el proyecto político de este último, al que, al fin y dicho sea de paso, se valora como "una luz favorable".

**Moeller, ¿"profeta" del III Reich?**

El período que sigue a la muerte de Moeller está dominado por la controversia alrededor de la "paternidad espiritual" del III Reich, en el que los discípulos de Moeller se esforzarán por dar una imagen de éste como "profeta", como "soñador" del III Reich nacionalsocialista, como "padre espiritual", mientras que la "paternidad política" correspondería a Hitler. Los nazis, sin embargo, no se mostrarán especialmente receptivos.

En ese momento, la balanza parece decantarse de parte del desaparecido Moeller de la mano tanto de sus discípulos y amigos, como de sus biógrafos, entre los que se encuentran Lucy Moeller, su segunda mujer. En primera fila se encuentra Hans Schwarz, su albacea, que reedita la obra de Moeller y que en los prefacios a las distintas reediciones consigue dar el tono y la solemnidad adecuados. Antes y después de 1933 habrá, empero, diferencias notables. Así, en el prefacio a la tercera edición de *Das dritte Reich* de 1930, Schwarz constata el afortunado acierto de la denominación "dritte Reich" que, según el, los nacionalsocialistas han tomado prestado de Moeller – al igual que la de "Bund Oberland" o la de "Volkskonservativen"-, y que en realidad expresa una misma inquietud: la preparación del "Tercer Reich" como objetivo exclusivo del "tercer partido" preconizado por Moeller.

¡Hay que evitar a toda costa que se apoderen de él los exaltados de los que se mofan los periódicos satíricos! ¿Acaso se trata de los nacionalsocialistas? Es bastante posible, pero no se puede afirmar taxativamente desde el momento en que la crítica se expresa en términos un tanto velados, sin que ello impida un vitriólica misiva de von Gleichen dirigida contra los nacionalsocialistas, partiendo de una posición resueltamente conservadora.

En 1933 se producirá un cambio de tono en el propio Schwarz. En el prefacio a *Der politsche Mensch,* recopilación de artículos de Moeller, presenta a éste como si fuese el "inspirador de la revolución de 1933". La razón de este brusco cambio de rumbo es evitar que Moeller sea puesto definitivamente en el "índice". Además, Schwarz se verá obligado a hacer de Moeller un "precursor" del nacionalsocialismo, porque no eran pocos los que, tanto en Alemania como en el extranjero, afirmaban la presencia de un abismo ideológico insuperable que separaba a éste de Hiler. Esa fue la explicación que Schwarz dará a H.J. Schwierskott en 1958.

Ya sea por necesidad, ya por oportunismo, lo cierto es que los seguidores de Moeller se verán empujados a identificar el personaje con el III Reich nazi. Sin ir más lejos, Lucy llegará a afirmar en 1931 que el nacionalsocialismo es tan solo un movimiento que ha conseguido "revolucionar a Moeller", y dos años más tarde, en 1933, en una carta a Goering, identifica a ambos personajes. Otro tanto ocurre con W. Koeppen, quien hizo de Moeller el "precursor espiritual del nuevo socialismo", y con su biógrafo W. Rossle que, en 1935, con ocasión del décimo aniversario de la muerte de Moeller, no vaciló en identificar dentro de una misma dirección a Hitler, "nacido para la acción", y a Moeller, "nacido para pensar la acción", desde una perspectiva que, sin embargo, anda lejos de la ortodoxia nazi.

En efecto, para los nazis Moeller se ha convertido en un embarazoso aliado, al que se acoge con sentimientos contradictorios. Se le reconoce, ciertamente, de forma

oificial y son citadas cuatro de sus obras en la biografía oficial de Erich Unger. Asimismo, el órgano de la juventud hitleriana *Wille und Macht*, no vacila en presentarlo como "el anunciador de la verdadera Alemania, el verdadero padre espiritual de la nueva generación". Por otra parte, en 1925, en su *Tagebuch* (Diario), Goebbels rinde homenaje a *Das dritte Reich*, texto que considera fundamental para la evolución del NSDAP, tal y como lo hará años más tarde (1933) Rosenberg al calificar a Moeller de "ardiente y noble alemán", y considerar *Das dritte Reich*, patrimonio común de todos los alemanes. A pesar de estos defensores, Hitler no deja de experimentar cierta irritación frente al intelectual y esteta Moeller, cuyos discípulos se complacen en contraponerlo a esos hombres de acción que son los nacionalsocialistas.

¿Por qué no se unió Moeller a nuestras filas?, se pregunta Goebbels, quien acabará hastiado de tanto estética política. Rosenberg, por su parte, terminará por arremeter violentamente contra aquellos que pretenden erigir a Moeller en el verdadero "padre espiritual" de la nueva Alemania, situación que disminuye los méritos del *Führer*. Al final, Rosenberg considerará como calificativos aplicables a Moeller los de "literario, intelectual, abstracto, ajeno a la realidad". Esta andanada tuvo su reflejo en el *Völkische Beobachter* del 4 de junio de 1935, en el que, aparte de responder un artículo de W.Rössier, se afirma que la revolución alemana no es solamente la obra política, sino también la obra espiritual de Adolf Hitler. El órgano de las SS, *Das Schwarze Korps*, el día siguiente, critica también la autosuficiencia de los "jóvenes conservadores", que se creen intelectualmente superiores, y concluye contraponiento el "Kämpfer" Hitler al "Künder" Moeller.

Se trata de un período de ambigüedad, sobre todo por parte del movimiento nazi: reconocimiento –a veces, embarazoso- de la importancia de la obra de Moeller y, al mismo tiempo, reticiencias frente a su intelectualismo y a su rechazo de un compromiso político concreto. Los nazis muestran irritación frente a las pretensiones y la soberbia intelectual de los discípulos de Moeller. Y todo ello en el marco de una ausencia de debate, que no se producirá hasta 1939 con la aparición de una biografía del nacionalsocialista H. Rodel. Para Rodel, Moeller, lejos de pretender el título de apóstol del III Reich, no sería sino "el último conservador", de ahí su lejanía del nacionalsocialismo y del racismo biológico. Esta biografía aparece al mismo tiempo que el artículo sobre Moeller en el *Lexicon* de 1939, en el que se reprocha a Moeller no haberse puesto jamás del lado del auténtico racismo basado en la sangre.

Estas dos tesis, que representan de hecho una posición nacionalsocialista extrema –rechazo de Moeller en nombre del racismo biológico y su asimilación sin matices, discutible a nuestro juicio, al conservadurismo-, no pueden hacernos olvidar, sin embargo, la sensación general de una ausencia de linderos claramente delimitados entre ambos personajes, y la insuficiencia de las contradictorias explicaciones que giran alrededor de las controversias pasado-futuro y pensador-hombre. No es fácil separar a Moeller del nacionalsocialismo, tal como revelan los testimonios de sus coetáneos. Así, E.J. Jung escribía en 1932 que, desde el punto de vista de los nacionalsocialistas cultos, Moeller no deje en momento alguno de apareder como "padre fundador" del NSDAP. E.W. Gerhart –pseudónimo de Waldemar Gurian, "joven conservador" y analista perspicaz de las tendencias políticas del momento-, en su obra *Ums des Reiches Zukunft* (1932) no distingue entre el "nuevo socialismo" al que

vincula a Moeller y el nacional-socialismo, al que considera como el partido de masas de aquél. Para los contemporáneos de Moeller, en consecuencia, existe no poca dificultad en distinguir a los "jóvenes conservadores" del nacional-socialismo, dificultad derivada de la ambigüedad que caracterizará las relaciones entre ambos movimientos. Hasta tal punto, que no podemos dejar de preguntarnos sobre si dicha ambigüedad no será imputable a las posiciones ideológicas de los "jóvenes conservadores", lo que intentaremos poner en evidencia a través del análisis del concepto "Führer" ky de sus dimensiones revolucionaria y conservadora, en la obra de Moeller.

## "Der völkischer Führer" o la dimensión revolucionaria del poder según Moeller

En *Das dritte Reich*, Moeller define un modo explícito de dominio político capaz de responder a las exigencias de una época post-revolucionaria. Para llevar a cabo la revolución, el movimiento debe convertirse, a su vez, en un elemento activo. De ahí nace la exigencia de un poder conservador en manos de un "völkischer Führer", de un "jefe popular" en tanto en cuanto está cerca del pueblo –de ahí que Moeller hable de un "völkliches Kaisertum", el anhelado líder de los campesinos rebeldes, de un jefe carismático capaz de ganarse el favor de las masas, con el fin de integrarlas a través de la movlización, de la agitación nacional-imperialista; esto es, lo que Moeller denominará "Konservative Bewegung", un movimiento capaz de mantener el poder que él denomina "conservador" en oposición al poder "reaccionario".

En relación con el fallido *putsch* de Kapp, de marzo de 1920, Moeller llegará a distinguir entre "conservadurismo" y "reacción". Para Moeller, la reacción no es sino una fuerza de dominio, coercitiva, cuya meta es la pasividad de las masas. El conservadurismo, aprendiendo la lección que supuso dicho fracaso, se propone el triunfo a través del consenso, sustituyendo la obediencia-represión por la obediencia-adhesión. Se trata de un tipo de poder que los politólogos alemanes asimilan al concepto de cesarismo, aunque se trate de un cesarismo evidentemente revolucionario (llamada a la violencia revolucionario del pueblo "nacionalizado" para hacer saltar por los aires el orden demo-liberal), y constituya una senda distinta a la del conservadurismo histórico alemán (el "Herrenklub", por ejemplo, rechazaba el recurso a la movilización de las masas).

Sin embargo, para los ortodoxos del conservadurismo alemán (H.J. Schwierskott, O.H. von der Glabenz, M. Rhonheimer, etc) Moeller será considerado como un "pseudoconservador". Y es justamente en este punto en el que el parentesco de Moeller con el nazismo se hace más que evidente: conceptos como los de "Bewegung" y "Führer", sin hablar del recurso a la técnica moderna y la influencia de las masas.

Sin embargo, el "Führer" moelleriano, para llegar a ser un auténtico "Volklicher Führer", no tiene que ser por fuerza un "Führer" de extracción popular, sino que, por el contrario, Moeller enarbola el postulado, para él innegociable, de la esencia conservadora del "Führer".

**"Der konservative Führergedanke" o la dimensión conservadora del poder según Moeller**

La idea conservadora del guía del pueblo se basaría en la exigencia moelleriana de un jefe que sea de origen conservador y no proletario; esto es, en la necesidad de que su procedencia no pueda ser ni de la masa, ni las clases popular o media. El direc-tor de los asuntos de Estado, debe tener un origen conservador; esto es, celoso de su innata aptitud para el mando: al mismo tiempo posee el sentido de lo concreto, la altura de miras y la indi-ferencia necesaria frente a los acontecimientos, a lo que hay que añadir la cualidad de depositario de la experiencia de las generaciones pasadas. Es decir, los requisitos que hacen de una persona un jefe nato.

El único problema consiste en desplazar a los jefes conservadores que, según Moeller, pueden provenir de las viejas clases dirigentes o incluso de las clases asimiladas. Cuando Moeller piensa en una cosa así, en realidad se está refi-riendo a la necesidad de la presencia triunfal de los nuevos líderes -a los que llama “trabajadores intelectuales”- y a la intelligentzia -a la "derecha" intelectual- a quienes considera dignos de la dirección del país. Este origen social del "Führer" -"el hombre que viene de lo alto"- aleja la idea moelleriana del nacional-socialismo, y más teniendo en cuenta que Hitler es, tomando prestada una expresión de J. Monnerot, "un hombre venido desde abajo" que, si no era de extracción popular, al menos pertenecía a la pequeña burguesía.

Las diferencias saltan a la vista: un proyecto conservador para un jefe conservador, frente a un proyecto incierto -y seguimos utilizando la fraseología de Monnerot- para un hombre surgido del caos y que, con absoluta certeza, es un revolucionario en el sentido que instaurará un nuevo orden político y social: revolución intelectual y moral -nihilismo, antisemitismo, reforma agraria-; revolución social -sustitución de antiguas por nuevas élites-, y revolución económica -anticapitalismo-.

En efecto, a diferencia de la "revolución" nazi el proyecto moelleriano se nos muestra como sustancialmente conservador, aunque de una forma no exenta de singularidad: se propone aportar una solución al problema de las masas, frente a las que, por otra parte, el conservadurismo estaba enfrentado desde finales del siglo XIX. La solución que pretende es resuel-tamente conservadora, en la medida en que trata de encontrar un modo de estabilizar a las masas proletarias. Si su proyecto se hubiera realizado, probablemente habríamos llegado a un sistema sui generis: una dictadura conservadora nacional-popular con analogías con el nacional-socialismo, pero probablemente no exenta de diferencias esenciales; esto es, socialmente conservadora, manteniendo en su lugar a las antiguas elites conservadoras y los valores que le son propios -el orden, la autoridad, la personalidad, la jerarquía, la propiedad, etc.-, y en la que el nacionalismo y el imperialismo hubieran alcanzado su máxima expresión aunque, en contrapartida, el racismo habría sido excluido -el sistema moelleriano, sin duda, se habría ase-mejado más al fascismo que al nacional-socialismo.

Pero su doctrina no pudo llevarse a la práctica al no haber encontrado unas élites predispuestas, ya que éstas se habían desmovilizado a partir de 1920, ni con unas masas receptivas, a las que con anterioridad se había enfrentado y que, por descontado, habían permanecido fieles a sus partidos. En contrapartida, otras élites

movilizaron a otras masas, con lo que -salvando todas las distancias, incluida la temporal- el proyecto moelleriano se mani-fiesta como una utopía conservadora fuera de la historia.

La idea de "Führer", en consecuencia, define perfectamente el empeño moelleriano, al que situaremos entre el conservadurismo que desea modernizarse y adaptarse a la era de las masas, y el nacional-socialismo, con el que converge con respecto a los métodos a emplear. En cierta forma, Moeller da un sentido distinto del concepto "Revolución Conservadora": es revolucionario como consecuencia de los métodos y el marco histórico en el que está inmerso y conservador en lo que atañe a la meta perseguida.

He ahí por qué dentro del debate acerca de las denominaciones -que van desde "pseudoconservador" a "prefascista" o incluso a “teórico conservador del fascismo” (Petzold)-, nosotros nos inclinemos por la de neoconservador, la cual, desde nuestro punto de vista, hace justicia a dicho intento de modernización del conservadurismo. Intento que, sea como fuere, se justifica al menos por la pretensión de métodos inéditos para el conservadurismo de la época, métodos que lo emparientan con el nacional-socialismo -la idea de parentesco nos parece más apropiada que la de paternidad- y que, en todo caso, lo vuelven en su contra por reducción al absurdo.

Con relación al nacional-socialismo o, para emplear el concepto genérico, con relación al fascismo, no creemos que podamos considerarlo fascista en su sentido histórico. ¿Prefascista entonces? A decir verdad, no puede preceder al fascismo dado que éste último constituye una realidad que le resulta ajena, distinta en su esencia y -mientras no haya prueba en contrario- ya existente en el momento en que Moeller concibe su proyecto neoconservador y, por consiguiente, contemporáneo. Habría que situarlo, por tanto, junto al fascismo, con el que comparte algunas peculiaridades: estaríamos ante una suerte de parafascismo.

Moeller estaría así a caballo entre el conservadurismo y el fascismo. De ahí su ambigüedad manifiesta, ambigüedad que viene del latín ambiguus, que significa justamente "entre dos".

[VV.AA. “Sobre la Konservative Revolution”, Ediciones Nueva República, Barcelona, 2000]



# Moeller y Dostoievski

---

**Robert Steuckers**

Moeller van den Bruck fue el primer traductor alemán de Dostoievski. Se dejó influir profundamente por los diarios de Dostoievski, tan llenos de severas críticas al Occidente. En el contexto alemán después de 1918, Moeller van den Bruck abogaba, con argumentos de Dostoievski, por una alianza Rusogermana contra el Oeste. ¿Cómo podían los respetables caballeros alemanes, con una inmensa cultura artística, mostrarse a favor de una alianza con los bolcheviques? Sus argumentos fueron los siguientes: durante toda la tradición diplomática del siglo XIX, Rusia fue considerada el escudo de la reacción contra todas las repercusiones de la Revolución Francesa y contra la mentalidad y los modos revolucionarios. Dostoievski, un antiguo revolucionario ruso que más tarde admitió que su opción revolucionaria fue un error, consideraba más o menos que la misión de Rusia en el mundo era borrar en Europa los rastros de las ideas de 1789. Para Moeller van den Bruck, la Revolución de Octubre de 1917 solo fue un cambio de ropajes ideológicos: Rusia continuaba siendo, a despecho del discurso bolchevique, el antídoto a la mentalidad liberal de Occidente. Derrotada, Alemania debiera aliarse a esta fortaleza antirrevolucionaria para oponerse al Occidente, que a los ojos de Moeller van den Bruck es la encarnación del liberalismo. El liberalismo, expresa Moeller van den Bruck, es siempre la enfermedad terminal de los pueblos. Tras unas décadas de liberalismo, un pueblo entrará inexorablemente en una fase de decadencia final.

En el marco limitado de la ND francesa, el redescubrimiento del factor "Rusia", y su valorización positiva, se desarrolló en varias etapas. Al final de los años 70, Alain de Benoist lee una traducción no publicada de una obra consagrada a la personalidad y la obra de un precursor y fundador de la corriente revolucionario-conservadora alemana, Arthur Moeller van den Bruck. Un profesor reputado había redactado la obra: el alemán Schwierskott. Un militante desconocido había realizado una traducción de este libro para el responsable de la ND parisina. Moeller van den Bruck, como es sabido, había apostado por una alianza Germanosoviética después de Versalles, para reducir a la nada los obstáculos impuestos a Alemania por Clemenceau y Wilson. Extraía sus argumentos *del Diario de un escritor* de Dostoïevski, cuya traducción al aleman habia realizado. Dostoïevski, al analizar el conflicto y los resultados de la Guerra de Crimea, había demostrado la hostilidad fundamental del Occidente, orquestada por Inglaterra, contra Rusia, que pretendía contenerla sobre las orillas septentrionales del Mar Negro. El liberalismo, ideología de países ricos, no era más que una peligrosa subversión para los países que todavia no se habian desarrollado o que habían conocido una derrota histórica. Moeller van den Bruck hacía directamente un paralelo con la Alemania de Weimar.

# Moeller y la *Kulturpessimismus* de Weimar

**Ferran Gallego**

Para la *Konservative Revolution* alemana, Oswald Spengler y Arthur Moeller van den Bruck fueron las vinculaciones directas con la *Kulturpessimismus* de Weimar. De los dos, sólo Moeller había alcanzado cierta popularidad antes de la primera guerra mundial como crítico literario y artístico. Su dedicación al estudio de la estética se basaba en una convicción compartida con el romanticismo: la contemplación de la obra de arte era el camino para penetrar en el *Volksgeist,* el espíritu del pueblo.

**La revolución instauraría una comunidad orgánica sin conflictos internos, liderada por una nueva élite y estructurada por un Estado corporativo**

Su crítica del liberalismo se canalizó, tras la derrota y la capitulación, hacia una propuesta de "revolución alemana", de una revuelta de la "generación de 1919", que dictaría el final de la República de Weimar: la revolución instauraría una comunidad orgánica sin conflictos internos, liderada por una nueva élite y estructurada por un Estado corporativo. El nuevo *Reich* habría de ser la síntesis entre la filosofía vitalista y la superación de las fórmulas políticas procedentes de la Ilustración.

De esta forma, la derrota, incluso bajo la forma de catástrofe, poseía la cualidad de condicionar el despertar nacional La catástrofe podía estimular una gran toma de conciencia, por la que Alemania se presentaría como una nación joven dispuesta a enterrar la ideología de las viejas naciones.

La imagen de renovación y recuperación simultáneas, de revolución y tradición, se concretaría en el título del libro más célebre de Moeller de 1923, "El Tercer Reich", recurriendo a una corriente de pensamiento *Völkisch*: el "socialismo alemán" superaba las concepciones de clase para convertirse en un liberalismo depurado de su corrupción liberal. Esto también lo expresaría Spengler en su ensayo "Prusianismo y Socialismo".

[Ferran Gallego, De Munich a Auschwitz", Barcelona, 2001]

# Moeller y los *Jungkonservativen*

**Erik Norling**

Los neoconservadores o "jóvenes conservadores", más preocupados por alcanzar fórmulas prácticas, influirán sobremanera en los movimientos nacional-revolucionarios. Su misión es la restauración de un nuevo imperio, que Moeller profetizará en su obra capital –El Tercer Reich- publicada en 1923 y dará nombre al régimen de Hitler.

El Tercer Reich moelleriano no debe confundirse con un nacionalismo excluyente, sino que se trata de una restauración de los valores morales de la sociedad del pueblo. Su principal centro de elaboración de ideas será el *Juni-Klub*, fundado en junio de 1919, cuya denominación hace referencia a la vigencia del Tratado de Versalles. Lo crean varias organizaciones contra-revolucionarias. Tenía como objetivo crear una red de *Ring* (anillo) que pudiera superar la dispersión ideológica de las fuerzas derechistas. El Club de Junio impregnó de un espíritu socialista a la derecha. Como órgano de expresión aglutinador contaban con la revista *Das Gerwissen* (la conciencia). Después aparece el círculo formado alrededor de la revista *Die Tat* (la acción), animada por jóvenes conservadores como Hans Zeher.

Armin Mohler identifica a los "jóvenes conservadores" como uno de los movimientos ideológicos de la Revolución Conservadora, pero otros como Karl Prümm lo rechazan, limitándola a los ambientes nacional-revolucionarios. Moeller es el principal autor de la Revolución Conservadora. Su suicidio en 1925 impedirá conocer sus intenciones con el nacionalsocialismo, aunque sabemos que rechazó cualquier colaboración con Hitler. Pero en el periódico del movimiento, en enero de 1923, describió el nacionalsocialismo "como una reacción anticapitalista de jóvenes proletarios de la provincia que se han unido a la atractiva personalidad del Führer".

El Club de Junio, pronto rebautizado como *HerrenKlub* (Club de los Señores), en clara referencia al principio aristocrático que defendía, y por lo que despreciaban los movimientos de masas de corte fascista, decidió utilizar el nacionalsocialismo para liquidar la República de Weimar e implantar un Estato totalitario. Pero el grueso de la Revolución Conservadora, con Moeller a la cabeza, acusará al nacionalsocialismo de ausencia de ideología. Gregor Heinrich acusará a Otto Strasser de "trivializar el concepto moelleriano del Tercer Reich". El biógrafo de Moeller, Stan Lauryssens, en *The man who invented the Third Reich*, se ocupó de marcar distancias entre el autor y el nacionalsocialismo.

[Erik Norling. "Los hermanos Strasser y el Frente Negro". Ediciones Nueva República]

# Moeller y Spengler

---

**Ernesto Milá**

Moeller nació en Solingen en 1876 y murió en 1925, tras manifestar escepticismo hacia Hitler y a su movimiento ("Ese tipo nunca llegará lejos"...). En realidad fue el padre del "conservadurismo revolucionario". Traductor de las obras de Dostoyevsky al alemán y autor, entre otros, de “El estilo prusiano” y “El derecho de los jóvenes pueblos”, Moeller es, con mucho, el intelectual de esta corriente más leído; sus obras no caen en la complejidad sorprendente de Spengler, ni en lo iniciático de Keyserling y difiere tanto en tratamiento como en temática de Salomon o Junger, pero fue quien supo calar mas hondo en el corazón de los "jóvenes nacionalistas" y darles un cuerpo doctrinal coherente y global del que sin él difícilmente hubieran podido dotarse. A su muerte su pensamiento fue recogido por el grupo "Tat" ("Acción"), dirigido por Eugen Rosentok, que fue derivando hacia un "comunismo nacional" sin demasiada audiencia. En 1919 Moeller fundó el "Juniklub" (que más tarde sería sustituido por el "Herrenklub"), que se definió como "corporativo, socialista, antioccidental y nacionalista". Entre sus miembros se encontraba Hans Grimm, autor de "Pueblo sin espacio", título suficientemente significativo, y Heinrich von Gleichen, que más tarde dirigiría el "Herrenklub". Por sus salas dieron conferencias los hermanos Strasser, Oswald Spengler y el futuro canciller Brüning. Pero la obra cumbre de Moeller fue el libro titulado "El Tercer Reich", que auguraba aquello que Hitler llevó a la práctica.

Aparecido poco tiempo después de "La Decadencia de Occidente", el libro de Moeller está dedicado en parte a refutar algunas de las tesis de Spengler. A la ineluctable decadencia spengleriana, Moeller opone la "voluntad inagotable de los pueblos" que puede superar cualquier estado de decadencia, la cual dependerá de la integridad o no de esa voluntad. De ahí que se empeñe en resucitar el nacionalismo alemán como antídoto contra la decadencia. "El nacionalismo alemán quiere mantener Alemania porque constituye, como "País del medio" (Mitland), el único fundamento sólido del equilibrio europeo". Tal como lo concibe Moeller, el nacionalismo alemán tiene una misión planetaria que es lograr la unificación de Europa. Ahí está la tarea "revolucionaria" del estilo prusiano, realizar la unidad europea (Moeller tenia en sus venas sangre de muchas naciones, su abuela era española y su madre holandesa) y al mismo tiempo su tarea "conservadora", el preservar ese estilo. Tal como la concibe Moeller, Europa unida sólo es concebible bajo el dominio alemán, y para esto se apoya en tesis geopolíticas y en la situación continental de Alemania como "mitland". La unidad europea deberá pues pasar por una Alema¬nia fuerte. A este "europeísmo" (un tanto sui generis) Moeller lo llama "supernacionalismo orgánico y organizador".

Alemania no es para Moeller una nación occidental, sino oriental. Desprecia Occidente y lo que significa, especialmente lo que significa después de la revolución francesa, opone el germanismo a la latinidad y ve en Arminuis y en la victoria del bosque de Teotoburgo sobre los romanos, la victoria de lo instintivo sobre la razón. Cabe decir que su noción de la latinidad parecía más influida por el neo-clasicismo francés que por la latinidad misma. Es precisamente en Francia y en Inglaterra en las naciones que ve los gérmenes de la desintegración moderna: dominadas por las logias masónicas, fue en estas dos naciones en las que más hondo caló el liberalismo, el escepticismo y el racionalismo, la secularización y el oportunismo masónico especialmente. Las logias prepararon el cerco de Alemania en 1914 y con ella la desintegración del Reich.

Una política exterior en el futuro deberá basarse en la amistad hacia Rusia y en el sometimiento de Alemania y Francia. Rusia... allí ha triunfado el comunismo, en una nación oriental el comunismo se presenta como una importación occidental que esclaviza y domina la voluntad y el afán de servicio del espíritu ruso. El marxismo es una continuación del liberalismo, pero mientras que éste se limita a proclamar una formal igualdad de derechos, el marxismo habla de igualdad económica y unión proletaria internacional. Ambos textos-origen, el manifiesto comunista y el Contrato Social, son igualmente abstrusos y utopistas. Frente a todo esto surge el III Reich, según la concepción que Moeller se elabora. Es preciso una revolución conservadora: "Alemania debe ganar su revolución reencontrando el secreto de su tradición y de su destino", La estructura del III Reich debe ser un "socialismo nacional" es decir, un socialismo en el marco nacional alemán con la integración nacional de los jefes de la economía y de los ejecutores de la misma. Cada socialismo pertenece a un pueblo, cada pueblo tiene el derecho de su propia concepción del socialismo. Cada nación tiene el deber de establecer la justicia por su cuenta y la conciencia alemana dará lugar a un socialismo joven, corporativo militarista y arraigado en el suelo alemán.

Un orden orgánico jerarquizará al pueblo de forma natural. El proletariado será nacionalizado (puesto al servicio de la nación). La forma de Estado no debe contemplar el dilema de “monarquía” o “república”: una elite verdadera, nacida de un pueblo verdadero, tiene derecho a dirigir el Estado fiel a su tradición. El futuro jefe será elegido por el pueblo alemán y existirán distintos cuerpos orgánicos: federales (regiones), políticos (de participación) y económicos (corporaciones). Más importante que la forma de estado es la elite que está al frente de ese estado, que habrá de nacer ante todo de una revolución espiritual (es decir, que modificará la conciencia del proletariado y de la comunidad popular). Quizás sea en el pensamiento de Moeller en donde se intuye por vez primera la noción de "revolución cultural", La revolución de la que habla tendrá como función elevar el espíritu creador de las masas en general.

Tal es, a grandes rasgos, la construcción ideológica que se hace Moeller, audaz, intuitiva, sorprendente, más allá del pangermanismo y del internacionalismo. A partir de 1930, sus temas fueron recogidos de forma ordenada por el Grupo "Tat", hasta 1933. Con el subtítulo de "revista destinada a la elaboración de un nuevo régimen", los hombres de "Tat", al igual que Jünger y Moeller, rechazaron el activismo político y se dedicaron a la elaboración de un marco espiritual e intelectual para la resurrección de Alemania. [VV.AA. “Thule, la cultura de la otra Europa”, Ed. Bausp, 1979]

# Moeller y la *Konservative Revolution*

---

**Keith Bullivant**

Una manera de dilucidar el sentido de la Revolución Conservadora es a través de la autoconciencia de quienes pertenecían a ella de no ser meramente conservadores. Se esmeraban en distanciarse de los grupos existentes y de ideas como el "Viejo Conservadurismo" o "los reaccionarios", ya que todos ellos asumían que "todo lo que necesitamos es restaurar lo antiguo". La preocupación central de nuestro grupo era "combinar las ideas revolucionarias con las conservadoras" e "impulsarlas de un modo revolucionario-conservador hasta el punto en que podamos volver a vivir" (Moeller).

Observamos en tales formulaciones un distanciamiento tanto de lo reaccionario como de lo revolucionario; lo uno y lo otro representan extremos indeseables. Lo conservador revolucionario permanece, en cambio, según Moeller van den Bruck, "en el término medio de las cosas, mira simultáneamente hacia delante y hacia atrás". La senda hacia el *Tercer Reich* dicurre por la vía "tercera" o "intermedia" entre los extremos.

Karl Prümm alega que Armin Mohler ignora el papel político de la Revolución Conservadora en la República de Weimar, concentrándose excesivamente en sus aspectos espirituales e intelectuales. Las relaciones en su conjunto de los revolucionarios conservadores con la política práctica son en efecto más problemáticas, y una vez más las declaraciones coetáneas tienden a respaldar a Mohler más que a Prümm.

El *Tercer Reich* de Moeller van den Bruck demuestra con bastante claridad cómo la revolución venidera era considerada esencialmente en términos espirituales más que políticos. Quienes comparten la postura de Moeller "reconocen un proceso espiritual que opera detrás de la revolución, un porceso que la acompaña, en el cual se transforma, o del cual emana". Su auténtica preocupación es "conmover el nivel espiritual de los puntos de vista políticos" y "destruir los partidos a fuerza de nuestra *Weltanschauung"*.

Otra importante dimensión de la Revolución Conservadora, que tuvo un profundo efecto en sus relaciones con la política, provenía del área de pensamiento conocida como *Lebensphilosophie*. Así, para Moeller la revolución venidera representa "la irrupción de un autoconocimiento espiritual transformado y de una autoconciencia concomitante".

A pesar de la ineficacia del esfuerzo humano que parecería seguirse de esa visión fatalista de la historia, los conservadores revolucionarios creían tener una misión histórica potencialmente decisiva. Consideraban que los principios antitéticos de conservadurismo y revolución producían una profunda división en el seno de la nación, en tanto que su idea de la historia haría posible una síntesis que erradicaría toda polarización que representaba la "tercera vía". El conservador revolucionario

> "vive con la conciencia de que la historia es un legado, una majestuosa transferencia y una suma de todo lo que las personas llevan desde el pasado hacia el futuro. Pero ese legado ha de ganarse una y otra vez, y hacia él se encamina la unidad de la gran trinidad de la que ya conocemos el pasado y el presente; mientras que el futuro lo hemos de dotar de contenido, cada cual a su tiempo, y lo hemos de enriquecer con nuestro sueño del mismo " (Moeller, *Das Dritte Reich).*

La síntesis de pasado y presente, de conservadurismo y revolución, era la tercera vía a la unidad de la nación; era también sinónimo del concepto, propio del *Así habló Zaratustra* de Nietzsche, del "intermedio" y de la imagen místico-religiosa del "Tercer Reich". Esta búsqueda de la síntesis ideal es uno de los rasgos más prominentes de la Revolución Conservadora".

Del mismo modo podría parecer que Moeller van den Bruck apoyase la democracia, o al menos lo que él entendía por tal, a pesar de su –habríamos de considerar- carencia básica de simpatía por ella, ya que mantenía que no era "el tipo de estado lo que hace a una nación democrática, sino la participación del pueblo en la vida del estado". Un estado no era en modo alguno determinado única o principalmente por su vida económica. Era importante considerar tales cosas "de un modo atemporal, teniendo en cuenta las facetas externas de la naturaleza humana, las cuales determinan nuestra vida diaria así como el curso de la historia". La verdadera base de un estado es su esencia popular (*Volklichkeit*), y una de las tareas de la Revolución Conservadora es detener "el decantamiento ya sea hacia la democracia ya hacia el proletariado" de dicha esencia.

El miembro del "tercer partido", como Moeller se autodenomina, y aquellos que comparten sus puntos de vista, "emerge sobre las disputas de los partidos políticos y se orienta, distanciándose del pensamiento político que perjudicó seriamente a Alemania y a toda Europa, por todos los medios hacia el Hombre en el Alemán y el Alemán en el Hombre" (Moeller). A la luz de esa concepción de la Revolución Conservadora como fuerza que permanece al margen o por encima de la palestra de los partidos políticos, como un apolítico "tercer partido" que trabajaba con suficiente vigor en su esfera de actividad elegida, pero que consideraba la política de partidos como contraria a los intereses de la "verdadera nación", resulta muy sorprendente que su contribución a la vida política –en la acepción normal del término- de la República de Weimar fuese mínima.

En realidad, sólo en los últimos años de Weimar, cuando estaba empezando a desmembrarse, se puede identificar el impacto de las ideas provenientes de la Revolución Conservadora sobre los políticos, y particularmente el escepticismo acerca del partido polítoco como la mejor forma de actividad política.

# Arthur Moeller van den Bruck

**Alain de Benoist**

## 1. Los  años de errancia

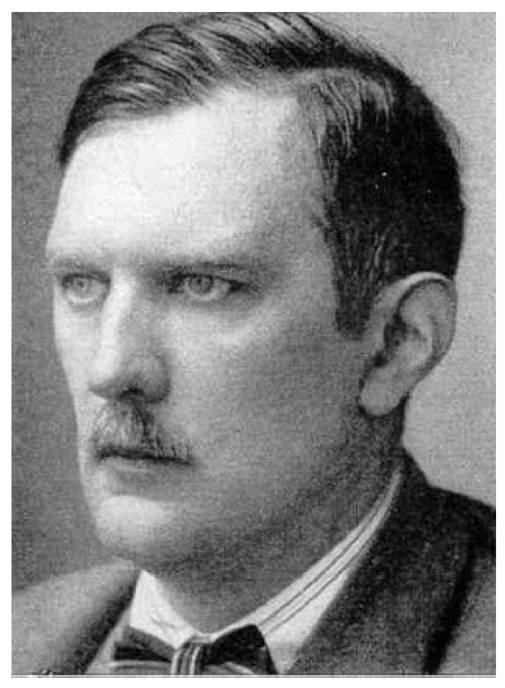
«Intentar saber quién fue Moeller van den Bruck es formular realmente una pregunta acerca del destino alemán». Estas palabras, pronunciadas por quien fuera su esposa1, se aplican con rigor trágico a este teórico neoconservador desconocido aún, representante de una «tercera fuerza» –la Revolución Conservadora– que jamás pudo encarnarse políticamente de forma duradera y que, a partir de 1933-35, fue combatida por el nacionalsocialismo como antes lo había sido por los representantes de la democracia parlamentaria-liberal de Weimar.

Arthur Moeller van den Bruck nació en Solingen, en Westfalia, el 23 de abril de 1876. Su padre, Ottomar Víctor Moeller, originario de Erfurt, consejero de la Intendencia de Edificios, era arquitecto en la Real Administración de Prusia (königliche Baurat). Después de haber servido como funcionario –al mismo tiempo que su hermano Rudolf– en el ejército prusiano entre 1866 y 1870, se instaló en Solingen, donde estuvo encargado de construir la prisión más moderna de la Alemania de su época. Originario de Turingia (como Leibniz, Lessing y Nietzsche), a principios del siglo XIX su familia se había establecido en una propiedad de Harz, cerca de Nordhausen, y contó entre sus integrantes a oficiales, funcionarios y terratenientes, así como a algunos pastores luteranos. Desde 1848, al igual que muchos notables de la burguesía protestante cultivada, Víctor Moeller profesaba una viva admiración por Schopenhauer –y no es precisamente por azar que da a su hijo el nombre de pila del autor de El mundo como voluntad y representación, quien debió valorar este hecho en demasía2.

Su esposa, quien nació con el nombre de Elise van den Bruck –mujer de una belleza notable y poseedora de una gran sensibilidad artística– pertenecía a una familia renana de origen holandés y español. Cuando Moeller tiene catorce años, y habiendo sido educado en un medio protestante –luterano y reformado a la vez– acaece la muerte de Bismarck en 1890. Su juventud, que pasó en Dusseldorf, la conocemos sobre todo gracias a su primera mujer, Hedda Maase, quien también fue su compañera de infancia. Ella lo describe como un adolescente «siempre pensativo y frecuentemente soñador», con una tendencia a la melancolía (rara vez reía), y que, «a pesar de su penetrante inteligencia e irreprimible idealismo», difícilmente aparecía entre los alumnos buenos, pues había tantas otras cosas qué hacer para esta generación que se llamaba de fin de siglo –en lugar de las tareas escolares– que percibía cada novedad literaria como un acontecimiento de Estado que devoraba la

entonces naciente lírica social (…) y que constantemente buscaba consejo y fuerza en torno a Nietzsche.

Durante meses, incluso años –añade Hedda Maase– hacía su aparición después del mediodía, a las cinco en punto, en la casa de mi padre; siempre tomaba su lugar en la misma esquina del diván, y entonces comenzaba, con su círculo de amigos y amigas de estudio, una viva discusión, apasionada frecuentemente, sobre los problemas sociales que entonces comenzaban a sentirse en la literatura y el arte.



El joven Arthur, quien dicen que también se hallaba afligido por su mal fario, fue de hecho un niño difícil –casi se podría decir que un rebelde– lo que condujo rápidamente a sus padres a abandonar la esperanza de verlo abrazar la carrera militar. Tres años antes de su bachillerato, abandona el liceo de Dusseldorf, después de haber hecho aparecer anónimamente, en uno de los periódicos de mayor circulación de la ciudad, un artículo muy hostil hacia los artistas locales, y en el que también da cuenta de la honda impresión que le causaron las obras de Edvard Munch. ¿Fue voluntaria su salida? O por el contrario, ¿Moeller fue expulsado por la dirección del liceo? Hedda Maase (carta a Fritz Stern del 12 de septiembre de 1959) se inclina por la primera hipótesis. Pero su segunda esposa, Lucy Moeller van den Bruck, asegura (carta a Fritz Stern, 8 de agosto de 1951) que fue separado de la institución por haber mostrado un espíritu independiente y demasiada curiosidad personal; así, el artículo sobre Munch no habría sido más que un pretexto.

Las verdaderas razones por las cuales fue expulsado del Gymnasium de Dusseldorf –escribe ella– provinieron de su concepción creativa de la vida (…) Estaba decepcionado de la rutina universitaria (…) Quería fundar su saber más en los viajes que en los libros; decía que era visual [ein Augenmensch].

Ésa era también la opinión de Paul Fechter3. Comienzan entonces los Wanderjahre: los años de viaje, de «errancia». En abril de 1895, Moeller es enviado inicialmente a Erfurt, con sus parientes, con la finalidad de cursar su bachillerato. Hedda Maase se convierte oficialmente en su novia y compañera de viaje. Pero el joven se topa nuevamente con dificultades escolares. En la Pascua de 1896 parte hacia Leipzig, donde sigue una especie de vida bohemia. Inscrito en la Universidad, cursa muy irregularmente la clases del psicólogo Wilhelm Wundt y del historiador Karl Lamprecht. Pero en realidad todo su bagaje intelectual lo obtiene esencialmente como autodidacta. Sus universidades –escribe Gerd-Klaus Kaltenbrunner– fueron los cafés literarios, las premières teatrales, los talleres de los pintores de vanguardia, las exposiciones e innumerables noches blancas en las cuales acumula extraordinarios conocimientos sobre literatura e historia del arte4.

En Leipzig, Moeller conoce en especial al poeta lírico y simbolista Franz Evers y se relaciona también con el historiador del arte Hans Merian, sucesor del naturalista Hermann Conradi a la cabeza de la revista Die Gesellschaft. Además, es en esta publicación –considerada «de vanguardia»– donde publica sus primeros artículos literarios, consagrados en particular al drama moderno, a la obra lírica de Richard Dehmel y de Przybyszewski5.

En ese mismo año de 1896, en agosto, Moeller –entonces de veintiún años– se casa con Hedda Maase y se instala en Berlín. Una herencia de su abuelo materno le permite a la joven pareja mudarse a una pequeña villa a orillas del lago Tegel. A decir verdad, a Moeller no le gusta mucho la capital del Reich, que para él no es sino la sombra de su grandeza pasada, y que ha equivocado el pathos «nacional» de la «generación de 1888». Pero es entonces cuando verdaderamente va a comenzar a tomar parte en la vida político-literaria de su tiempo.

## 2. Artista, escritor, traductor

Desde su llegada a Berlín, establece contacto, en efecto, con diferentes círculos «modernistas». Frecuenta sobre todo el café Das schwarze Ferkel, donde se reúnen Richard Dehmel, Franz Evers, el pianista y compositor Conrad Ansorge, August Strindberg y otros escritores escandinavos. Se relaciona también con libertarios como Wedekind, con naturalistas como Gerhart Hauptmann o con formalistas como Stefan George. Evers le presenta igualmente a Rudolf Steiner –el padre de la antroposofía–, al artista Fidus –quien será una de las figuras del Movimiento Juvenil–, a Wilhelm Lentrodt, Peter Hill, Ludwig Scharff, Max Dauthendey, Franz Servaes, Willy Pastor, Arno Holz, etcétera. Para poder vivir, Moeller hace, junto con su mujer, una serie de traducciones: Daniel Defoe, Thomas de Quincey, Baudelaire, Guy de Maupassant, Barbey d'Aurevilly, Edgar Poe6. También colabora con la revista Zukunft (Futuro) de Maximilian Harden, donde comienza a publicar, a partir de 1899, sus verdaderos primeros trabajos de carácter personal. En 1902 aparece su libro titulado Das Variété, análisis de un género que entonces estaba de moda y cuyo ejemplo estaría representado por el Überbrettlei de Wedekind. Ese mismo año, reúne en su libro Die moderne Literatur diez monografías que ya había publicado separadamente y que estaban consagradas a autores contemporáneos7. El valor de estos ensayos es desigual, pero en ellos Moeller nos proporciona una eficaz ojeada. «Tratándose de un hombre tan joven (...) es un logro impresionante», comenta Fritz Stern. Allí trata, en efecto, a autores cuya notoriedad y talento serán ampliamente reconocidos después, trátese de Gerhart Hauptmann, Stefan George, Hugo von Hofmannsthal, Peter Altenberg, Franz Wedekind, Max Dauthendey, Richard Dehmel, o bien de jóvenes poetas como Albert Mombert y Stanislaw Przybyszewski. El libro es una crítica al impresionismo literario, pero sobre todo al naturalismo, representado especialmente por Arno Holz, a quien Moeller recrimina concebir la escritura como una simple imitación de la realidad. Al mismo tiempo transparenta la clara oposición de la sociedad guillermina con su «filisteísmo» cultural, su ostentación burguesa, su patriotismo barato y sus contrastes sociales. Esta primera parte de la obra de Moeller constituye une especie de «fotografía del espíritu fin de siglo» (Armin Mohler).

En esta época, Moeller van den Bruck no tiene un compromiso político propiamente dicho. Entre tanto, ya había leído las obras de Houston Stewart Chamberlain, autor de La génesis del siglo XIX (aunque está lejos de compartir todas sus opiniones), y sobre todo de Julius Langbehn, el alemán «loco por Rembrandt», quien le causa una gran impresión. Pero la influencia más sensible en él es la de Nietzsche, a quien además le dedicó el primer volumen de su serie literaria. Más adelante (en Die Zeitgenossen), dirá: «Nietzsche se volvió nuestro Rousseau» –antes de añadir: «y la ciencia natural moderna y la técnica, nuestra Revolución». Al autor de Así hablaba Zaratustra –obra a la que celebraba desde 1896 como el más grande libro del siglo– le agradece sobre todo haber descrito la literatura como una «función vital» así como una expresión de la «fe social». Oponiendo el «ebrio optimismo» de Zaratustra al pesimismo schopenhaueriano, ve en Nietzsche al hombre que hace el llamado a la vitalidad instintiva que rompe con el apego reaccionario al pasado, y quien celebra al hombre de genio y ve en el arte un medio de regeneración de la sociedad entera.

A Nietzsche –escribe Roy Pascal– debe también su convicción de que lo que está por venir es intrínsecamente revolucionario, sin precedente, y no puede juzgarse con la medida del pasado –mientras que el futuro está «más allá del bien y el mal» [8].

Das Varieté comprende además una crítica al «veneno» del cristianismo, inspirada visiblemente en Nietzsche. Moeller rechaza, en cambio, la temática del superhombre, la que le parece muy vaga y que interpreta sobre todo como una traducción de las frustraciones personales de su autor. En sus primeros escritos vemos aparecer ya lo que desarrollará más tarde de manera sistemática, como la crítica violenta a los valores burgueses y su rechazo al pasado. Moeller no duda en hacer el elogio de todas las corrientes innovadoras de su tiempo. Apoya las tendencias «modernistas» en arquitectura y, en el terreno de la pintura, proporciona un entusiasta apoyo a la Secesión. Escribe dos artículos en la revista Jugend, la que dará su nombre al Jugendstil o Art nouveau[9]. Más tarde manifestará su simpatía por el expresionismo, y después por el futurismo italiano[10].

Las referencias de Moeller –escribe Denis Goeldel– se encuentran incuestionablemente a la vanguardia, en franca ruptura con el academicismo oficial y, si dejamos de lado el caso más complejo de Nietzsche, quiere ser la expresión de la sociedad industrial moderna[11].

Moeller rechaza, pues, el pesimismo cultural. La modernidad es, bajo su mirada, una promesa que, finalmente, será la que hacen los «grandes rebeldes», aquellos que ponen a prueba las «intuiciones imperiosas» y que encuentran en las profundidades de su alma y de su imaginación poética suficientes recursos para oponer a la mediocridad de su tiempo las prerrogativas del espíritu[12].

Desde Variété –añade Goeldel– [Moeller] afirma de manera perentoria que la modernidad no es decadente, y desafía al tipo de pesimista decadente que se regodea en su decadentismo; refuta en especial la Kulturpessimismus contemporánea, oponiéndole realizaciones tangibles de la modernidad que contrastan con las de la época de nuestros padres –dice– ¡lo que más bien los hace aparecer como si fueran los «malos viejos tiempos»! Y en 1912 [rechazará] con vigor a los acusadores de la

modernidad, a los llamados pädagogisch-pastoralen Zeitankläger que critican la civilización que los rodea porque se sienten mal bajo su piel13.

Paralelamente, Moeller ya manifiesta una clara tendencia en la que ve las manifestaciones artísticas y literarias como síntomas reveladores del espíritu de una época. Para conocer los temperamentos nacionales –afirma– el arte proporciona una clave mucho más segura que las instituciones políticas o sociales.

Al igual que muchos intelectuales del fin de siglo –observa Klemens von Klemperer– Moeller había padecido la influencia de la tesis de Burckhardt, según la cual un pueblo no puede tener una gran cultura y una significación política al mismo tiempo14.

Para él, esto deriva en una supremacía de la estética: así, un proyecto de sociedad es, por principio, un proyecto artístico. Siguiendo a Richard Dehmel, reafirma con fuerza su fe en la misión del arte, y llega incluso a sugerir que esto puede servir de religión. «Tenemos el arte –escribe Moeller– un arte que vuelve superflua la religión y proporciona a los ciudadanos del mundo moderno una seguridad que, de otra manera, sólo les podría conferir la creencia en Dios»15. La burguesía –agrega– es incapaz, en el fondo, de comprender el contenido del arte porque carece del sentido de lo sagrado, y es ajena a la lucha universal en donde el arte es también una manifestación:

El combate es espléndido e implica mucho más de la dignidad humana que la simple autosatisfacción complaciente. La lucha de los espíritus y las pasiones nos ofrendará nuestros grandes reyes y nuestros mejores héroes. La paz sempiterna, la única que nos puede ofrecer la pequeña burguesía filistea, será un tedio insoportable16.

El mismo año en que Moeller publica su enorme ensayo de crítica literaria surge un acontecimiento que va a decidir bruscamente su destino. En el otoño, en efecto, cuando su mujer acaba de terminar la traducción de Moll Flanders de Daniel Defoe, Moeller huye de Francia, pasando por Suiza –con la intención de irse a América (proyecto que jamás conseguirá). El término «huída» no es exagerado; sin embargo, las razones de su precipitada partida son algo oscuras. Su esposa, quien entonces estaba encinta, escribirá después esta sibilinas líneas: «Para escapar a las insoportables circunstancias en las que lo había colocado el destino (…) Moeller van den Bruck, víctima inocente de sus angustias (...) partió hacia París y, en mi difícil situación, me encontré sola»17. En realidad, Moeller simplemente decidió sustraerse a la obligación del servicio militar18. La vida de cuartel es ciertamente lo opuesto a su ideal –lo que tampoco le impedirá, llegado el momento, ¡partir hacia la guerra!– y la antipatía que le inspira la burocracia guillermina no tiene límites. He aquí pues que se encuentra insumiso y exiliado. Su matrimonio, ya algo deteriorado, no resistirá la separación: poco tiempo después de haber dado a luz a un hijo, el 26 de diciembre de 1902, Hedda contraerá nupcias nuevamente con Herbert Eulenberg –joven autor dramático que Moeller le había presentado en 1901– y con quien tendrá otro hijo en 1904 19.

En París, Moeller van den Bruck se vuelve a encontrar con Franz Evers y Max Dauthendey, y conoce al pintor Edvard Munch. Es asiduo asistente a los medios de las bellas artes; lo encontramos, frecuentemente sin dinero, en la Closerie des Lilas.

Pero a la vez depura su evolución y, al igual que muchos alemanes que se encuentran en el extranjero, toma verdaderamente conciencia de su identidad.

### 3. Die deustchen: la educación debe despertar la conciencia nacional

Descubriendo su patria desde el exterior, la ve con una mirada nueva y siente una viva exaltación ante el espectáculo de contradicciones en el que se debate. También se siente sorprendido por el hecho de que Francia, a diferencia de Alemania, parece «pensar» su política –y que dicha política ejerce una influencia determinante sobre la cultura. Es entonces cuando comienza a afirmarse como «nacionalista». A pesar de que no entiende este término en el sentido corriente de cualquier chauvinismo –ni tampoco en el sentido de un pangermanismo con el que casi no tiene afinidades– participa de una solidaridad que se vuelve plenamente consciente con la cultura de la cual es heredero.

Así, poco a poco, el esteta se transforma en escritor comprometido. Moeller comienza a escribir un vasto fresco que refiere la vida de los «alemanes ilustres»: ocho volúmenes en total, reagrupados bajo el título de Die Deutschen, que se publicarán escalonadamente entre 1904 y octubre de 1907. Su ambición –para retomar la expresión utilizada por Hans Schwarz– es ser una especie de «Plutarco alemán»; grandes cambios se operan en él. Lo dirá en una carta del 16 de febrero de 1920 dirigida a Friedrich Schweiss:

Me consagraría [en lo sucesivo] a cosas muy diferentes. La vida remplazaba a la literatura. Era un alemán que estaba en el extranjero; vivía las diferencias entre las naciones. Estábamos en vísperas de una gran confrontación. El resultado fue Die Deutschen: una obra de valor educativo que debía inculcar una conciencia nacional a una nación, una obra que analiza la historia para desempeñar una misión.

Ése será también el primer libro que firmará simplemente como Moeller van den Bruck. Los ocho volúmenes de Die Deutschen presentan una compilación de biografías que recuerdan a grandes personajes agrupados por afinidades: hombres de estado, filósofos, artistas, etcétera. Dedica un volumen completo a Goethe como el representante ideal del espíritu alemán. En esta colección, donde se siente la influencia de Dostoievski –pero también la de Carlyle y la de Emerson– Moeller opone dos grandes tipos de fuerzas espirituales: el tipo «problemático» (que se encarnaría en el Hamlet de Shakespeare) y el tipo «plástico» (que estaría encarnado en el Fausto de Gœthe), y se esfuerza por clasificar a sus personajes en función de su aporte a la conciencia nacional. Es en este sentido que Die Deutschen fue, efectivamente, un libro concebido para conducir a la nación alemana a «la afirmación de sí», un «libro de preparación» (Vorbereitsbuch) en vista de los acontecimientos por venir. Desde el primer volumen Moeller se reafirma como un contestatario: «La nación tiene necesidad de un aporte de sangre nueva, de una insurrección de los hijos contra los padres, de un relevo de los ancianos por la juventud»20. Es igualmente en esta serie donde bosqueja y comienza a desarrollar su crítica al liberalismo: «El liberalismo no tiene el menor punto en común con la libertad (…) Su libertad es sólo la libertad del individuo para convertirse en un hombre medio»21. Pero su llamado apenas será entendido: en 1908, Die Deutschen había suscitado una sola recensión, ¡aparecida en la sección infantil de un diario de informaciones berlinesas!

Moeller publica también un ensayo sobre el teatro francés, así como un estudio instalado en el mismo espíritu de su gran obra de crítica literaria de 1902, Die Zeitgenossen, donde analiza las obras de varios artistas y escritores extranjeros: Chamberlain, Max Klinger, Edvard Munch, Strindberg, Rodin, Mæterlinck, Gorki, d'Annunzio, Theodore Roosevelt, etcétera. Das Théâtre français, que apareció en la serie monográfica «Das Theater» dirigida por Hagemann, resume las críticas que Moeller endereza contra el espíritu francés, al que estima que fue víctima de un escepticismo destructivo y de una ironía sistemática, ambas incompatibles con la verdadera vitalidad cultural. La obra se plantea de hecho como un inventario de la pobreza y el decaimiento de la creación teatral francesa. Francia –declara perentoriamente Moeller– ¡ya no reúne en sí las condiciones necesarias para una renovación!22

Die Zeitgenossen prolonga, bajo una forma sistemática, la reflexión emprendida en Die Deutschen. Allí, se afirma convencido de vivir en una Zwischenzeit, una época de transición, marcada por el advenimiento de nuevos límites y la emergencia de una nueva cultura. Dicho período –dice– podría compararse con un interregno; lo esencial es saber descubrir los signos de esto en un mundo tan grande. La verdadera libertad –ya lo decía Hegel– consiste en comprender la naturaleza de las necesidades del momento. Moeller, a su vez, declara que el hombre es tanto más creador en la medida en que sienta en su ser los imperativos del tiempo presente, es decir, que sólo se puede ser libre asignándose una finalidad, la cual depende estrechamente de la época que determina su misión23. Así se establece un lazo entre el individuo aislado y el pueblo al que pertenece. En la sociedad alemana de su tiempo, Moeller cuestionará después haber creado una zanja profunda entre la improductiva clase dominante y las populares fuerzas creativas. Reasume también la oposición clásica entre «cultura» y «civilización»: «La cultura se relaciona con el espíritu, la civilización con el estómago»24. Y finalmente expresa preocupaciones metafísicas de manera casi existencialista, y opone, a contracorriente de cualquier tendencia modernista, las prerrogativas de Dios Padre a las del Hijo:

¿Por qué Cristo está hasta allá? ¿Para los fuertes o para los débiles, para las horas lábiles o fuertes de la humanidad? La respuesta a esta cuestión de conciencia sólo puede ser: para los tiempos y los hombres débiles. Nuestro solo orgullo nos debería impedir invocar sin cesar a Cristo. Sólo nos queda Dios –incluso si sabemos que no existe25.

Mientras que lleva en París una vida más bien precaria, Moeller conoce a quien se convertirá en su segunda esposa, una joven letona llamada Lucy Kaerrick. Ella, a su vez, lo pone en contacto con el poeta y místico ruso Dimitri Mereykowski, bajo cuya influencia se sumerge en la lectura de Dostoievski; es una revelación. El joven emigrado alemán descubre sus afinidades esenciales con el gran escritor ruso: cierta tendencia al profetismo, la crítica al «occidentalismo», el sentido de lo trágico –y también esta idea, con la que hará camino al andar, según la cual existen «pueblos viejos» y «pueblos jóvenes».

Moeller decide entonces ponerse al servicio del pensamiento dostoievskiano. Habiendo logrado convencer al editor muniqués Reinhard Piper, emprende junto con Less Kaerick, hermana de Lucy, la traducción de las obras completas de Dostoievski.

Éstas aparecieron de 1905 a 1915, en veintidós volúmenes, como resultado de los esfuerzos conjuntos de Moeller, Mereykowski y «E. K. Rahsin» (pseudónimo de la hermana de Lucy). El primer volumen es una traducción de Los posesos. Moeller redactó para cada título una introducción muy sustanciosa. En uno de los prefacios, presenta a Dostoievski como «revolucionario por conservador». Esta obra conocerá un éxito inmenso: 179 000 ejemplares vendidos en 192226. Este enorme trabajo de traducción, aparte de que representa una hazaña intelectual indiscutible, no era ajeno a la fascinación que Dostoievski ejerció en la juventud alemana poco antes e inmediatamente después de la Primera Guerra mundial (influencia comparable a la que pudo tener la filosofía alemana sobre la intelligentsia rusa en el siglo XIX). Berdiaev decía que el alma humana podía dividirse en dos clases: las que se parecen a Tolstoi y las que se parecen a Dostoievski. Tanto para Moeller como para la mayor parte de sus contemporáneos, Dostoievski es evidentemente el ejemplo a seguir, en oposición al liberalismo «occidental» y al cristianismo izquierdizante de un Tolstoi –la paradoja era que este sentimiento había llevado a los jóvenes alemanes a extender su mirada hacia todo lo que se consideraba favorable a la Unión Soviética, así como los soviéticos habían optado claramente por Tolstoi (en quien Lenin veía el «espejo de la revolución rusa»).

El hecho era que al día siguiente de que acabara la Gran Guerra, la «orientación hacia el este» (Ostorientierung) parecía a muchos nacionalistas alemanes la única alternativa posible a la lógica del Tratado de Versalles.

El hombre ruso –dirá Rainer María Rilke– me enseñó a través de tantos y tantos ejemplos cómo la servidumbre y una prueba minan constantemente todas las fuerzas de resistencia que ineluctablemente acaban en la ruina del alma. Para el alma eslava allí se encuentra un estado de sumisión tan perfecto que, incluso sometida a la presión más pesada, crea un juego, un emplazamiento libre y secreto, una cuarta dimensión de su ser en la cual, aún en las circunstancias más aflictivas, para ella comienza una nueva libertad, infinita y verdaderamente independiente.

La Rusia de Dostoievski se volverá, pues, una de las referencias de los que rechazan a Occidente –sea el Occidente del poder papal romano o el del poder anglosajón en ascenso. Christian Morgenstern resumió así la experiencia que tuvo de Dostoievski: «Después de la lectura de sus obras, difícilmente encontraríamos el camino de la Europa occidental». Con el autor de Los posesos y de Crimen y castigo, Alemania ya no podrá mirar más al sur ni al norte, ni siquiera al norte, sino más bien hacia el este –dicho «este» que es tanto una dirección geográfica como una opción política y un mundo «mágico» encargado de proporcionar un modelo de recambio frente a la decadencia occidental27. Se sabe que este punto de vista será llevado al extremo por las diferentes fracciones «nacional-bolcheviques», y en particular por Ernst Niekisch, quien escribirá:

Rusia no tiene necesidad de nosotros para una alianza temporal, sino para una alianza eterna (...) Son estos dos grandes pueblos, el ruso y el nuestro, a quienes les corresponde cambiar la faz del mundo28.

Después de permanecer cuatro años en París, Moeller van den Bruck parte con su mujer hacia Italia. Pasa el año 1906 en Florencia, donde trabaja especialmente en los archivos y en la biblioteca de la ciudad. Se relaciona entonces con dos de los

padres del expresionismo (ambos fueron declarados artistas «degenerados» bajo el III Reich), el escritor dramático Theodor Daübler (1876-1934), autor de la célebre recopilación de poemas titulada Nordlicht29, y el pintor, escritor y escultor Ernst Barlach (1870-1938), quien recibirá el premio Heinrich von Kleist en 1924 30.

**4. La importancia del estilo**

Su estancia en Italia marca un giro en la obra de Moeller, quien en adelante se consagrará esencialmente al estudio de los estilos y valores específicos de los pueblos. Moeller adquirió, en efecto, la convicción de que todos los pueblos tienen un ritmo particular, una vida interior que les es inherente y que se explica esencialmente mediante un estilo nacional homogéneo. «La cultura –nos dice citando a Nietzsche– es ante todo la unidad de estilo artístico de todas las expresiones vitales de un pueblo». El estudio de los «caracteres nacionales» estaba entonces de moda en toda Europa. En Alemania encuentra en Herder a uno de sus grandes precursores. Para Moeller, el estilo representa el elemento de permanencia, el hilo conductor que vincula a unos y otros en los diferentes períodos de la vida de los pueblos. Definido como «arte espiritual», aparenta lo sublime y adquiere incluso una dimensión metafísica: sólo cuando el hombre se da un estilo supera sus imperfecciones ontológicas. La idea de que existen «pueblos jóvenes» y «pueblos viejos» continúa madurando en el espíritu de Moeller. Inclusive concibe el proyecto de un nuevo fresco, donde desarrollaría esta idea a partir de un estudio histórico, y comprendería seis ensayos reunidos en dos volúmenes, más un volumen de presentación. El primero, consagrado a los «pueblos viejos», estudiaría la «belleza italiana», el «escepticismo (Zweifel) francés» y el «sentido común (Menschenverstand) británico»; el segundo, sobre los «pueblos jóvenes», trataría sobre la «concepción (Weltanschauung) alemana del mundo», la «voluntad estadounidense» y el «alma rusa».

Todo integraría un conjunto coherente sobre los «valores de los pueblos» (Die Werte der Völker) y constituiría una especie de enciclopedia de los estilos artísticos y literarios en tanto expresiones de las fuerzas creativas nacionales31. De hecho, Moeller quiere demostrar sobre todo que los «pueblos viejos» son aquellos a los que la «perfección» del estilo los traiciona su cansancio, la conclusión de su misión, mientras que la característica esencial de los «pueblos jóvenes» es no haber encontrado todavía la unidad de estilo porque se encuentran, ellos mismos, «inacabados»: los «pueblos jóvenes» tienen posibilidades inmensas porque están movidos todavía por la vitalidad cultural de sus inicios. Dicha oposición recupera en gran medida la antinomia clásica de cultura y civilización tal y como se encontrará explicada, por ejemplo, en las Consideraciones de un apolítico de Thomas Mann32. Pero Moeller no tendrá el tiempo suficiente para llevar a cabo su proyecto. Solamente verá la luz el primer ensayo dedicado a la belleza italiana33. Enorme obra prolijamente ilustrada, Die italienische Schönheit se presenta, ante todo, como un penetrante ensayo sobre la cultura, el arte y la historia de Italia, desde sus orígenes hasta el Renacimiento. Allí, Moeller estudia vastamente las influencias etruscas, greco-romanas, bizantinas, moriscas, francas, lombardas, toscanas y venecianas, y critica de paso el imperialismo romano y el período barroco, pero encomia el período gótico y el Quattrocento. En contra de Burckhardt, quien veía en el arte italiano el momento

culminante del Renacimiento, considera que el apogeo del «clasicismo» italiano se da en su fase italo-germana, entre los siglos XIII y XV. La belleza italiana –escribe– nació en la Toscana etrusca, desde donde, poco a poco, invadió la Roma de los papas, la Rávena sometida a los dioses bizantinos, la Lombardía germánica y la Sicilia morisca. Es resultado de los desposorios entre el renaciente «espíritu toscano original» y las influencias germánicas aún en proceso, de suerte que se le puede definir como fruto de un equilibrio entre el plasma germánico y el karma toscano, como fruto del equilibrio entre una vida creativa desbordante en savia y los principios de orden que aún no se habían vuelto convencionales y «civilizados». El pintor que mejor representa este apogeo es Piero della Francesca, pues por sí solo expresa todo el sabor de la tierra umbría en el orden abstracto de la Toscana34.

Más tarde, la catedral de Pisa, construida en 1603, aparece como el símbolo de una «victoria tardía de la mansión etrusca sobre la basílica romana, sobre la cúpula bizantina en cruz, sobre la pilastra lombarda que reemplazó a la columna antigua, y sobre la bóveda ojival de las mezquitas sicilianas». El Renacimiento, por el contrario, señala sobre todo el inicio de la decadencia:

El clasicismo de un Rafael o un Miguel Ángel es de otra naturaleza. La Roma en la que trabajan ya no es un centro de fervor religioso. El arte que engendra no es más que un arte moderno y «sentimental» en el sentido que Schiller da a este término, es decir, un arte sin ingenuidad ni convicción35.

¡Moeller llega incluso a cuestionar el amor que Goethe profesa hacia Rafael! Die italienische Schönheit –que además fue comercialmente un fiasco– permitió a Moeller precisar sus conceptos. Para explicar el genio de la cultura y el arte italianos, también hay que apelar tanto a la historia como a los orígenes humanos y a los paisajes. El arte nacional, según él, es resultado de los datos geográficos (paisaje, espacio, clima) y de componentes étnicos dispersos, que se funden en el crisol de la cultura y la historia para dar nacimiento a un estilo y a la conformación de una vida colectiva «de dentro hacia afuera». El momento donde esta fusión es el más intenso marca el apogeo del arte nacional, cuya decadencia comienza cuando el lazo cultural, interior y orgánico, es sustituido por una coherencia de civilización puramente externa (proceso que, para Moeller, comienza en Italia con Miguel Ángel y, en Prusia, al día siguiente de la guerra de 1870-71).

El elemento clave para cada pueblo es, pues, su «karma histórico particular». Cierto, «una forma nueva siempre proviene de un espíritu nuevo», así como también «un espíritu nuevo siempre proviene de la sangre nueva», pero Moeller van den Bruck se cuida bien de evitar lo «biologizante» de un Ludwig Woltmann36, en quien percibe sólo una variante del «naturalismo» que ya criticaba desde que estaba en Berlín. La manera en que Woltmann atribuye todos los logros de la cultura italiana al elemento «germánico» (lombardo en particular) descansa –escribe– en prejuicios sin rigor. Para Moeller, «las razas son la causa y las naciones realizan lo que vivimos hoy día», pero entre los dos conceptos no hay una relación mecánica, unilineal: la nación no es el «medio» de la raza. Moeller añade además: «La raza no es, sino se vuelve; jamás hace historia, sino solamente crea a los pueblos que, a su vez, han creado la historia». Así como lo subrayará después en diferentes ocasiones, para Moeller el concepto de raza no es aplicable a la historia de las naciones modernas, pues las condiciones históricas

son tan poderosos agentes de cambio que vuelvan insignificantes las identidades étnicas originales (o los orígenes comunes). Así, Francia e Inglaterra que, a pesar de ser en gran parte de «raza germánica», se construyeron a sí mismas desde el punto de vista histórico en una dirección enteramente diferente a la de Alemania –con el escepticismo filosófico de un Montaigne que pasa por delante del espíritu de Rabelais, o con el utilitarismo económico de un Bacon que supera el espíritu de Shakespeare.

Tal manera de apreciarlo –como se verá más adelante– aleja igualmente a Moeller de Spengler. Para Moeller van den Bruck, los estilos nacionales no tienen una existencia «morfológica» comparable a la de los organismos vivientes; tampoco hay «simultaneidad» en el grado de desarrollo de las culturas, independientemente de las épocas y los hombres. La evolución de los estilos depende más bien de una transformación continua, que no podría ser prevista con anticipación, y en la cual también intervienen tanto factores políticos y sociales como las condiciones geopolíticas de existencia de las naciones. La estilística no la puede relevar cualquier «ciencia natural», que asignaría a cada creación artística un estadio morfológico de desarrollo de las culturas y los pueblos. El arte tampoco es una simple imitación, una simple retranscripción de la naturaleza, sino más bien la expresión de una realidad espiritual que, a la inversa, forma a la naturaleza. El artista –subraya Moeller– crea a partir de leyes que no tienen nada en común con las de la naturaleza: el estilo es «más que la naturaleza» (Stil ist Über-Natur) porque el hombre es también más que la naturaleza. Cualquier evolución artística se percibe entonces como si se realizara un «ascenso al estilo y un descenso al naturalismo».

Desde 1907 reemprende los viajes; esta vez son incesantes sus desplazamientos. Acompañado de su mujer, Moeller regresa por principio a Berlín, a donde llega para regularizar su estatus militar. Después, en 1910, la pareja viaja a Inglaterra, a Francia y a Italia. En 1912 visita Finlandia, Rusia y los países bálticos; en 1914, Dinamarca y Suecia. Ostensiblemente, Moeller casi no experimenta ningún placer por vivir en Alemania. Sus sentimientos respecto de la dinastía guillermina tampoco han cambiado. En 1913, en el momento en que se celebra el vigésimo quinto aniversario de la instalación del Káiser, publica en la revista Die Tat37 un violento ataque contra el mal gusto de la arquitectura oficial, al que denuncia como perfectamente desprovisto de estilo, y establece una vez más el vínculo entre la estética y la situación política del momento38. Sin embargo, en el momento en que estalla la guerra, no duda ni un instante; hay que decir que la importancia del acontecimiento no escapa a ningún hombre de su generación. Es la movilización, en medio de las «ideas de 1914» y la Bürgerfriede –la suspensión de las luchas partidarias (en Francia se hablará de «unión sagrada»). Es también el fin de un mundo. Desde el inicio de las hostilidades, el otrora desertor de 1902 interrumpió su viaje por Escandinavia y regresó a Berlín. A pesar de la opinión contraria del médico del ejército –su salud, que jamás había sido excelente, comienza a deteriorarse– se somete al servicio militar en Küstrin, y se inscribe como voluntario Landsturmmann, es decir, como soldado de segunda clase. Asimismo es enviado al frente del este39. Dos años más tarde, en el otoño de 1916, es reubicado en virtud de problemas nerviosos cuyas primeros síntomas se remontan a su infancia. Gracias a la intervención de su amigo Franz Evers, es enviado a Berlín, al Servicio Central de Prensa y Propaganda de la Sección Militar de Asuntos Exteriores (Militarische Stelle des Auswärtigen Amtes),

servicio creado por Ludendorff, que en mayo de 1918 se transformará en la Sección Exterior del Alto Comando del Ejército (Auslandsabteilung der Obersten Heeresleitung). Entre sus colegas figuran los escritores Waldemar Bonsels, Herbert Eulenberg, Hans Grimm, Friedrich Gundolf y Börries von Münchhausen.

Es en este puesto –así parece– que su vocación de escritor político se confirma definitivamente. Es también cuando adquiere, sin duda debido a la propaganda de guerra40, un estilo característico que se volverá muy suyo, a base de fórmulas incisivas, acuñadas para ser igualmente retenidas, y cuyos artículos de la época nos proporcionan numerosos ejemplos. En la oficina de propaganda, Moeller –que entonces tiene cuarenta años– frecuenta además un medio muy distinto al que había conocido. Conoce a periodistas, publicistas, altos funcionarios, economistas y políticos que después de la guerra van a seguir el mismo itinerario que él. Es allí, especialmente durante el invierno de 1916-17, que se encuentra con Max Hildebert Boehm –un alemán conocedor de los problemas del este– y con quien concibe el proyecto de publicar, una vez restablecida la paz, un diario que volvería a conferir frescura a la idea conservadora. Boehm lo introdujo en el círculo del barón turingio Heinrich von Gleichen-Russwurm, propietario inmobiliario y «administrador mundano» muy ligado a los industriales y al medio de los negocios. En Berlín, Moeller frecuenta también una taberna en la Olivaer Platz, la Montagstisch, en donde no solamente vuelve a encontrarse a Evers y Theodor Däubler, sino también al biólogo Jakob von Uexkull, al médico Carl Ludwig Schleich, al crítico Paul Fechter –autor (en 1914) de la primera monografía dedicada al expresionismo– al filósofo Max Scheler, al músico Conrad Ansorge, así como a Albrecht Haushofer, hijo del célebre geopolítico Karl Haushofer, quien será condenado a muerte y ejecutado por su participación en el complot del 20 de julio de 1944. Escribe entonces cada vez más. Sus artículos se leen en diarios como Der Tag, Die Kreuzzeitung, el Berlíner Börsenzeitung o el Badische Landeszeitung, así como en revistas tan reputadas como Das neue Deutschland, la Deutsche Rundschau y los Preussische Jahrbücher, lo que le permite ser conocido rápidamente.

### 5. El estilo prusiano

Es igualmente en 1916 cuando Moeller van den Bruck publica su ensayo sobre el estilo prusiano, Der preussische Stil, que ha sido a veces considerado su mejor libro –y en el que también puede verse un homenaje indirecto a su padre. Esta obra, comenzada antes de la guerra y que, por lo demás, no guarda mucha relación con la propaganda oficial, se sitúa como una prolongación del ensayo sobre la «belleza italiana». De una manera muy característica, Moeller se presta a un nuevo ejercicio que oscila en un ir y venir entre el dominio del arte y el de la política. Mediante un estudio del estilo arquitectónico prusiano, realiza, en efecto, toda una meditación en torno a Prusia y al «prusianismo» (Preussentum), al que parece liberar. El libro abre con estas palabras:

Prusia no tiene un mito. Y sin embargo, el prusianismo es un principio en el mundo (ein Grundsatz in der Welt). Las culturas de los pueblos se despiertan a partir de mitos. En tanto estados, se construyen a partir de principios.

La distinción entre mito y principio permite comprender lo que separa a Prusia e Italia. Mientras que en Italia existe un poderoso mito de los orígenes, que fue transmitido de generación en generación, en Prusia no hay ruptura; es puro comienzo. El «prusianismo», que Moeller considera de una manera muy diferente a la de Spengler41, es pues, ante todo, principio activo, nisus formativus. Al mismo tiempo, representa una idea de síntesis, una forma (Gestalt) globalizante, que permitió asociar bajo una misma unidad a poblaciones germánicas y eslavas.

El prusianismo –escribe Moeller– es un principio que busca circunscribir la esencia del espíritu prusiano, extendido mucho más allá de su país de origen. Y es la razón por la cual existen «prusianos por elección» –como Hegel y otros– pero nunca, por ejemplo, «bávaros por elección».

En Prusia, demás, el estilo es fundamental: «El estilo libera, crea, concentra, confirma el destino; reorganiza la existencia allí donde el desorden, quizás, ha reinado durante mucho tiempo». A mayor abundancia, en el universo prusiano, el estilo es a la vez una regla moral (Ethos), una manera de pensar respecto del Estado (Staatsgesinnung) y un principio de forma (Formprinzip). Por ello, el estilo prusiano revela un «genio de la estructura» que se manifiesta, espiritualmente, en un sistema filosófico; políticamente, en la organización social; estéticamente, en la arquitectura. Moeller insiste ampliamente en este último punto. Subraya todo lo que hay de anti-romántico en el barroco y el rococó prusianos, y especialmente en el clasicismo de un Schinkel o de un Schadow. Ve en este estilo masivo, severo y sobrio una aspiración a la «monumentalidad» que le parece también susceptible de calificar toda clase de grandes logros. Dicho estilo «monumental», nacido en Prusia gracias a Schlutter42 y al Gran Elector, de Knobelsdorff y de Federico II, de Gilly y de Schinkel, equivale a un verdadera «educación del espíritu» (Formwendung des Geistes) y confiere a la «gran política» el mismo carácter arquitectónico que a las obras artísticas, literarias o sociales. Moeller, quien no ocultó haber querido que su libro fuese una «profesión de fe hacia Hegel y Clausewitz», rinde aquí homenaje particularmente a Friedrich List (1789-1846) y a Karl Rodbertus, así como a Karl von Stein, quien pone en acción el principio de la autonomía administrativa: abolición de la servidumbre, nuevo estatuto de las villas y las provincias. De paso hace un elogio a la «democracia prusiana», fundada sobre el sufragio universal y la representación corporativa. Ignora, en cambio, la tradición cristiano-conservadora representada por Gerlach y Savigny, y no se explaya mucho en torno a Kant.

Desprovista de «mito», Prusia sólo puede eternizar su ser y sus valores ideales en este estilo esencialmente clásico gracias a sus virtudes: «La fuerza de Prusia reside en la disciplina que se impone a sí misma» (Die Kraft Preussens war seine Selbstzucht). Son sus virtudes las que le permiten ser, a la vez, activa y objetiva, ir al fondo de las cosas, vincular lo universal a lo particular –y de estas virtudes da testimonio la arquitectura prusiana. Poco a poco, Moeller llega a usufructuar, sin reserva alguna, las virtudes «romanas» de Prusia, contra las que se había rebelado en su juventud –y que, hay que decirlo, casi no pertenecen a esta Renania de origen turingio más que por la admiración que conllevan: la claridad, la frialdad de juicio, la impersonalidad activa, la objetividad, la austeridad, la renuncia a cualquier pasión no razonada, a cualquier romanticismo vago. Al espíritu alemán tradicional, marcado por

la persistencia del sueño romántico  medieval, opone la Sachlichkeit, la aptitud para reconocer lo que es factual. «Prusia –escribe– carecía de romanticismo. Allí residía su pobreza, pero también su fuerza» –pues es así como el espíritu prusiano remplazó «en Alemania el sueño por la voluntad, la apariencia por la causa y por la objetividad (…) que  no quería el sentido común sino la razón, no el Aufklärung sino la claridad». De aquí se sigue lógicamente la crítica moelleriana a la Alemania guillermina[43]. La decadencia de Prusia, explica Moeller, comenzó después de la muerte de Bismarck, cuando el realismo cedió su lugar al romanticismo, y cuando la conciencia clara de los intereses superiores del Estado se eliminó ante la simple voluntad por mantener las estructuras excesivamente centralizadas de un Reich unitario. Es entonces, cuando la burguesía tomó el poder, que Prusia pierde su estilo y Berlín se convierte ¡en «la ciudad más horrible del mundo»!

Moeller, finalmente, se vale del ejemplo prusiano para señalar que, en las sociedades modernas, en la historia prima la raza así como la cultura tiene la primacía sobre la naturaleza. A este respecto insiste sobre el componente eslavo de la historia de Prusia, componente que él le atribuye a un pueblo wende.

A final de cuentas –escribe– no es ni la raza ni la mezcla de razas la que constituye el factor determinante de un pueblo, sino la unidad de su cultura, a la cual ha contribuido cada una de los grandes conglomerados que componen este pueblo (…) La nación es la unidad de cultura de un pueblo que ha tomado conciencia de los diferentes valores de todos sus conglomerados.

Síntesis germano-eslava, Prusia es precisamente, para él, el elemento que debe permitir a Alemania apegarse a ese otro «pueblo joven» que es el pueblo ruso. Paralelamente, el papel de Prusia es dar una nueva forma a Alemania. «Prusia es lo que Alemania habría debido ser»[44] –escribe Moeller– quien además añade que Alemania debía volverse prusiana para que Prusia pudiera volverse alemana. La nación alemana, heredera de la vieja Mutterland germánica, debe así recibir la «forma prusiana». El estilo prusiano debe volverse el «clásico» alemán, así como hubo un «clásico» italiano expresado por el arte toscano de la Edad Media.

Prusia es un principio de vida política –comenta Edmond Vermeil. Es el Estado-armadura por excelencia. Ni la estrechez prusiana ni el romanticismo idealista bastan por sí mismos a Alemania. Pero nada impide al Estado prusiano encarnar el sueño alemán. Reducida a Prusia, Alemania sólo es Roma, sin Prusia, sólo es Grecia. Su verdadero ideal es Esparta y Atenas a la vez[45].*

Lo hemos comprendido: al finalizar la guerra aparece un nuevo Moeller van den Bruck. Pero en realidad, es menos el hombre que la época quien realmente ha cambiado. Como lo señala Gerd-Klaus Kaltenbrunner, «son las ideas las que, en la crisis ideológica, adquirieron desde 1914 un carácter de marcada actualidad»[46]. Se podría incluso, junto con Klemens von Klemperer[47], aventurar un paralelo con Marx: éste escribió el Manifiesto Comunista después de la derrota social de 1848, así como Moeller va a producir sus más importantes textos teóricos después de la derrota nacional de 1918. Ambos, además, critican la explotación capitalista y burguesa –y el papel del proletariado en Marx, como factor de renovación política, recuerda el que Moeller atribuye a los «pueblos jóvenes». La comparación, de cualquier manera, no podría llevar muy lejos. Sea lo que fuere, lo que es cierto es que,

al final de la Gran Guerra, el antiguo esteta del fin de siglo, el contestatario de «pies ligeros», el «Plutarco alemán» de los cafés literarios se convirtió en un verdadero teórico político, que ya nunca abandonará Alemania y que rápidamente se volverá uno de los autores más sobresalientes de la Revolución Conservadora.

### 6. La revolución conservadora y el «club de junio»

Es probablemente de Dostoievski de quien Moeller descubrió la idea del contra-movimiento «conservador-revolucionario», al que luego se le dará el nombre de «Revolución Conservadora». La expresión apareció en Alemania desde 1848. También la encontramos en Maurras en 1900, en la Encuesta sobre la monarquía48. Thomas Mann la utiliza en 1921 en un artículo sobre la literatura rusa49. Al año siguiente, Ernst Troeltsch la retoma en una conferencia sobre derecho natural dictada en Berlín50. El 10 de enero de 1927, en un célebre discurso en la universidad de Munich, Hugo von Hofmannsthal declarará: «La serie de acontecimientos de los que les hablo no son otra cosa más que la revolución conservadora más amplia que la historia europea jamás haya visto»51. Pero es sobre todo a inicios de los años treinta cuando el término ingresará al vocabulario político para designar las tendencias del movimiento nacional alemán que no podrían ser confundidas ni con la vieja corriente pangermanista del siglo XIX ni con el nacionalsocialismo hitleriano52.

Inmediatamente después de la revolución de noviembre de 1918, Moeller van den Bruck se volvió el espíritu rector de un círculo de escritores y publicistas hostiles tanto al comunismo como al liberalismo, próximos al nacionalismo pero sin ninguna nostalgia por la era guillermina, y oficialmente desligados de cualquier relación con los partidos políticos. Este círculo, en el que se encontraban hombres de distinto origen –y especialmente un buen número de alemanes «étnicos» (Volksdeutsche) o del extranjero– nace a finales del mes de marzo de 1919, de la reunión de la Vereinigung für nationale und soziale Solidarität (Unión para la Solidaridad Nacional y Social), creada por Heinrich von Gleichen, y la Verein Kriegerhilfe Ost (Ayuda Única para el Guerrero del Este), patrocinada por el General del Estado Mayor von Willisen. Al principio se denomina I-Klub (Heinrich von Gleichen, quien presta su apartamento al club, vive en Potsdamer Privatstrasse 121 i), pero después del 28 de junio de 1919, fecha de la firma del Tratado de Versalles –cuya inopinada duración indignará a los medios nacionalistas alemanes– tomará oficialmente el nombre de Juni-Klub o «Club de Junio». Hacia fines de 1920 se instalará en un inmueble que pronto se volverá célebre, en el número 22 de la Motzstrasse, en Berlín-Moabit, inmueble que igualmente es la sede del Volksdeutscher Klub de Karl Christian von Loesch y que después albergará a otras asociaciones y periódicos. Su símbolo es el Anillo –anillo que evoca tal vez una imagen de Wagner53. Es en torno a este grupo de la Motzstrasse, animado por Moeller van den Bruck, que va a desarrollarse uno de los polos más representativos de la corriente neoconservadora o «juvenil-conservadora» (jungkonservativ) de la Revolución Conservadora54. Desde sus inicios, el Juni-Klub estuvo dirigido por un triunvirato en el que estaban Arthur Moeller van den Bruck, Heinrich von Gleichen y Eduard Stadtler. Pero estos dos últimos son sobre todo organizadores. Dentro del grupo es Moeller quien representa verdaderamente el trabajo de las ideas; él es el alma y el corazón –el «rey secreto» (heimlicher König), para retomar la expresión de su amigo Max Hildebert Boehm– desempeñando así,

entre los jóvenes conservadores, un papel equiparable al de Ernst Jünger entre los nacional-revolucionarios.

Heinrich von Gleichen-Russwurm (1882-1959), aristócrata de Turingia y descendiente directo de Schiller, fue durante la guerra el secretario de la Asociación de Universitarios y Artistas Alemanes. También perteneció a la Fichte Gesellschaft von 1914 y fundó, en octubre de 1918, la Vereinigung fur nationale und soziale Solidarität, cuyos miembros se sumaron al Juni-Klub desde su fundación. Muy vinculado con la gran industria, y ciertamente menos revolucionario que Moeller, estuvo llamado a desempeñar –sobre todo a partir de 1924– en el seno del Herrenklub, un papel dentro de la clase política de Weimar. Eduard Stadtler, un anciano dirigente del movimiento juvenil del Zentrum (el partido católico), nació en Alsacia en 1886; hecho prisionero por los rusos en 1917, permaneció en la URSS, hasta después de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, como director de la oficina de prensa de la embajada alemana en Moscú. Al regresar poco después a Alemania, abandona al Zentrum en virtud de su muy viva oposición a Matthias Erzberger, líder del ala izquierda del partido; fundó, a finales de noviembre de 1918 –después de una conferencia sostenida en el domicilio de Friedrich Naumann– la Antibolschewistische Bewegung (o Liga Anti-bolchevique). Esta «liga antibolchevique», animada igualmente por Hugo Stinnes, aspiraba a convertirse en una organización de masas, pero su influencia se restringirá al norte de Alemania. Sus actividades le valdrán a Stadtler el sobrenombre de «Dr. Anti». Por lo que respecta a Max Hildebert Boehm (1891-1968), editor a partir de 1920 de la revista Die Grenzboten (Los mensajeros fronterizos), y originario de los países bálticos, es ante todo un apasionado por la suerte de los alemanes en el extranjero. Su obra principal, Das eigenständige Volk (El pueblo autónomo) 55, será objeto de una apreciación muy elogiosa por parte de Theodor Heuss. Fuera de Moeller, Stadtler, Heinrich von Gleichen y de Max Hildebert Boehm, los principales miembros del Juni-Klub son el escritor Paul Fechter (1880-1958), a quien encontraremos más tarde a la cabeza de los servicios comerciales del diario de Hugo Stinnes, el Deutsche Allgemeine Zeitung (Almanaque Diario Alemán); Rudolf Pechel (1882-1961), quien asume en 1919 la dirección de la venerable Deutsche Rundschau (Revista programática alemana) y se vuelve de hecho una de las figuras mayores de la vida intelectual de Berlín; Walther Schotte, nacido en 1886, editor a partir de 1920 de los Preussische Jahrbücher (Anuarios prusianos) y del hebdomadario Politik und Gesellschaft (Política y sociedad), se volverá el ideólogo del gobierno de von Papen; el historiador católico Martin Spahn (1875-1945), teórico del corporativismo, antiguo diputado del Zentrum en 1910-1912, pasó después al partido de Hugenberg; Albert Dietrich, especialista en los problemas comunistas en el interior del Club; el economista Wilhelm von Kries, autor de Herren und Knechte der Wirtschaft (Amos y esclavos en la economía, 1931); el teólogo protestante Friedrich Brunstäd (1883-1944), profesor de filosofía en Erlangen a partir de 1917; Karl Christian von Loesch, animador del Volkdeutscher Club, autor de Volk unter Völkern (El pueblo esencial, 1925); los publicistas Heinz Brauweiler, nacido en 1885, Hans Schwarz, nacido en 1890, y Gustav Steinbömer, conocido como Gustav Hillard (1881-1972), etcétera.

El Club igualmente era frecuentado por hombres de todos los partidos, tal y como lo apuntan von Klemperer56 y, después de él, Jean-Pierre Faye57. Gracias a las

relaciones de von Gleichen, observamos también tanto a los nacional-alemanes, miembros del Deutschnationale Volkspartei (DNVP), como el conde Kuno von Westarp, Hans Erdmann von Lindeiner-Wildau, Oskar Hergt y Otto Hoetzsch, e igualmente a demócratas tales como Friedrich Naumann y el sociólogo Ernst Troeltsch; a miembros del Zentrum como Adam Stegerwald y el futuro canciller Heinrich Brüning; a socialdemócratas como Otto Strasser58 y August Müller; a comunistas como Fritz Weth; y también a diversas personalidades como Franz von Papen, canciller del Reich en 1932; Wichard von Moellendorf, subsecretario de Estado de Economía en 1919; al conde Ulrich Brockdorff-Rantzau, futuro embajador de Alemania en Moscú; Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank; Georg Bernhard, de la Vossische Zeitung; los economistas Hermann Schumacher y Franz Oppenheimer; el escritor Hans Grimm, autor de Volk ohne Raum (Pueblo sin espacio); al teórico del Movimiento de la Juventud Hans Blüher, quien hizo entrar al Club a Gustav Steinbömer; al general von Seeckt, reorganizador de la Reichswehr; Eduard Meyer, rector de la Universidad de Berlín; al príncipe Karl Anton von Rohan, editor, a partir de 1925, de la Europäische Revue (Revista Europea), etcétera.

El 9 de abril de 1919, el Juni-Klub lanza un hebdomadario titulado Das Gewissen (La Conciencia). El título responde a una intención precisa: el nuevo diario pretende ser «la voz de la conciencia, la voz desinteresada y desapegada de la fe y la tradición, que hablará a todos los alemanes, cualesquiera que sea su partido y su clase social»59. Se trata de llenar un vacío: «La falta de conciencia es el rasgo más notable de nuestro tiempo; esta falta de conciencia nos domina; domina a Europa; domina al mundo. En todas partes la conciencia se desvanece y calla»60. A partir del 1° de enero de 1920, el director del periódico, Werner Wirths, cede su lugar a Eduard Stadtler, mientras que el título se transforma simplemente en Gewissen. En poco tiempo, el diario gana el favor de los círculos cultos. Se vuelven numerosos los colaboradores de calidad61. El 7 de julio de 1920, en una carta dirigida a Heinrich von Gleichen, Thomas Mann escribe: «Acabo de renovar mi suscripción a Gewissen, diario que deseo seguir regularmente y al que describo, cuando hablo de política, como el que es, sin duda, el mejor periódico alemán». En enero de 1922, Gewissen anunciará un tiraje de 30 000 ejemplares. Un año más tarde, en el peor momento de la inflación, se llegará incluso a la cifra de 10 000 ejemplares –cifra nada despreciable para la época y, sobre todo, para un diario de esta naturaleza. De hecho, Gewissen debe todo a Moeller quien, como de costumbre, escribe en abundancia utilizando su nombre o diversos pseudónimos, o incluso anónimamente. Es él además quien, con toda seguridad, fija las orientaciones y determina las líneas generales.

Simultáneamente continúa colaborando con otras publicaciones como Die Grenzboten, Der Tag, Germania, Der Spiegel, el Deutsche Rundschau, la Norddeutsche Allgemeine Zeitung (llamada después Deutsche Allgemeine Zeitung), etcétera. Finalmente, como secuela del Club de la Motzstrasse aparecen también filiales. La más importante es el Politische Kolleg, dirigido por Martin Spahn, entonces profesor de historia de Colonia, la cual creó el 1° de noviembre de 1920 siguiendo el modelo de la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París62, fundada en 1872 para sobreponerse a la derrota militar francesa. Universidad privada de formación y de circulación de élites, este «colegio político» se veía como una especie de alta escuela «nacional política», muy cercana a la Hochschule fur Politik creada por

Theodor Heuss. La mayor parte de los neoconservadores aportan sus cooperaciones. Moeller van den Bruck forma parte de su sección política extranjera, junto con Stadtler y Walther Schotte (quien había sido asistente del filósofo Wilhelm Dilthey). Una parte del financiamiento la aportaron –sin gran entusiasmo, parece– los medios cercanos a Hugenberg, en torno a los cuales mediaba Heinrich von Gleichen. El Politische Kolleg formará con los años a muchas decenas de estudiantes, pero la elección de Martin Spahn al Reichstag, en 1924, implicará, a partir de esta fecha, cierta disminución de sus actividades63.

¿Cómo caracterizar este movimiento juvenil-conservador, donde se podía ver «la vanguardia intelectual de la derecha»64, pero cuyos representantes se situaban de hecho «políticamente a la derecha y económicamente a la izquierda»65? Para responder a esta cuestión es importante comprender bien el sentido y el alcance que aquí reviste la palabra «conservador». Es, en efecto, el entorno de Moeller van den Bruck –precisa Armin Mohler– el que suministra la definición del adjetivo más típico de la Revolución Conservadora. Se encuentra en un discurso de Albrecht Erich Günther publicado en 1931. «Con Moeller van den Bruck –escribe Günther– entendemos por principio conservador no la defensa de lo que era ayer, sino una vida fundada en lo que siempre ha tenido valor»66.

Esto quiere decir –añade Mohler– que el conservador no vive solamente en el futuro, como lo hace el progresista, ni solamente en el pasado, como el reaccionario – vive en el presente en el que, en tanto portador de sentido, se unen el pasado y el futuro. La metáfora del Gran Mediodía subyacía bajo estas frases…67

A este respecto se podría decir que la corriente juvenil-conservadora ocupa una especie de lugar intermedio entre la corriente völkisch y la corriente nacional-revolucionaria; tanto una como otra practican apostando: los primeros hacia el pasado mientras que los segundos lo hacen hacia el porvenir. Más ponderada que las demás corrientes de la Revolución Conservadora, y más proclive –al menos entre algunos de sus miembros– a un compromiso con el cristianismo, esta corriente pone además el acento sobre el complejo carácter de los fundamentos nacionales y confiere una gran importancia a la formulación jurídica de su punto de vista.

## 7. Juvenum unio novum imperium...

«Todos vivimos para legar una herencia» –escribe Moeller. En el caso de la nación alemana, dicha herencia se confunde en gran medida con la idea de imperio (Reich), término que es en efecto una de las palabras-clave del movimiento juvenil-conservador. Al remitir en primer lugar al recuerdo del imperio romano-germánico de la Edad Media, dicha noción adquiere, de cualquier manera, en el discurso político de la juventud conservadora (Jungkonservative), un alcance mucho más vasto. Lo que aducían estos últimos era ante todo la idea de un equilibrio entre lo uno y lo múltiple, una convergencia entre la unidad de la construcción política imperial y la autonomía de las partes que se encuentran asociadas. El imperio –precisa Armin Mohler– no designa ni a un estado nacional homogéneo, habitado por una entidad étnica armoniosa, ni a un conglomerado de pueblos unidos por la espada de un pueblo de conquistadores. Se relaciona más bien con una estructura supra-estatal que, para aquellos que pertenecen a su organización, se sienten sostenidos por un pueblo

determinado, lo que permite que los diversos pueblos y etnias tengan su propia vida68.

Dicha concepción de la idea o pensamiento del imperio (Reichsgedanke) no es antagónica a la democracia. Los dirigentes del Juni-Klub no se ostentan tampoco como adversarios por principio a este régimen. Así como pugnan por un «socialismo alemán», buscan más bien sentar las bases de una «democracia alemana», es decir, una democracia conforme a la tradición de su país. Este camino buscaba «nacionalizar» una doctrina que, más que rechazarla, para ellos era muy característica. El mismo Moeller se esfuerza en esbozar una concepción positiva de la democracia, al definirla como «la participación de un pueblo en su destino» (Anteilnahme eines Volkes an seinem Schicksal). Recuerda que los germánicos antiguos, mediante la institución del thing (asamblea popular), ya habían aplicado este principio. «Comenzamos siendo un pueblo democrático» –subraya. Cuando Alemania se convirtió en una monarquía, dicho principio no fue modificado esencialmente, pues «la democracia no es más que el pueblo mismo». La democracia, en tanto principio, no se confunde necesariamente con tal o cuál forma institucional.

Lo que hace la democracia –escribe Moeller– no es la forma del Estado, sino la participación del pueblo en el Estado. Hoy, el pueblo se percata que se le priva de dicha participación; así, comienza a distinguir entre la república y la democracia.

Con ello, Moeller pretende demostrar que el solo sufragio universal no basta para fundar una democracia, porque no hay una verdadera democracia más que cuando existe para cada ciudadano la posibilidad de participar en la vida pública sin consideraciones de clase, fortuna o rango. La misma idea es explicada igualmente por Edgar J. Jung: «Una verdadera democracia existe cuando el círculo en cuyo seno se reclutan los dirigentes es lo más amplio posible, y no cuando el mayor número de gente posible tiene voz en la decisión»69. Los neoconservadores ponen el acento, pues, sobre todo en el principio, no en las instituciones.

Al aceptar la legitimidad de la república de Weimar (que no es el caso de todos los autores de la Revolución Conservadora), tienden más bien a reprocharle que fuera insuficientemente democrática, o sea, por no dar un espacio demasiado grande a la participación popular. Al igual que Carl Schmitt, se adhiere también a la idea de «democracia dirigida» (geführte Demokratie), llamada también «democracia encarnada» (Jules Monnerot), al conferirle un sitio esencial a la noción de autodeterminación (Selbstbestimmung). El Juni-Klub asume, además, que no desarrollará más que una actividad de tipo metapolítico. No aspira a concurrir con ninguno de los partidos o movimientos existentes, sino a ocupar, respecto de ellos, una posición transversal.

De hecho –dirá Hans Schwarz– partiendo de Moeller, se tendía [en el Juni-Klub] a una posición superior a los partidos (…) Sin querer constituirse en partido, pero con la voluntad de flexibilizarlo desde su interior, la Motzstrasse logró adquirir una considerable influencia sobre la política del día a día. Su forma exterior recordaba, en cierta medida, a la de un club inglés. Los partidos no tomaban al círculo completamente en serio, debido a sus más jóvenes miembros pero, al mismo tiempo, trataban de obstruir, en lo que podían, la armonía interna70.

Un ejemplo bastaría para demostrar el carácter original de tal actitud. La firma del Tratado de Versalles despertó, sabemos, una ola de indignación y sorpresa en Alemania. «Los más pesimistas creían que lo peor que le podría pasar a Alemania sería la pérdida de sus colonias y de una parte de la Lorena»71. Rápidamente se desilusionarían. En el campo nacional se limitaban a denunciar «la puñalada por la espalda» (Dolchstoss) que las intrigas políticas le habrían propinado al ejército durante los últimos años de la guerra. Moeller realiza un análisis más matizado. Compartiendo la emoción de sus compatriotas, piensa que la derrota puede no haber sido inútil –que les podría servir de lección, e incluso podría ser transformada en victoria, pues «un pueblo jamás está perdido si comprende el sentido de su derrota»72. Por lo demás, volverá frecuentemente a esta idea de que una nación que ha perdido la guerra no es necesariamente una nación derrotada, y de que puede extraer, meditando acerca de las causas que lo condujeron a ello, una fuente de renovación. Es, en suma, la lección que el Renán de la Reforma intelectual y moral había sacado de la derrota de 1870-71. «Los alemanes pueden considerarse la nación victoriosa, aunque hayan sido derrotados», escribe Moeller a Hans Grimm el 20 de enero de 1919.

De acuerdo con Max Hildebert Boehm, es alrededor de 1920 que el Juni-Klub conoce su «período más estimulante y el de mayor riqueza»73. Es en ese momento, en efecto, cuando los miembros del Club retoman con mayor vigor la idea moelleriana de una «revuelta de la juventud» –pero de una revuelta por la autoridad, no contra ella74– idea que se va a combinar también con la de la oposición entre los «pueblos jóvenes» y los «pueblos viejos». Max Hildebert Boehm habla así del «frente de los jóvenes» que espera que se constituya75, mientras que Gewissen76 adopta la máxima: Juvenum unio novum imperium...

En 1919, Moeller publica Das Recht der jungen Völker, obra que había comenzado durante la guerra, pero que todavía no había acabado en el momento del Armisticio. En este libro, cuya versión final desarrolla el contenido de un artículo aparecido con el mismo título en la Deutsche Rundschau77, Moeller se dirige al presidente estadounidense Wilson a quien le propone que los «pueblos jóvenes» salgan vencedores de la guerra. Intenta demostrar que el conflicto mundial fue producto del resentimiento de los pueblos «viejos» contra estos pueblos «jóvenes» a quienes envidian su vitalidad. Piensa que Japón e Italia han cometido un error al apoyar a las naciones «viejas», mientras que su destino está del lado de los países «jóvenes», entre los cuales coloca también a Finlandia y Bulgaria. América se identifica con la civilización y Rusia con la cultura –argumenta– y solo Alemania puede realizar la síntesis de ambas nociones. Además, solo una Alemania a la que las potencias occidentales hayan cuidado que no se debilitara podría protegerlas, a su vez, del peligro bolchevique. Los estadounidenses deberían haberse aliado con los alemanes –y el presidente Wilson, a quien Moeller quiere ganar para su causa, debería haber defendido los intereses comunes de los «pueblos jóvenes» en la Conferencia de París.

Evidentemente, hay mucha ingenuidad en dicha postura. Prisionero de su esquema de pensamiento, el cual postula una solidaridad de hecho entre los «pueblos jóvenes», Moeller no aprecia que el interés de los Estados Unidos no está para nada

en el camino en que desea que se vean comprometidos, y que el «joven pueblo» estadounidense, al que le testimonia su simpatía (y al que jamás visitó), tiene más en común –aunque sea por razones históricas y geopolíticas– con la «vieja» Inglaterra que con la «joven» Alemania. De paso, subestima el decaimiento demográfico de Alemania, así como la voluntad de poderío del comunismo ruso. Pero en favor de este escrito de circunstancia, Moeller puntualiza y profundiza las intuiciones que hasta ese momento permanecían un poco difusas. Así, en materia de democratización, se pronuncia por una «progresión hacia nuevas formas históricas» (p. 45). De nuevo denuncia la llegada de las ideas liberales, que sólo «favorecen al individuo aislado, pero descuidan el cuerpo de la vida nacional» (p. 46). Un pasaje particularmente interesante es donde declara que el mejor medio para combatir una idea es superarla desde su interior, llevándola hasta el extremo para que se vuelva su contraria:

Pero no podemos hacerlo más que si sometemos las ideas a una inversión de su problemática. Escribiremos todavía una vez más la palabra «liberalismo» como libertad; escribiremos una vez más la palabra «democratismo» como identidad popular; escribiremos incluso la palabra «socialismo» de otra manera: como Estado.

### 8. Moeller van den Bruck y Spengler

El Tercer Reich aparece en medio de las controversias desatadas por la aparición del primer tomo de La decadencia de Occidente, de Oswald Spengler. Dicha coincidencia no se puede soslayar, pues para muchos las tesis desarrolladas por Moeller parecen una alternativa –o un «remedio»– a la fatal decadencia preconizada por Spengler. En el prefacio a la 3a edición de El Tercer Reich (1931), Hans Schwarz escribió:

Moeller (...) mostraba a Alemania –tras su miseria política actual– la posibilidad de una nueva estructura. Había en la Alemania de ese momento una verdadera resurrección. En lo sucesivo, no nos sentiríamos sometidos ya a las leyes del tiempo, como los héroes fáusticos de Spengler. Aquí nos encontramos, por el contrario, en la estabilidad del espacio y descubrimos, después de la constitución atómica de los pueblos, nuevas perspectivas espirituales (…) Moeller nos inflama. Pues esperaría el honor allí donde se busca la fe, mientras que Spengler la habría esperado allí donde presentía el final. Y poco a poco, toda una generación, aturdida todavía por las grandiosas opiniones de Spengler, se alinea del lado de van den Bruck.

A inicios de 1920, Spengler acepta, además, ir a confrontar sus puntos de vista con los de Moeller ante los miembros del Juni-Klub78. Moeller consagra igualmente a La decadencia de Occidente, obra que en general fue bien recibida entre los medios neoconservadores, un estudio que permite ver claramente lo que aproxima y distingue a los dos hombres79. Entre ambos hay puntos evidentes de convergencia: así, la manera en que tanto uno como el otro insisten acerca de la antítesis cultura/civilización; la importancia que dan al «prusianismo» como modelo del espíritu de servicio (y también como mezcla de autoridad disciplinada y de voluntad popular); su opción común en favor de un «socialismo alemán»; su rechazo a un «biologismo» primario. «Uno y otro son esencialmente metahistoriadores que buscan definir –a la manera de Nietzsche– el estilo de los períodos históricos», observa Fritz Stern80. Al igual que Spengler, Moeller proclama la primacía de la política exterior

sobre la política interior; empero, las diferencias entre sus aproximaciones no son menos fundamentales. Moeller no comparte las ideas de Spengler en materia de historia universal y de morfología de las culturas. Descalifica cualquier analogía entre las culturas y los organismos vivientes, y no está convencido de la vasta sucesión de ciclos culturales cuyo cuadro bosqueja Spengler. No le gusta el fatalismo que se desprende de ello y no cree en la ineluctabilidad de la muerte de las culturas.

Ya hemos visto que Moeller es fundamentalmente ajeno a cualquier forma de pesimismo –inclusive si la palabra «optimismo», que a veces resurge en sus escritos de juventud, no recibe después más que una definición negativa en razón de sus lazos con la ideología liberal. Es, pues, un error identificar a los «pueblos jóvenes» de los que habla Moeller con la fase inicial creativa de las grandes culturas dentro de la morfología spengleriana, y donde los «pueblos viejos» corresponderían con la fase terminal, cuando la cultura se resuelve como civilización. Moeller subraya que ningún pueblo es «joven» o «viejo» en sí. La «juventud» de un pueblo no es tampoco una cuestión de cronología «orgánica». Un pueblo es «joven» o «viejo» por la forma en que se comporta en el mundo. Un pueblo «joven» es un pueblo que no se deja domeñar bajo un orden mundial, y que siente por él entusiasmo, voluntarismo, vitalidad desbordante. Un pueblo «viejo», por el contrario, es un pueblo que se considera a sí mismo acabado, terminado. Significativamente, Moeller culpa incluso a Barrès de fundar su filosofía política sobre «la tierra y los muertos»; en ello percibe «la filosofía de la historia de una nación vieja», que ya no cuenta con otro recurso más que apoyarse en lo sucesivo en una tradición cerrada81.

Al romper con la concepción de la historia que constituye la espina dorsal del libro de Spengler, con la manera spengleriana de ver en la historia la «lógica del destino», afirma junto con Dostoievski que la historia es, ante todo, «saber del futuro». Eso significa que el destino no puede encuadrarse como una ecuación: «Siempre hay un comienzo (...) La historia es la historia de lo que no se calcula». No se puede, entonces, hacer el paralelo entre las historias singulares o colectivas: cada acontecimiento es único. Moeller añade que Spengler escribió su libro con la perspectiva de una victoria alemana, y que esa es la razón por la cual subestima los poderes de la voluntad humana. Moeller prefiere la imagen de la espiral, a diferencia de Spengler, quien utiliza la del círculo. Para él, siempre existe una posibilidad de regeneración de la historia, ligada a la reapropiación de la larga duración histórica y a la clara conciencia de un destino común. «Por todas partes hay renacimiento cuando un pueblo joven, creador, capaz de la cultura y el arte, entra en contacto con la antigüedad y toma conocimiento de ella» –escribía ya en Die Deutschen. En el pasado, dichos renacimientos ya se han producido (ejemplo de la fusión del plasma germánico y del karma romano, y del nacimiento del estilo gótico con el «renacimiento carolingio»). Eso demuestra que en la historia existe una «reversibilidad distinta» (Anderskehrbarkeit), que se opone a la ley spengleriana de la irreversibilidad (Unumkehrbarkeit) histórica.

Moeller culpa igualmente a Spengler de incluir a Alemania en la cultura occidental. Además, rechaza la noción global de «Occidente». Históricamente –nos dice– «Occidente» fue, primero, el mundo greco-romano, en oposición al mundo germánico; después, fue el oeste europeo «barroco» en oposición al centro austro-

alemán «gótico»; y, finalmente, Francia e Inglaterra, en oposición a Alemania y a Rusia. Alemania no es, pues, una nación «occidental» –pero está en gran peligro para el futuro. Moeller, para quien «el este comienza en el Rhin», afirma que la amenaza más grande que pesa sobre Alemania, en razón de su vecindad con Francia, es «caer en el oeste» –y que, por el contrario, sólo encontrará su vitalidad oponiéndose a un Occidente fatigado82. En tanto «país de en medio», Alemania es más bien la Zentralnation por excelencia, «único fundamento sólido del equilibrio europeo», es decir, el mejor lugar para activar, desde su seno, la dialéctica este-oeste. En la tradición de la geopolítica de Ratzel, Moeller retoma aquí el tema de Alemania como potencia organizadora de esta Mitteleuropa cuya formación ya había preconizado un Constantin Frantz en el siglo XIX83 y a la que Friedrich Naumann apelaba con sus deseos en plena guerra mundial84.

### 9. Alemania, catalizador de la dialéctica este-oeste

Es en este sentido que él habla, en numerosas ocasiones, de la «misión europea» de Alemania desde una óptica tanto federalista como «imperialista». En materia de política exterior, Moeller se mantuvo también fiel a los sentimientos pro-rusos que nacieron con su lectura de Dostoievski. Entre estos dos «pueblos jóvenes» que son Alemania y Rusia, existe –afirma él– una «comunidad de destino» (Schicksalsgemeinschaft). La nación alemana «proletarizada» debe comprender que su salvación no reside en un arreglo con las potencias occidentales, en la limitación servil de un modelo liberal procedente de la «hipocresía francesa» o del «aventurerismo anglo-sajón», sino en una alianza con las fuerzas «nuevas» e «intactas» del este, cuyos intereses geopolíticos y espirituales corresponden estrechamente con los suyos. En su introducción a las obras completas de Dostoievski, Moeller escribe:

Después de haber mirado por tanto tiempo al Occidente, al punto de caer bajo su dependencia, Alemania debe voltear hacia la espiritualidad rusa y, allí, buscar su independencia. Deberá, sin embargo, velar porque el este no se vuelva un peligro: aprendamos a conocerla guardando nuestras distancias. Esperamos haber encontrado nuestra soberanía intelectual antes de poder enriquecernos con el espíritu ruso. Al hacerlo, compartiremos la misma suerte que Rusia85.

Como lo había comprendido Enrique el León desde el siglo XII, el futuro de Alemania estaba en el este.

Sobre este punto, la revolución de 1917 no modificó fundamentalmente las ideas de Moeller, quien piensa que la «Rusia eterna» superará las doctrinas «importadas» a las que parece haberse entregado. Al marxismo «sin patria», Moeller opone además el bolchevismo, que «no es ruso». Al día siguiente del Tratado de Versalles, el eslogan de Gewissen se volvió: «No hay enemigo al este». En 1921, el ex-animador de la Liga Antibolchevique, Eduard Stadtler, no dudará en interpretar la «victoria de Lenin» sobre los intervencionistas aliados en 1917 como una «victoria del pueblo ruso sobre nuestros enemigos».

Moeller, por su lado, afirma que si Alemania y Rusia no se aproximan, habría entonces un gran riesgo de que Rusia y Francia se entendieran en detrimento suyo –previsión que la alianza franco-soviética de 1935 parecía justificar. Esta es la razón por la cual combate a quienes, en el interior del campo nacional, rechazan la

«orientación hacia el este». En octubre de 1921, por ejemplo, denuncia la sugerencia de Ludendorff de una «cruzada internacional» contra la Unión Soviética: «Ningún trabajador alemán combatirá contra Rusia ni permitirá que dicha guerra tenga lugar»87. Al año siguiente recibe con agrado el Tratado de Rapallo88. Igualmente cita la advertencia de Lloyd George, según la cual una «Alemania encolerizada» (angry) podría muy bien ser el arma de una «Rusia hambrienta» (hungry)...89. Esta interpretación demasiado idealista, que identifica a la URSS de Lenin con la Rusia de Dostoievski, no estaba tan alejada de la Realpolitik que entonces practicaba la joven república de Weimar por intermedio de un Brockdorff-Rantzau, de un Seeckt o de un Malzahn. Se sabe que, desde junio de 1919, el conde Brockdorff-Rantzau, ministro de Asutos Exteriores, había enviado su carta de dimisión al gobierno de Ebert. Algunos meses más tarde, el general von Seeckt buscó establecer vínculos entre la Reichswehr y el Ejército rojo, con la esperanza de escapar al diktat de Versalles. La Ostorientierung estaba entonces a la orden del día. Dicha orientación de derecha sería llevada hasta el extremo por los partidarios del «nacional-bolchevismo» alemán. De cualquier manera, no se podría asimilar el punto de vista de Moeller con el de los nacional-bolcheviques; mientras que estos últimos frecuentemente creían en la primacía de la política interior (a contracorriente de la opinión jungkonservativ), y estaban dispuestos a aceptar el comunismo siempre que se expresara bajo una forma «nacional», Moeller se limita a pensar que esta doctrina –respecto de la cual continúa manifestando una terrible hostilidad– no ejercerá en Rusia más que una influencia pasajera. La Unión Soviética –para él– sigue siendo ante todo Rusia. Detrás de las racionalizaciones del discurso marxista percibe las mismas fuerzas y las mismas debilidades, la misma tendencia mística de la «comunidad de sufrimiento» que ya se observaba en la Rusia tradicional. Demuestra cómo Lenin remplazó a Cristo en la imaginería popular. Habla del «Potemkin eterno» de estos rusos que, bajo los zares, construyeron ciudades comerciales antes de que el comercio mismo se hubiera desarrollado, y que, bajo el bolchevismo, no dudó en instalar fábricas en la estepa. En suma, allí donde los nacional-bolcheviques emiten un juicio político, el propone un juicio político fundado siempre en la convicción de una persistencia de los «estilos» nacionales.

Pero al mismo tiempo percibe la profunda contradicción del alma rusa, escindida siempre entre sus aspiraciones «orientales» y «occidentales». Al pensar que Rusia está sin duda orientada en lo fundamental hacia Siberia y Asia90, afirma que la construcción de un imperio ruso vuelto al Occidente fue un «error espiritual» y que Rusia es, ante todo, una potencia terrestre y continental: «Un marino ruso es una contradicción en sí». Es bajo este contexto que en 1923 se va a desarrollar un singular diálogo entre Moeller van den Bruck y el comunista Karl Radek.

Alemania se encontraba entonces en plena crisis. La ocupación franco-belga del Ruhr –decidida por Poincaré, quien pretendía ejercer su hegemonía en la margen izquierda del Rhin y, al mismo tiempo, hacer respetar las cláusulas del Tratado de Versalles que buscaban debilitar la industria alemana– coincide con el terrible agravamiento de la hiperinflación. El 9 de mayo, un joven nacionalista, antiguo miembro de los cuerpos francos, Albert Leo Schlageter, es condenado a muerte invocando hechos de resistencia por un consejo de guerra francés reunido en Dusseldorf; será fusilado el 26 de mayo. (Schlageter se volverá un mártir para el

campo nacional y le serán dedicados innumerables libros y folletos). Paralelamente, el Partido Comunista Alemán (KPD) se inquieta al ver cómo se crea, en el seno de las clases medias forjadas por el nacionalismo, un movimiento de masas que se le escapa. Desde el 13 de febrero, un artículo de la revista teórica del Komintern, Die Internationale, invita a los comunistas alemanes a «sacar todo el partido posible de la ola nacionalista». El 18 de abril, en el mismo diario, Thalheimer asegura que él pertenece a la revolución proletaria que consumará la obra de Bismarck llevando a cabo la anexión (Anschluss) de Austria, y precisa que dicha tarea debe completarse conjuntamente «con la pequeña burguesía y el semi-proletariado». El 17 de mayo, la dirección del KPD adopta una resolución que distingue a los nacionalistas «a sueldo del capital» de los «pequeño burgueses extraviados». Finalmente, el 20 de junio, Karl Radek, mensajero de Lenin, miembro del Comité Central del PC soviético y especialista en cuestiones alemanas cercano a la Internacional, pronuncia un discurso histórico («Leo Schlageter, der Wanderer ins Nichts») ante la directiva ampliada del Komintern, en donde plantea a los medios alemanes la siguiente pregunta:

¿En contra de quién supone el pueblo alemán que debe combatir: contra el gran capital de la entente o contra el pueblo ruso? ¿Con quién quieren hacer una alianza? ¿Con los obreros y trabajadores rusos para liberarnos, conjuntamente, del yugo del gran capital de la entente, o con la entente capitalista para reducir al esclavismo a los pueblos alemán y ruso? Creemos –añade– que la mayoría de las masas que profesan sentimientos nacionales no pertenece al campo del capital sino al campo del trabajo.

Finalmente, al evocar la trágica suerte de Schlageter, afirma: «El destino de este mártir del nacionalismo alemán (...) ¡tiene mucho qué decirnos a nosotros y al pueblo alemán!» A esta nueva (y breve) orientación del KPD se le dará el nombre de «línea Schlageter».

Del lado nazi, no se hace esperar una reacción negativa: el órgano del partido hitleriano se pone en guardia en contra de los «jefes comunistas que, disimulados detrás de la nueva máscara del amor a la patria, desean llevar al movimiento völkisch en la dirección del judeo-nacional-bolchevismo»91. Comienza, por el contrario, un doble diálogo entre Radek y Moeller, por una parte y, por la otra, Paul Fröhlich –miembro del Comité Central del KPD– y el conde Ernst von Reventlow. A la cuestión planteada en el discurso de Radek, cuyo texto íntegro publica Gewissen, Moeller responde en el mes de julio mediante tres artículos92. Subraya la importancia de las propuestas sostenidas por Radek y reafirma su convicción de que Alemania debe «apoyarse en Rusia». Sin embargo, deplora que Radek se atenga a un análisis de la situación en términos de la lucha de clases y le recrimina no ver el carácter propiamente revolucionario de un nacionalismo alemán que pretende inspirarse en los ejemplos de Federico II, de Bismarck y de la guerra de liberación contra Napoleón. Rechaza, pues, la propuesta hecha por Radek, a la que juzga como meramente «anexionista» y, por añadidura, no representativa de la opinión oficial soviética. Moeller da prueba aquí de realismo. No tiene duda, en efecto, de que, para el KPD, la «línea Schlageter» responde esencialmente a consideraciones tácticas que buscan, sobre todo, dividir el campo nacional93. Acusado por la Internacional al mismo tiempo que el grupo de Trotsky, el mismo Radek será eliminado del PC

soviético desde 1927. Posteriormente, figurará entre los acusados en el segundo gran proceso de Moscú94. El asunto no tendrá continuidad. El diálogo entre Moeller y Radek, quien respondió al Gewissen en las columnas de la Rote Fahne, no causó la menor sensación. Ello permite comprobar que los jóvenes conservadores, firmes a nivel de los principios en cuanto a su «orientación hacia el este», también eran capaces, bajo situaciones concretas, de no albergar ilusiones.

### 10. Moeller y su diferendo con el nazismo

Respecto del nazismo naciente, Moeller van den Bruck interpuso con firmeza su distancia. En la primavera de 1922, Hitler tomó la palabra ante el Juni-Klub, en una velada organizada por Rudolf Pechel; fue recibido más bien con frialdad. De acuerdo con el testimonio de Max Hildebert Boehm, Heinrich von Gleichen abandonó ostensiblemente la sala en pleno discurso. Al final de la sesión, una breve discusión reunió a Moeller, a Pechel, a Hitler y a Lejeune-Jung (quien será ejecutado en 1944 por su participación en el complot del 20 de julio). Hitler, impresionado aparentemente por Moeller, le declara: «Usted posee todo lo que me falta. Usted elaboró las herramientas intelectuales para la renovación de Alemania. Yo no soy más que un tambor y un agrupador. ¡Trabajemos juntos!» Pero Moeller se mantiene bajo reserva. A la propuesta de Hitler, él responderá con una simple suscripción gratuita al Gewissen. Una vez, el jefe del NSDAP le espeta a Pechel, quien lo referirá así en sus memorias: «¡En verdad que este muchacho no comprende nada!» (Der Kerl begreift's nie!)95. Al año siguiente, cuando se lleva a cabo el putsch de la Feldherrnhalle en noviembre de 1923, el círculo de la Motzstrasse elabora un severo juicio sobre ese hecho. El editorialista anónimo de Gewissen –probablemente Moeller– habla de un «crimen imbécil» (Verbrechen aus Dummheit) y describe a Hitler como si estuviera guiado por cierto «primitivismo proletario»96.

Desde entonces, Moeller no tendrá ningún contacto con el agitador bávaro. Las ideas de Moeller tampoco se alejan mucho de las que expresan otros sectores de la Revolución Conservadora o de los medios nacionalistas alemanes. Hostil al activismo, Moeller fue, por ejemplo, uno de los pocos –después del asesinato de Walther Rathenau perpetrado por miembros de los cuerpos francos97– en interpretar el atentado como «una confirmación de la falta de sentido político (Politiklosigkeit) alemán»98. Sumamente indiferente a la ideología «de soldado», que se nutría de la experiencia en el frente, y que caracterizó a la corriente nacional-revolucionaria, piensa que Alemania debe hacer una síntesis de los valores masculinos y femeninos y no sólo de las «fuerzas femeninas, sensibles, creativas»99. En el plano religioso, expresó muy bien su antipatía por el cristianismo, el cual –dice– «no es una verdadera religión y sólo puede volverse una falsa política». «Su historia únicamente ha sido la historia de su corrupción» –escribía en Die Deutschen100. La Iglesia católica, según él, se resquebrajó desde la Reforma. El luteranismo, al contrario, al menos permitió que la conciencia nacional alemana se afirmara, dotando a Alemania de una filosofía y una música que le eran propias: Bach y Leibniz, finalizando en Herder.

No obstante, incluso respecto de la religión reformada, que entonces gozaba de un vivo prestigio entre la mayoría de los neoconservadores, él retoma las críticas formuladas por Nietzsche y Lagarde. A decir verdad, lo que le interesa de la religión

son los sentimientos que puede suscitar y los actos que inspira. La palabra «metafísica», en él, se relaciona además siempre a una voluntad obstinada que, al despreciar cualquier consideración «razonable», extrae su fuerza de una convicción que apunta hacia una transformación del momento presente. A final de cuentas, se mantiene fiel a la opinión de su juventud: «Sólo queda Dios –incluso si sabemos que no existe». Pero es a las corrientes völkisch a las que se opone más claramente.

### 11. Contra el racismo y sus adlátares

Sobre el papel de la raza en particular, no cesa de multiplicar precisiones101. A los teóricos völkisch que utilizan prolijamente este término, los acusa por principio de utilizar un concepto inadecuado desde el punto de vista histórico, al confundir «raza» con «pueblo», para finalmente caer en un materialismo biológico que postula que el hombre entero se explica por sus características anatómicas o «zoológicas».

Desde su juventud, al criticar a Chamberlain, afirmaba que, históricamente hablando, la nación remplazó a la raza. Admite que los pueblos tienen probablemente «raíces étnicas», y que las razas pudieron desempeñar un papel en la formación de las poblaciones prehistóricas (en este punto cita a Gobineau). Reconoce también que el mito de la raza pudo contribuir a la eclosión o a la consolidación de la conciencia nacional. Pero añade que la raza ya no es, desde hace mucho tiempo, un criterio operativo o pertinente –que se ha «desintegrado» en la medida en que aparecen las naciones históricas. Con su habitual sentido de la fórmula resume su punto de vista en esta frase: «Las razas fueron; los pueblos son» (Rassen waren. Völker sind). Asimismo, refuta el pesimismo spengleriano, y rechaza igualmente el determinismo inherente a la concepción «racial» de la historia. Defiende el carácter benéfico de algunos mestizajes raciales, de los que Prusia le parece un ejemplo convincente, y presenta al racismo como una «utopía retrógrada» que sólo puede acabar por dividir a las naciones102. Agrega que es ridículo buscar en las naciones modernas las huellas de la «pureza racial» (Rassereinheit), noción «ahistórica y ficticia», a la cual opone una «unidad de raza» (Rasseeinheit) que resulta de la emergencia de una conciencia común. La nación –subraya– siempre es la suma de su historia, y dicha historia es el resultado de factores políticos, culturales y sociales, no de factores «biológicos».

La oposición que él mismo establece entre los «pueblos jóvenes» y los «pueblos viejos» es, además, incompatible con una interpretación «racial». Moeller acusa a aquellos que hablan de la «raza aria» de diluir las especificidades nacionales en un concepto vago y brumoso: los rasgos fundamentales del pueblo alemán –nos dice– no son «arios» sino alemanes. En 1924, en un artículo que escandalizará a algunos de sus lectores, distingue entre «razas biológicas» y «razas del espíritu».

La pertenencia a una raza espiritual –escribe– obedece a leyes distintas a las de la pertenencia racial biológica. La concepción de raza no debería conducir a una problemática alemana en la que se excluyera, por razones biológicas, a gente que no perteneciera a una raza por razones espirituales103.

Moeller todavía se encuentra alejado de los Völkische debido a su indiferencia relativa hacia el mundo rural, y también por su rechazo a tomar en cuenta la crítica clásica hacia la gran ciudad. Al final, se confiesa escasamente interesado por los

«viejos germanos». «Es inútil e inexacto hablar de nosotros como germánicos –declara. Somos los alemanes de Alemania; los alemanes nuevos». Y aún más: «Fuimos germánicos, somos alemanes, seremos europeos». Strasser, quien refiere esta frase, agrega: «Hitler jamás lo comprendió»104.

### 12. El Tercer Reich

En 1922, Moeller dirige, junto con Heinrich von Gleichen y Max Hildebert Boehm, la publicación de un libro colectivo, Die neue Front, que agrupa a treinta y ocho autores, todos miembros del Juni-Klub o cercanos a él, y en el que puede verse, no sin razón, el «verdadero programa de los Jungkonservative»105. La obra igualmente se distribuye entre los miembros de la Fichte Gesellschaft von 1914 (que después de febrero de 1921 se convirtió en la Fichte Gesellschaft e.V.). En ese libro, Moeller publica, al inicio del volumen, un texto titulado «Por el liberalismo, los pueblos van a su ruina», que poco después se transformará en uno de los capítulos más notables de su nuevo libro, Das Dritte Reich106. Un año después, en efecto, sale a la venta en las librerías el libro más célebre e importante de Moeller van den Bruck:

El Tercer Reich. Y el más equívoco también en razón del título, que dio lugar a interpretaciones retrospectivas perfectamente incongruentes. En realidad, el «Tercer Reich» del que habla Moeller no tiene, evidentemente, nada que ver, ni ideológica ni cronológicamente, con el régimen que se instaló en Alemania a partir de 1933. Incluso se podría pensar –como ha escrito Hans Schwarz– que, más bien al contrario, son «los nacionalsocialistas [quienes] se adueñaron de la expresión de Tercer Reich» en función misma de la popularidad que había adquirido desde la aparición de la obra de Moeller107. En su libro, cuya mayoría de los capítulos ya habían aparecido en Gewissen, el propio Moeller se pronuncia con una solemne reserva.

El pueblo alemán –escribe– ya no es propenso a dejarse llevar por ilusiones. La idea del Tercer Reich muy bien podría volverse la más grande de las ilusiones que se podrían concretar. El pueblo alemán se abandonaría a ella en una actitud que sería profundamente alemana. Pero también podría provocar su pérdida.

Hans Schwarz añadiría en 1931: Este libro no fue comprendido como ameritaba serlo. Los políticos han hecho muy poco para sacarle provecho, pero la esencia de los acontecimientos los pone en peligro y los fuerza a buscar los remedios. Para todos aquellos que los buscan, El Tercer Reich posee propiedades milagrosas.

Además, Moeller dudó mucho sobre el título de su libro. En un principio pensó titularlo Der Dritte Partei (El tercer partido), en tanto Max Hildebert Boehm le propondría Der Dritte Standpunkt (El tercer punto de vista) o Der Dritte Standort (La tercera vía). Finalmente, optó por Das Dritte Reich, fórmula que ya se había popularizado en el seno de la juventud bündisch. Dicha duda es reveladora; confirma –como bien lo ha subrayado Denis Goeldel– que en el sintagma «Tercer Reich» es el primer concepto, y no el segundo, el que importa tener presente. Como muchos otros teóricos de su época, Moeller desea, en efecto, abrir dentro del campo ideológico-político, una «tercera vía» que se sitúa a su vez a medio camino y más allá del capitalismo liberal y del marxismo. En sus escritos, él habla tanto de una «tercer plano ideológico» (dritte Anschauung), como de un «tercer punto de vista». Es en el último capítulo de su libro donde hace explícita su elección final:

El tercer partido desea el Tercer Reich. Es el partido de la continuidad de la historia alemana. Es el partido de todos los alemanes que desean conservar Alemania para el pueblo alemán... Debemos tener la fuerza suficiente para no renegar de los contrastes que portamos en nosotros por nuestra historia, sino para reconocerlos y asimilarlos.

La noción de dritt, en Moeller, implica más bien la idea de síntesis, de resolución de contradicciones, no debida a una acción sobre las contradicciones, sino por una elevación sobre éstas en un plano superior –dritte Ebene– en el que las contradicciones se resuelvan ellas mismas en una especie de síntesis mágica[108].

Siguiendo un camino que no hace sino recordar la síntesis-superación hegeliana, Moeller busca liberar los contrarios relativos, los simétricos antagonistas, a fin de hacer que surjan conceptos nuevos, resultado de la conciliación de los contrarios: tertium datur. El Tercer Reich, para él, es por principio el «Imperio de la síntesis», que resume todo en sí (Zusammenfassung). Es la «creencia en lo triple» –el thinking in third del que nos habla Fritz Stern[109]. Desde esta óptica, la idea de una «tercera vía» se convierte en el hilo conductor de una reflexión analógica que mezcla consideraciones de orden histórico, ideológico y geopolítico: el «tercer partido» quiere el «Tercer Reich» así como Alemania, en tanto «país de en medio», tiene la vocación por constituir una «tercera fuerza» en el centro del continente, al tiempo en que, en un crisol, el este y el oeste se trascenderían y se activarían mutuamente. Alemania, en suma, está llamada a «totalizar todos los términos opuestos» (Goeldel). La idea de un «Tercer Reich» remite igualmente a un plan anterior mucho más lejano. Lo encontramos, en efecto, en la Edad Media, en la profecía milenarista del monje calabrés Joaquín de Fiore (v. 1130-1202), según la cual el «tercer Imperio» (Tertium Regnum) será el del Espíritu Santo, que de esta manera sucedería al «primer Imperio» del Padre y al «segundo Imperio» del Hijo. Una imagen análoga será vuelta a tomar en el siglo XIX por Constantin Frantz, el adversario conservador-federalista de Bismarck, cuando apela a la pretensión de una unidad política que trascienda la oposición entre la sociedad y el Estado («y es a este tercero superior al que llamamos Imperio»). Y esto es por lo que, al final de la Primera Guerra mundial, la expresión adquirió un uso corriente dentro de la Revolución Conservadora. En 1919, en La decadencia de Occidente, Spengler escribe: «El Tercer Reich es el ideal germánico, una aurora eterna a la que todos los grandes hombres, desde Dante hasta Nietzsche e Ibsen, han vinculado sus existencias»[110]. En 1921, Thomas Mann aprecia en la idea del Tercer Reich una «idea sintética [que] se ha elevado desde algunos decenios en el horizonte del mundo». Encontramos la misma expresión, en su acepción espiritual y metafísica, en Stefan George[111].

Fiel a su método, Moeller percibe primeramente en la idea del Tercer Reich un principio con valor de mito, el «pensamiento de una concepción del mundo» (Weltanschauungsgedanke), a la que añade una puesta en perspectiva histórica. El Primer Reich fue el del renacimiento carolingio –pero los emperadores romano-germánicos se suicidaron políticamente para beneficio exclusivo de los papas y de Roma. El Segundo Reich, el de Bismarck, cae en las mismas dificultades: se dedica a fundar un «Estado alemán de raza alemana» en lugar de empeñarse en hacer nacer un «Imperio alemán de estilo prusiano». El Tercer Reich, cuyo advenimiento anhela

Moeller, no se relaciona con los anteriores en el sentido de su continuidad o discontinuidad, de su reversibilidad o irreversibilidad. Tampoco representa una particular culminación, pues su rango no prejuzga su valor. En cambio, al igual que los anteriores, se aprecia a través de sus opuestos: el Tercer Reich se opone a la «civilización» occidental, de la misma manera en que el primero se opuso a la «cultura» antigua y el segundo a la «belleza» italiana desde el instante mismo en que perdieron su potencia creadora. Obra de la voluntad de un «pueblo joven», el Tercer Reich será una realidad esencialmente dinámica, rica en nuevas posibilidades y, por consiguiente, siempre inacabada.

El nacionalismo alemán combate por el Reich final –escribe Moeller. Siempre ha sido deseado y jamás será completado. Es la perfección que sólo podría esperarse en la imperfección (p. 324)112.

Das Dritte Reich está escrito con un estilo muy vivaz, panfletario en ocasiones, con pasajes particularmente densos –y con un lenguaje influido frecuentemente por el expresionismo. Allí, Moeller –dice Edmond Vermeil– expone sus tesis con ferviente simplicidad que contrasta con la compacta pesantez de Spengler, con la complejidad de Rathenau, con las sutilezas de Thomas Mann y con el tono, a veces esotérico, de Keyserling. Sus adjuraciones poseen una vigorosa sinceridad que gana corazones.

El libro consta de ocho capítulos, cada uno de los cuales contiene, como subtítulo, una frase con valor de Leitmotiv:

* Revolución («Queremos ganar la revolución»)
* Socialismo («Cada pueblo tiene su propio socialismo»)
* Liberalismo («Por el liberalismo, los pueblos van a su ruina»)
* Democracia («La democracia es la participación de un pueblo en su destino»)
* Proletariado («Es proletario quien quiere ser proletario»)
* Reacción («Se puede dar marcha atrás en la política, no en la historia»)
* Conservadurismo («El conservadurismo tiene de su lado la eternidad»)
* Tercer Reich («Debemos tener la fuerza de vivir las contradicciones»).

Al mezclar de manera constante sus propuestas teóricas de alcance general con los análisis de la situación alemana del momento, la obra busca sobre todo moldear espíritus y despertar sensibilidades.

El sentido estético y la sensibilidad a flor de piel –señala Günter Maschke– lo llevan a concebir la política de acuerdo con principios que no tienen, por sí mismos, nada que ver con la política. Moeller recusa y combina a su gusto ideologías, estructuras e intereses en favor de una idea puramente estética de la nación114.

Convencido de que cada pueblo posee una alma presta siempre a encarnarse en formas nuevas, Moeller apela a los deseos de un «torbellino revolucionario» gracias al cual el pueblo alemán se reapropiaría de los valores que le son inherentes, y que han sido sofocados por el decadentismo y el racionalismo occidentales. Pero advierte que dicho torbellino no se producirá solo, sentimiento que Thierry Maulnier resume muy bien en su prefacio a la edición francesa:

La vida es un bien que se adquiere y cuesta caro: sólo nos corresponde a nosotros asegurar nuestra vida y no a nuestros vecinos. Acabemos con la política del pánico, con la política de pequeños burgueses que pretenden asegurar la posesión sin tomar riesgos, por lo que el destino de los pueblos consiste en asumirlos y mantenerse con riesgos constantes. La única seguridad que es digna de nosotros es la de no sentirnos seguros con nosotros mismos (…) No vale la pena que un pueblo viva si vive de limosna o bajo protección.

Moeller quiere, pues, superar las oposiciones del momento y, como dirá Hans Schwarz, «formar hombres provenientes de diferentes campos». Para hacer esto, la política debe desprenderse de todo lo que la hace parecer, ya sea de lejos o de cerca, una confrontación entre grupos de interés. La política debe dejar de ser «politiquería». Los intereses deben dar paso a los valores, pero los partidos existentes son incapaces de efectuar dicha mutación. Moeller también, en una carta dirigida a von Gleichen y que constituye el prefacio del libro, nos recuerda su convicción común de que «toda la miseria de la política alemana proviene de los partidos»: «Si hemos de perecer, es gracias a los partidos que lo haremos». Sin embargo, no podemos «quebrar a los partidos» más que «basándonos en una concepción del mundo». Es dicha concepción, dicha visión del mundo, la que Moeller propone «a los alemanes de todos los partidos», y le permite adoptar «un tercer punto de vista» que se apoya en la idea de un Tercer Reich –«concepción histórica que se eleva por encima de la realidad».

### 13. El liberalismo es el principal enemigo

Para Moeller, igual que para Dostoievski, el enemigo número uno es, evidentemente, el liberalismo. En contra de la ideología de las «Luces», que ha generalizado el individualismo y la axiomática del interés, Moeller no podía proferir palabras más duras: «El liberalismo ha minado las culturas; ha destruido las religiones; ha arruinado las patrias» (p. 134). Con el liberalismo, los pueblos marchan «a su ruina» (p. 116). Moeller denuncia la razón (Vernunft) liberal, a la que opone el entendimiento (Verstand) conservador: «El entendimiento es una fuerza del hombre, en tanto la razón es más bien una debilidad» (pp. 269-270). Esta hostilidad hacia el liberalismo, presente en Moeller desde inicios del siglo, «comprende ante todo al liberalismo como actitud mental» (Denis Goeldel), del que desprende también una concepción general del hombre. Moeller no cree que el hombre sea «naturalmente bueno» ni que esté sobre la Tierra para buscar racionalmente su «mejor interés». Esta última fórmula demuestra además que la ideología liberal no es más que la justificación filosófica del economicismo: «La sospecha que pesa sobre el liberalismo está basada en el engaño que consiste en justificar los intereses por las ideas» (pp. 133-134). Moeller considera también el carácter «abstracto» y «disolvente» del liberalismo, por la manera en que disgrega las identidades colectivas y los cuerpos intermedios. Al liberal le basta, escribe, que una generación de los que disfrutaron pueda suceder a otra para que la salvación de la humanidad, según él, esté asegurada –y en todo caso, su bienestar personal, que es lo que, ante todo, importa (…) El conservador no se deja engañar por esta charlatanería. No vacila en decirle al liberal que, cualquiera que sea, eso depende de las condiciones de vida de una comunidad determinada. Tampoco duda en decirle que él, que podría pasar por encima de todas las relaciones obligatorias, no hace más que disfrutar lo que otros le han preparado.

No vacila en decirle que el liberalismo sólo es el que usufructúa el conservadurismo que le antecedió (pp. 257-258).

Enseguida, Moeller demuestra que existe una relación estrecha entre el pensamiento analítico y una ideología que hace del individuo un absoluto, y se muestra reacio a pensar en la autonomía de lo social: «El atomismo científico conduce a la atomización de la sociedad» (p. 137). Por ello, el liberalismo se desenmascara como el verdadero internacionalismo; es la ideología que reduce a nada la existencia de las culturas y de los pueblos:

El liberalismo pretende asumir que todo lo hace por el pueblo; en realidad, elimina al pueblo y lo remplaza por el yo. El liberalismo es la expresión de una sociedad que ya no es más una comunidad (…) El liberalismo no explica ya a una sociedad organizada sino a una sociedad disuelta (…) Cualquier hombre que ya no se siente miembro de una comunidad es, en cierta forma, un liberal (pp. 132-134).

Y finalmente, igualitario en su esencia, el liberalismo no hace más que generalizar la mediocridad:

La naturaleza del liberalismo es la humanidad promedio, y lo que quiere conquistar no es otra cosa que la libertad de cada uno para tener el derecho de ser un hombre promedio. Su ideal es el aburguesamiento en lugar del ennoblecimiento, la vida banal en lugar de la vida excepcional. En la vida física, desea dejar-hacer-lo -que-sea; en la vida moral, comprender todo y perdonarlo todo; en la vida económica, sufrir el perjuicio debido al principio de la libertad comercial; en la vida internacional, predicar –mediante frases cosmopolitas– la fraternidad de los pueblos y la guerra defensiva exclusivamente.

### 14. La crítica al marxismo

Por lo que toca al marxismo, Moeller lo combate, en sus escritos, por las mismas razones que hacía poco había criticado el «naturalismo», y por lo que había dicho sobre el racismo: porque rechaza el determinismo y el materialismo. «Marx penetra en la materia –escribe. Pero se mantiene encerrado en esta misma materia». Igualmente su concepción materialista de la historia, que no es, «como su nombre lo indica, más que una concepción de la historia de la materia» (p. 87). Ciertamente, Karl Marx definió muy bien el carácter de clase del liberal siglo XIX y supo denunciar con éxito el carácter huero de la ideología burguesa. Pero se quedó en la superficie de las cosas. En lugar de investigar sobre las causas profundas de los fenómenos que analizaba, optó deliberadamente por un materialismo reductor: «La concepción materialista del hombre, al no ocuparse en principio por el hombre sino por la economía, simplemente renunció a la historia» (p.85).

Al igual que los liberales, Marx creyó que el resorte esencial del espíritu humano residía en la sola preocupación material. Y dedujo que la humanidad sólo se planteaba los problemas que podía resolver: «No. La humanidad siempre se ha planteado los problemas que no sabe resolver. En eso reside su grandeza». Marx se detiene en las «condiciones de producción» sin cuestionarse acerca del sentido mismo de dicha producción. No comprendió que la burguesía, antes de despojar a la gente de la plusvalía de su trabajo, le robaba su alma. Para Moeller, por el contrario, es en el dominio espiritual donde reside el fundamento de la cuestión social, así como las

premisas de su solución. No solamente –nos dice– la economía es inferior a lo espiritual, sino que la economía misma depende de lo espiritual: «Algún día se reconocerá que la gran indignidad del siglo XIX habrá sido haber hecho del estómago la única medida de lo que es humano» (p. 85). La trasposición mecánica, en las sociedades humanas, del concepto darwiniano de «selección natural» es por sí misma un error. Pero el valor operativo de la teoría marxista de la lucha de clases es aún más débil. Le impidió a Marx comprender que un pueblo (Volk) entero puede también ser oprimido por otro pueblo, y es por ello que se mantiene mudo ante los grandes conflictos nacionales. Moeller pone como ejemplo a la Alemania del Tratado de Versalles, nación «proletarizada» cuyos vencedores explotan el trabajo como los rentistas capitalistas.

Moeller también ve en Marx al «destructor espiritual (Zerdenker) de la estructura económica europea», y a la frase de Rathenau, para quien «la economía es destino», opone la de Napoleón: «La política es destino» –política que es, ante todo, «el arte de las prioridades» (die Kunst des Notwendigen).

Moeller no abjura por lo tanto del socialismo. Incluso refirma enfáticamente que «cada pueblo tiene su propio socialismo»115. ¿Qué es, en efecto, el socialismo, si no «el hecho de que la nación entera siente que vive junta»? Al Marx que declara que los trabajadores no tienen patria, Moeller le responde lo contrario, que ya solamente les queda eso: su patria. La resolución de la cuestión social es, pues, indisociable de la cuestión nacional. Por una parte, la «socialización» es una con la «nacionalización» (Sozialisierung ist Nationalisierung)116. Por la otra, no puede haber justicia entre las clases, en el interior de la nación, si no existe primero justicia entre las naciones. Moeller repite que el pueblo entero puede ser víctima de una alienación impuesta por otros. No es, entonces, profesando el internacionalismo que se pondrá fin a la opresión, sino permitiendo que cada pueblo disponga libremente de sí mismo:

La revolución mundial sólo puede ser realizada de manera nacional. Cada nación posee su particular misión (…) No creemos que dicha revolución mundial se realice de acuerdo con las previsiones de Marx. Creemos más bien que se llevará a cabo conforme a las previsiones de Nietzsche. En esto, como en todo lo demás, Marx y Nietzsche son antagónicos (p. 221).

### 15. Un socialismo conservador

Bajo la denominación de «socialismo alemán», Moeller entiende, al tiempo que cierta forma de solidarismo a nivel de la empresa, una comunidad de trabajo popular organizada corporativamente, que evoca la «corporación propietaria» (es decir, la corporación como unidad de producción que pertenece a los productores, a los obreros y a los técnicos) de la que habló Ugo Spirito en el Congreso de Ferrara de 1932 –lo que provocó su ruptura con el régimen mussoliniano. Este «socialismo», al que Moeller no fija otros contornos, se inspira tanto en el de Fichte, de List y de Stein, así como en las corporaciones medievales. Moeller no duda en considerar, como uno de los precursores de sus tesis económicas, al jefe anabaptista Thomas Münzer –reivindicado en el otro extremo del tablero político por Ernst Bloch– quien pereció decapitado en 1525, cuando había estallado la guerra de los campesinos.

Habría que ver incluso en los consejos obreros a los verdaderos herederos de ciertos gremios de la Edad Media117.

Las ideas que nos proporciona la más antigua tradición se alían con la más reciente comprensión del fin por esperar –escribe–; tal es el socialismo alemán […] No queremos acentuar los contrastes; queremos que se complementen (pp. 112-113).

Así como no quiere pulverizar a la nación ni tener un Reich hipercentralizado, sino un Estado a la vez orgánico y federal, tampoco desea una democracia parlamentaria ni una dictadura, sino una verdadera representación popular de la nación, Moeller, a final de cuentas, no se pronuncia ni por una economía de mercado ni por una economía colectivista planificada, sino por una economía «solidaria» u «orgánica», en el interior de una «sociedad de Estados» (Ständegesellschaft). Dichos «Estados» (Stände) remplazarían a los partidos dentro de un sistema representativo que asociaría a los cuerpos federales o regiones con las corporaciones políticas y con las corporaciones económicas. La sociedad se volvería, así, un conjunto de colectividades particulares (Verbände) que gozaría, cada una, de la mayor autonomía118.

Una de las primeras tareas del socialismo alemán sería poner fin a la conciencia proletaria. Para Moeller, en efecto, el proletariado se define menos como una situación material que como un estado espiritual: «Es proletario quien quiere ser proletario. No son ni la máquina, ni la mecanización del trabajo, ni el salario, los que hacen del hombre un proletario, sino solamente la conciencia proletaria» (p. 216). Las masas dejarán de ser proletarias el día en que puedan integrar a su existencia otros valores que sean distintos a los valores económicos o mercantiles –ese día también dejarán de tener como ambición única el aburguesamiento. Moeller quiere, pues, «espiritualizar» el movimiento proletario. Se trata, como siempre, de invertir los términos de la problemática: es únicamente «mediante el subterfugio de las masas –escribe– que el torbellino que nos arrastra hacia abajo proyectará de nuevo y hará visibles los valores de la nacionalidad». Para modificar la conciencia proletaria, la revolución alemana deberá ligar la noción de propiedad con la de mérito y destruir las oligarquías financieras.

## 16. Conservadores y reaccionarios

Empero, la parte más interesante de El Tercer Reich probablemente sea aquella en la que Moeller se esfuerza en limitar la definición de «conservatismo». Lo que se trata de conservar –escribe– es lo que en la vida de los pueblos resulta indisociable de un conjunto de valores que subsisten tanto a través de todos los cambios, como también gracias a esos mismos cambios. El principio de conservación no es, pues, «la ley de la inercia, como comúnmente se cree, sino más bien, al contrario, una ley cinética según la cual todo ser crece con una continuidad tal que ninguna sacudida provocaría su interrupción» (p. 51). En un mundo en perpetuo devenir, «conservación y movimiento no se excluyen mutuamente, sino que una y otro se atraen. Y lo que está en movimiento en el mundo no es la fuerza que disgrega, sino la que conserva» (p. 248). El conservatismo, al querer asociar lo que es inmutable con lo que se transforma, debe batirse en dos frentes:

El reaccionario no cree. El revolucionario no hace más que destruir, o bien se vuelve mediador de fines que él mismo desconoce y, a lo más, lo que hace es crear un nuevo espacio. El conservador cree en el espacio eterno; da a los fenómenos una forma bajo la cual pueden sobrevivir y conservan, mediante la sujeción, lo que se puede perder en el mundo (p. 250).

Los conservatistas, en este sentido, no tienen para nada vocación por el pasado. Entienden que deben «apegarse al pasado, pero no restaurarlo» (p. 237). A diferencia de los progresistas, quienes «cultivan esperanzas que jamás se realizan», ellos «piensan en las legalidades que siempre se restablecen» (pp. 82-83). Para ellos, la noción de origen es indisociable de la de retorno: «Para el pensamiento conservador, todas las cosas nacen en el comienzo. Y todas las cosas tienen una gran reinicio» (p. 258).

La diferencia entre el conservatismo y la reacción aparece entonces con claridad. «El conservatismo no es la reacción» (p. 277), proclama Moeller van den Bruck, para quien el reaccionario no es más que un «conservador degenerado», un «peligro para la nación», un «enemigo interior». Al criticar el viejo conservadurismo que, desde la época de Metternich y de Federico Guillermo III se mutó en reacción buscando la preservación de privilegios indefendibles, demuestra que el neoconservador está tan alejado de esa tendencia como de la del progresismo:

El revolucionario se imagina que el mundo jamás estará determinado por los puntos de vista políticos de acuerdo con los cuales se ha trastornado. El reaccionario concluye en el sentido opuesto y cree, muy seriamente, que es posible borrar a la revolución de la historia como si jamás hubiera existido (p. 222).

El reaccionario es peor incluso que el revolucionario, pues mientras este último siempre es susceptible de salir de su error cuando su proyecto se topa con la sanción de los hechos, el primero, al situarse de golpe fuera del campo de la experiencia, puede mantenerse indefinidamente en su punto de vista. Lo que hace más falta al reaccionario es la conciencia de la historia. El reaccionario «cree que no tenemos que renovar las formas antiguas para que todas las cosas vuelvan a ser como estaban» (p. 223). Y mientras que el conservatista adquiere conciencia de lo inmutable viendo al futuro, el reaccionario no experimenta este sentimiento, al que contempla en el pasado:

El reaccionario se representa el mundo tal y como siempre ha sido. El conservador lo ve como será en adelante; tiene la experiencia de su época y la experiencia de la eternidad. Lo que fue no volverá a ser jamás. Pero lo que siempre es puede, por lo tanto, emerger de nuevo a la superficie (p. 227).

Esta es la razón por la cual, en el fondo, el reaccionario no comprende nada de política: «La política reaccionaria no es una política. La política conservadora es la gran política. La política no se vuelve grande más que cuando crea la historia: entonces no sabría perderse» (p. 227). Al poner a la historia en perspectiva, el conservador percibe la articulación –con toda su actualidad– del pasado, el presente y el futuro. En el presente, él «reconoce el poder mediador que transmite el pasado al futuro» (p. 256). El conservador tiene para sí la eternidad, pues vive «con la conciencia de la eternidad que engloba lo temporal» (p. 225). Y es allí donde reside su fuerza: «El presente es un punto de la eternidad, el pasado una eternidad que

sobrevive, el futuro una eternidad que se abre –pero que no tenemos necesidad de esperar, porque ya la vivimos». Opuesto a la reacción, que es algo congelado, el conservatismo es algo viviente, y para nada algo que se haya adquirido de una vez por todas, sino que debe, al contrario, ser siempre reconquistado. En las relaciones humanas –escribe Moeller– el pensamiento conservador ve «no el retorno de las cosas que ya han sido, sino el regreso de lo que hay de permanente en ellas. Y es esto que es eterno lo que siempre debe ser recreado espiritualmente en lo temporal» (p. 275). El conservador, dicho de otra forma, siempre estará condenado a crear formas novedosas: «Ser conservador significa, hoy día, que el pueblo alemán debe encontrar la forma de su futuro» (p. 285). Pero también significa admitir todo aquello que ocurrió, pues no hay nada que pueda impedir que ocurra.

Moeller está convencido de que esto no llega por detrás, que «no nos remite a los griegos», como decía Nietzsche, y que no está en posibilidad de ninguna nostalgia para eclipsar las cesuras históricas, buenas o malas, que se hayan producido. Sin embargo, la revolución de noviembre de 1918 forma parte de estas cesuras. Después de la revolución, se vuelve inútil soñar con la «restauración». Pero un regreso al antiguo régimen no podría ser más que un desastre. Ésta es, igualmente, la razón por la cual Moeller, quien aparentemente acepta el «lenguaje del adversario», se esfuerza por conferir una nueva significación a términos considerados tradicionalmente de izquierda: «socialismo», «democracia», «revolución». Algunos ven en ellos un simple movimiento táctico, pero, a la vez, una interpretación negativa de dichos términos sería imposible en una época y una sociedad «dominadas por la izquierda». No hay duda de que, para Moeller, se trata, por el contrario, de aprovechar la nueva coyuntura para darle a las palabras su verdadero sentido119.

Así, comprendemos mejor qué entendía Moeller al utilizar la expresión «ganar la revolución». El 9 de noviembre de 1918, cuando venía de desayunar con Max Hildebert Boehm en el Unter den Linden, el futuro autor de El Tercer Reich vio pasar por las calles camiones repletos de soldados mutilados. «Una revolución sin entusiasmo», se limita a señalar. «Ganar la revolución» es, pues, por principio, admitir que tuvo lugar, para posteriormente transformarla de tal suerte que sirva a otros fines distintos para los que fue concebida. «No se puede anular una revolución –escribe Moeller. Y desde el momento mismo en que una revolución es un hecho consumado, no le quedan al hombre otras perspectivas políticas e históricas que no partan de ella misma, como si fuera el único dato posible a considerar» (p. 51). Pero los reaccionarios son incapaces de tal actitud. Demostraron también sus límites desde el putsch de Kapp de marzo de 1920, ejemplo mismo –según Moeller– de lo que no se debe hacer.

La reacción (...) quiso dominar mediante la coerción, lo que le valió un sonado fracaso tanto en 1918 como en marzo de 1920, mientras se aprestaba a recomenzar. El conservatismo, en cambio, sabe extraer la lección de estos repetidos fracasos. Se propone dominar suscitando el asentimiento, produciendo consensos, reemplazando la obediencia coercitiva por la obediencia de adhesión120.

Así como la paz más humillante puede transformarse en victoria, una revolución políticamente cuestionable puede ser «ganada» a condición de ser aprobada históricamente. Entonces se podrían invertir los polos de significación para

hacerlos producir nuevas consecuencias. «El sentido de los acontecimientos –subraya Moeller– sólo aparece en sus consecuencias» –y «es sobre estas consecuencias que el conservador pone un acento metapolítico» (p. 225). Pero esto sólo es posible para el conservatista, en oposición al reaccionario y al revolucionario, quienes no ven en la revolución más que un acontecimiento político –al que uno asume y el otro rechaza– pues sólo él sabe ver «el acontecimiento histórico y reconoce, detrás de la revolución, el acontecimiento espiritual que la acompaña, y cuya trasposición la origina» (p. 224). Para que la revolución pueda ser «ganada», para que entre en su «fase conservatista», Moeller pregona una actitud que se podría resumir en la fórmula de Julius Evola: «cabalgar el tigre». Finalmente, y yendo aún más lejos, proclama que cualquier revolución es necesariamente conservadora, ya que ineluctablemente considera recrear una sociedad ordenada, y que cualquier conservatismo debe ser revolucionario, pues sólo una revolución permitirá la reapropiación y la recreación de lo que es susceptible de conservarse.

Lo que hoy es revolucionario –escribe– mañana será conservador (…) No deseamos continuar la revolución sino perseguir la realización de sus ideas, de las ideas que contiene pero que no comprendió. Queremos aproximar estas ideas revolucionarias a las ideas conservadoras, deseamos hacer una especie de aleación conservadora y revolucionaria, y propiciar finalmente condiciones de existencia que sean aceptables (pp. 60-61).

Encontramos siempre la misma idea: asociar, combinar, superar los contrarios relativos.

Ambos fines, el que quiere el revolucionario y el que quiere el conservador, van absolutamente en el mismo sentido (…) La cuestión es solamente saber si el conservador deberá triunfar sobre la revolución, o si el revolucionario encontrará, por sí mismo, el camino del conservatismo.

Al rechazar a la vez tanto el optimismo por principio, propio de la ideología del progreso, y el pesimismo primordial de aquellos que no pueden ver el presente más que a través de los anteojos del pasado, y al oponerles, igualmente, el voluntarismo de una generación decidida a transformar el mundo a su gusto, Moeller responde mejor a aquellos que, como Fritz Stern, quisieron volverlo un adepto de la Kulturpessimismus. Denis Goeldel también reaccionó contra esta visión «arcaizante» de Moeller, que encontramos en Pierre Vaydat121, cuando subraya «la presencia, en Moeller, junto a elementos que provienen de la tradición conservadora, de elementos constitutivos de la modernidad», y escribe:

A las interpretaciones de «pesimismo cultural» oponemos una interpretación que favorece el futuro, y en la que vemos la matriz de la actitud de Moeller de cara a la modernidad122.

## 17. «Libre ante la vida, libre ante la muerte»

Contrariamente a lo que podría esperar, Moeller no recibe, después de la publicación de Das Dritte Reich, la acogida que esperaba. Además, la situación

general es demasiado mala para la corriente jungkonservativ. Después de la crisis de 1923, parece anunciarse un período de relativa estabilidad. Incluso la oposición de derecha se alinea con el gobierno. Cierto número de miembros del Juni-Klub se ponen a buscar alianzas políticas provechosas y, bajo el pretexto habitual de la «eficacia» y del «realismo», coartadas clásicas de la ambición personal y del oportunismo, se dispersan en círculos y clubes que comienzan a abrirse paso en los medios nacional-liberales. Se puede considerar –junto con von Klemperer123– que, en el curso de 1924, el Juni-Klub prácticamente dejó de existir. En diciembre de 1924, en contra de la opinión de Max Hildebert Boehm, Heinrich von Gleichen creó el Herrenklub, del que se vuelve su secretario general. Eso es lo que, al asociarse cada vez más estrechamente con el establishment, la dará su dimensión plena.

En 1925, desesperado por la forma en que evolucionaba esta situación, Moeller se rehúsa a unirse con el Herrenklub, cuyas orientaciones desaprueba. Cada día que pasa le parece más extraño a algunos de sus antiguos camaradas. Mientras Alemania le parecía lo más bajo, experimenta el sentimiento de estar abandonado por todos y de no encontrar en torno suyo más que incomprensión. Ya no cree en la posibilidad de una rectificación y no tiene la menor confianza en las fuerzas políticas nuevas que entonces comienzan a aparecer. Sus nervios, que siempre fueron frágiles, subsisten al contraataque de esta disposición del espíritu. A inicios del año, y apenas con cuarenta y nueve años, Moeller se ve sumido en una profunda depresión nerviosa de la que ya no se recuperará. Fastidiado, solitario, y sin duda abatido, resuelve entonces disponer de su ser de acuerdo con el principio enunciado por Heinrich von Kleist: «Libre ante la vida, libre ante la muerte».

El 30 de mayo de 1925, una semana después de la elección de Hindenburg a la presidencia del Reich, se suicida en Berlín-Weissensee, poniendo término por sí mismo a una vida ensombrecida por la ansiedad y la melancolía. Fue enterrado en el cementerio de Lichterfeld, en Berlín; sólo algunos de sus allegados asistieron a sus funerales. La oración fúnebre fue pronunciada por Max Hildebert Boehm124. Inclusive la gran prensa tampoco anunciará su desaparición. Posteriormente, diversas publicaciones indicarán, falsamente, que murió a consecuencia de una enfermedad en un sanatorio de Berlín. Las razones exactas del suicidio de Arthur Moeller van den Bruck permanecen relativamente oscuras todavía hoy. Otto Strasser escribe que Moeller se suicidó «el día en que comprendió que Hitler había traicionado su ideal»125 –lo que haría de él, según la expresión de Ernst Jäckh, «una de las primeras víctimas del III Reich hitleriano»126.

Dicha interpretación (muy a la manera de Strasser) sería muy aventurada, tan sólo por razones cronológicas: en 1925 Hitler apenas acaba de reconstituir su movimiento, después de ser liberado de la fortaleza de Landsberg. Por su parte, en el prefacio a la edición francesa de El Tercer Reich, Thierry Maulnier escribe a propósito de Moeller: «Este joven escritor, entusiasta y sombrío, al juzgar que la política de Stresemann, que la política suave, que la política de Locarno humillaba y deshonraba a Alemania, se suicidó». Esta hipótesis es más posible. Lo más razonable, sin embargo, sería estimar sin duda que Moeller no soportó la dispersión de la escuela de pensamiento que él había fundado ni el alejamiento (o la traición) de algunos de sus amigos a lo que se sumaron, por otro lado, las eventuales secuelas de una

enfermedad que lo había disminuido, por lo que quiso evitar que se pudiera elucidar cualquier argumento que desacreditara sus empresas. Según el testimonio de su amigo Hans Schwarz –quien fue su ejecutor testamentario y el albacea de su herencia (Nachlass) intelectual y espiritual– sus últimas palabras que se consignaron por escrito habrían sido: «Yo salvo nuestra causa» (Ich rette unsere Sache). Esta frase –premonitoria– justifica indirectamente la apreciación de Thierry Maulnier:

Moeller van den Bruck era de la raza de los que prefieren la muerte a la victoria y, muriendo, pretenden asegurar la victoria de los suyos. No concibió su suicidio como una renuncia, sino como una preparación; no como un fin, sino como un germen; quiso que fuera una provocación a la esperanza y a la revuelta…

Luego de la muerte de Moeller, lo que quedaba de las estructuras del Juni-Klub se disloca. El Herrenklub de von Gleichen se constituyó, desde entonces, en el más importante cenáculo neoconservador, con su filial, el Jungkonservative Klub, que igualmente se instaló en los locales de la Motzstrasse. Más o menos al margen, el Volksdeutscher Klub prosigue sus actividades en torno a los alemanes en el extranjero. El grupo de la revista Die Tat, que quedará en manos de Hans Zehrer en octubre de 1929, también comienza a adquirir importancia. El pensamiento de Moeller continúa difundiéndose o es reivindicado por todos los grupos, pero con diferentes matices, muchas veces contradictorios, lo que no hace sino mantener los procesos de intención y las acusaciones de «traición». Apoyado por la viuda de Moeller, Hans Schwarz, el fiel amigo –a quien Armin Mohler clasifica entre los «místicos prusianos»127– acusa en particular al entorno de Walther Schotte y al de von Gleichen de haber «liberalizado» las ideas de Moeller van den Bruck en lugar de haberlas «revolucionado», así como de haberse convertido al capitalismo. Se esforzará también, sin éxito, en tratar de suprimir la carta a von Gleichen publicada como prefacio a la primera edición de El Tercer Reich128.

El 1° de enero de 1928, el hebdomadario Gewissen, cuya dirección había asumido Stadtler después de la muerte de Moeller, deja de aparecer. Es remplazado por otro hebdomadario, Der Ring, al que von Gleichen vuelve el órgano de difusión del Herrenklub y cuya jefatura de redacción le es confiada a Friedrich Vorwerk. Este mismo año de 1928, Hans Schwarz lanza una revista bimestral, Der Nahe Osten, y cuya dirección les confiere a Bernd von Wedel y al almirante Adolf von Trotha, la cual se establece también en los locales de la Motzstrasse. Desde su primer número, Die Nahe Osten –que dejará de publicarse en 1936– anuncia su intención de «continuar con la obra dejada por Moeller van den Bruck», especialmente en lo que concierne a su «orientación hacia el este». Posteriormente, Hans Schwarz garantizará la publicación de las obras póstumas de Moeller (desafortunadamente con algunas modificaciones y retoques a sus artículos), y creará los Archivos Moeller van den Bruck de Berlín. Estos esfuerzos no serán inútiles. En efecto, se verifica, hacia finales de los años veinte, una especie de retorno a la fuerza de las ideas de Moeller –y cuya popularidad incluso volverá a crecer, de manera más o menos constante, hasta 1933-34. Diversas reediciones, así como la publicación de compilaciones póstumas, contribuyeron a su reavivamiento. A partir de 1929, el nombre de Moeller es citado cada vez con mayor frecuencia en la revista Die Tat. Los temas «moellerianos» continúan apareciendo igualmente en Der Ring que, bajo la influencia de von

Gleichen, se aproxima primero a Brüning, y posteriormente a Papen y a Schleicher. Después de la crisis parlamentaria de 1928, de la muerte de Streseman y del hundimiento tras la breve prosperidad de Weimar, la situación volvió a tomar cierto auge, creando un clima en el cual las tesis de Moeller retomaron su actualidad.

Reeditado en 1926 y en 1931, traducido en Francia e Inglaterra, Das Dritte Reich ejerció una incuestionable seducción sobre la joven generación: el libro tendrá en Alemania, en pocos años, un tiraje de más de 100 000 ejemplares. Consecuencia inesperada: en la opinión pública, la expresión «Tercer Reich» comienza a asociarse más frecuentemente con el nombre de Moeller van den Bruck que con el de Hitler. En 1930, Ernst H. Posse observa que esta expresión «domina el mundo conceptual de todos los grupos nacionales»129.

Cuando fui por primera vez a Alemania, en 1930 –escribe por su lado S. D. Stirk– El Tercer Reich de Moeller van den Bruck era mucho más conocido, leído y discutido que Mein Kampf de Hitler130.

Pero a medida que se expandía la nueva influencia moelleriana, las polémicas ideológicas renacían. Por aquí y por allá se organizaban debates para saber quién fue el «verdadero» Moeller. En septiembre de 1932, un número especial de la revista Deutsches Volkstum –editada por Wilhelm Stapel y Albrecht Erich Günther, vinculados con la Fichte Gesellschaft– se dedica enteramente a la vida y la obra de Moeller van den Bruck; contribuirá a mantener la leyenda, si no es que el culto.

La llegada al poder del partido nazi va a cortar de golpe este renacimiento. En sus memorias, Gustav Steinbömer escribe:

El movimiento de los jóvenes conservadores tuvo un final trágico, sin mañana. El nacionalsocialismo se vistió con los jirones de su sistema ideológico, transformándolos en slogans explosivos destinados a atraerse la simpatía, mientras que la resistencia activa era brutalmente eliminada131.

Desde 1933, las dificultades comienzan con la confiscación del Moeller van den Bruck-Archiv132. Las tesis de Moeller son combatidas en el seno del NSDAP, en particular en el entorno de Alfred Rosenberg, quien todavía en su revista de 1932 133 calificaba a Moeller como un «gran patriota» y, después, se dedicará a subrayar las profundas diferencias que separaban al pensamiento juvenil-conservador del nacionalsocialismo. Le cuestiona a Moeller su punto de vista sobre las razas así como su teoría de los «pueblos jóvenes», su diálogo con Radek o su simpatía por Rusia y los pueblos eslavos134.

En 1935, Moeller fue objeto de un ataque aparecido en el diario del partido, así como en los órganos de las SS y de la Hitlerjugend135. Wilhelm Seddin, al explicar el punto de vista oficial, extiende esta crítica a toda la Revolución Conservadora en un folleto donde se combate violentamente el «prusianismo». Allí Moeller es acusado de haber sentado las bases de la «magia del este» (östliche Magie), de haber querido sacrificar Alemania a Rusia, y de no haber sido más que su portavoz, desprovisto de cualesquiera de los sentidos de la realidad (instinktlos), de una «pandilla literaria» (Literatenclique)136. Desde entonces –precisa Oswalt von Nostitz– «los escritos de Moeller fueron considerados indeseables (unerwünschte) y desaparecieron poco a poco del mercado»137.

Paralelamente, la Gleichschaltung ordena detener la publicación de artículos en torno al autor de El Tercer Reich, así como las compilaciones editadas por Hans Schwarz. En 1936 se prohíbe la reedición y la difusión de los libros de Moeller, a excepción –parece– del ensayo sobre el estilo prusiano. (Aparecerá también en 1940 una última edición del El Tercer Reich, sin la carta a von Gleichen y sin la presentación de Hans Schwarz). Al mismo tiempo, el libro de Woldemar Fink acerca de la «ideología del este»138 pronuncia la condena oficial a las tesis de Moeller acerca del este europeo. El veredicto final llega en 1939, con la biografía en forma de panfleto firmada por Helmut Rödel, quien inopinadamente condena el sistema moelleriano de pensamiento en su conjunto. Rödel denuncia en particular las opiniones de Moeller sobre la raza: «Hoy, un mundo nos separa del concepto de raza de un Moeller van den Bruck»139. El mismo año, un cuestionamiento idéntico se volverá a dirigir a Moeller en un artículo del Meyers Lexikon. Rödel concluye:

Moeller van den Bruck no es para nada el visionario y el profeta del III Reich, pero sí el último de los conservadores. A partir de su universo político no existe ningún camino que conduzca al futuro alemán –porque a partir de él no existe ningún camino hacia el nacionalsocialismo140.

Estos hechos permiten aquilatar la ignorancia –o la mala fe– de aquellos que quisieron, a partir de 1933 o de 1945, hacer de Moeller van den Bruck un «precursor del movimiento hitleriano»141. Incluso si algunos de sus allegados hubieran podido contribuir desafortunadamente a esta falsa interpretación con la finalidad de salvar aquello que todavía era rescatable de la obra de Moeller, la realidad de los hechos no deja sombra de duda. Como lo hacía notar Günter Maschke durante el centenario del nacimiento de Moeller, intentar establecer una filiación entre la Revolución Conservadora y el nacionalsocialismo bajo el pretexto de su común hostilidad hacia el régimen de Weimar, es desconocer las profundas raíces de esta ideología, ignorar la complejidad de la situación intelectual y espiritual de la Alemania de esta época, y encubrir la gris realidad de la democracia weimariana con un brillo del que ciertamente careció. ¿Quién, además, de entre la élite intelectual de los años veinte, defendió resueltamente a la República? Tanto la izquierda como la derecha son responsables de su caída, los teóricos a mismo título que los hombres como Carl Schmitt, Bertolt Brecht, Ernst Jünger, Tucholsky, Georges Grosz o Moeller van den Bruck.

Y añade Günter Maschke: «Los nacionalsocialistas se apresuraron a distanciarse del portavoz del nacionalismo revolucionario, y él mismo sólo sentía desprecio respecto de Hitler»142. Tal es también la conclusión a la que llegó Hans-Joachim Schwierskott: «Es un hecho conocido que Moeller jamás fue nacionalsocialista –movimiento al que rechazó desde el principio– y a quien, después de su muerte, los nacionalsocialistas se encargaron de desacreditar»143.

Aunque el pensamiento de Arthur Moeller van den Bruck haya comenzado a ser rehabilitado después de la guerra, gracias especialmente a las obras de Armin Mohler y de Schwierskott, el autor de El Tercer Reich aún continúa siendo, hoy día, sumamente ignorado. Esta situación, hay que decirlo, prolonga la que él mismo tuvo durante gran parte de su vida. Expulsado del liceo, viajante solitario durante toda su

juventud, viviendo apartado de su familia, olvidado o traicionado por la mayoría de sus amigos, rechazado tanto por Weimar como por el III Reich, Moeller fue ante todo un hombre aislado y rebelde. «Moeller van den Bruck –ha dicho Wolfgang Hermann– vivió en una generación que no lo comprendió»144.

Sin embargo, él, cuya obra propiamente política se inscribe en un muy breve lapso (siete años solamente separan el final de la guerra de su suicidio), y a quien frecuentemente se le ha recriminado no ser más que un escritor o un artista venido a la política, y cuyos escritos menos originales son más bien típicos de una época que no supo encarnar en principios vivientes. Más que un doctrinario dogmático fue un teórico que supo hacer un llamado a la imaginación y a la sensibilidad. Durante toda su vida escruta el mundo en el que le tocó vivir para descubrir los signos de las nuevas configuraciones por venir. Para él, el nacionalismo fue ante todo un movimiento de resistencia145, lo que lo emparentaría con los autores románticos a quienes, sin embargo, no les escatima sus críticas. De allí este juicio de Kaltenbrunner:

Así como bajo la influencia de un Adam Müller o de un Friedrich Schlegel los románticos indecisos habían servido a la causa de la restauración de Metternich, un siglo después Moeller van den Bruck se convirtió en el campeón del imperialismo alemán y de la oposición antidemocrática a Weimar. Él también fue un romántico de la política, pero cuyo programa y anhelos jamás recibieron las los sufragios de simpatía de la opinión pública. No tenía soluciones prácticas qué ofrecer y no representaba los intereses de ninguna clase ni de ningún partido en especial. Fue precursor de visiones metapolíticas, de una sinfonía en la que se podría poner toda clase de palabras146.

Pero Kaltenbrunner también escribe:

Decenios después, los movimientos nacional-revolucionarios de África, Asia y América Latina lograron hacerlo allí donde Alemania había fracasado en 1923: un combate defensivo nacional bajo el signo de una política interior socialista y de una política exterior amistosa hacia Rusia. Los pueblos jóvenes de Moeller van den Bruck los encontramos en el proletariado de los países en vías de desarrollo. Mientras que en Alemania el nacional-bolchevismo permaneció en larvario estado académico, las antiguas colonias lo pusieron en práctica como una «tercera vía» situada entre las potencias occidentales y el campo comunista. Son los nuevos estados del hemisferio austral del planeta –por distintas que pudieran ser en sus ambiciones y sus capacidades– los que representan esta tercera fuerza que Moeller preconizaba para la Alemania vencida147.

Notas

1 Lucy Moeller van den Bruck, «Erbe und Auftrag», en Der Nahe Osten, 15 de octubre de 1932, pp. 429-436.

2 Moeller jamás hará figurar su nombre de pila en sus obras, que desde un principio fueron firmadas como «Möller-Bruck», y después como «Moeller van den Bruck».

3 Moeller van den Bruck, Ein politisches Schicksal, Berlín, Frundsberg, 1934, pp. 19 y sigs.

4 «Vom "Preussischen Stil" zum "Dritten Reich": Arthur Moeller van den Bruck», en Karl Schwedhelm [editor], Propheten des Nationalismus, Munich, List, 1969.

5 Arthur Moeller van den Bruck, «Przybyszewski's "de profundis"», en Die Gesellschaft, mayo de 1896, pp. 664-669; «Vom modernen Drama», en Die Gesellschaft, julio de 1896, pp. 931-938; «Dehmels Lyrik», en Die Gesellschaft, febrero de 1897, pp. 247-255.

6 Moeller, quien hablaba perfectamente francés, inglés y ruso, realizó como traductor un trabajo notable que se vio coronado con su edición de Edgar Poe en diez volúmenes, seguido de los seis volúmenes de relatos de Maupassant. Su mujer, que colabora activamente en esta tarea, firma como «Hedda Moeller-Bruck». Las obras traducidas (frecuentemente con su prefacio) por Moeller en esta época son la siguientes: Barbey d'Aurevilly, Die Besessenen, 3 vol., Minden, J.C.C. Bruns, 1900-1902; Edgar Allan Poe, Werke, 10 vol., Minden, J.C.C. Bruns, 1901-1904; Barbey d'Aurevilly, Berlín, Finsternis, 1902; Thomas de Quincey, Bekenntnisse eines Opium-Essers, Berlín-Leipzig 1902; Daniel Defoe, Glück und Unglück des berühmten Moll Flanders, 1903; Guy de Maupassant, Ausgewählte Novellen, 6 vol., Leipzig, Reclam, 1919.

7 Das Variété en su origen debería aparecer bajo el título Der neue Humor, y constituye el undécimo tomo de la serie Die moderne Literatur.

8 «Revolutionary Conservatism: Moeller van den Bruck», en The Third Reich, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1955, pp. 319-320.

9 «Bemerkungen über Zuloaga», en Jugend, 1905, 9; «Bemerkungen über Rodin», en Jugend, 1907, 47.

10 Cfr. Arthur Moeller van den Bruck, «Die Probleme des Futurismus», en Der Tag, 18 de julio de 1912; «Die radikale Ideologie des jungen Italien», en Deutsch-Österreich, 1913, 52.

11 «Moeller van den Bruck: une stratégie de modernisation du conservatisme ou la modernité à droite», en Revue d'Allemagne, enero-marzo, 1982, p. 132.

12 Cfr. Die moderne Literatur in Gruppen und Einzeldarstellungen, vol. 5: Mysterien, Berlín, Schuster u. Loeffler, 1899, pp. 12-23.

13 Artículo citado, p. 134.

14 Germany's New Conservatism. Its History and Dilemma in the Twentieth Century, Princeton, Princeton University Press, 1957 y 1963.

15 Die moderne Literatur, edición definitiva, Berlín, Schuster u. Loeffler, 1902, p. 440.

16 Ibid., p. 608.

17 Hedda Eulenberg, Im Doppelglück von Kunst und Leben, Düsseldorf, Die Fähre, 1952, p. 7.

18 Cfr. Paul Fechter, Menschen und Zeiten. Begegnungen auf fünf Jahrzehnten, Gütersloh, 1949, p. 330.

19 El hijo de Moeller van den Bruck, Peter Wilhelm Wolfgang, morirá de neumonía a la edad de veintiún años, poco tiempo antes de la desaparición de su padre.

20 Die Deutschen, vol. 1: Verirrte Deutsche, Minden, J.C.C. Bruns, 1904, p. 142.

21 Die Deutschen, vol. 5: Gestaltende Deutsche, Minden, J.C.C. Bruns, 1907, p. 33.

22 Das Théâtre français, Berlín, Schuster u. Loeffler, 1905, p. 78.

23 Die Zeitgenossen. Die Geister - Die Menschen, Minden, J.C.C. Bruns, 1906, pp. 3-5.

24 Ibid., p. 8.

25 Ibid., p. 118.

26 F.M. Dostoiewskij, Sämtliche Werke (unter Mitarbeiterschaft von Dimitri Mereschkowski), 22 vol., Munich, R. Piper & Co., 1905-15. Una segunda edición aparecerá en 1922. La editorial Piper volvió a publicar el conjunto de la serie en 1950 –pero sin los prefacios de Moeller van den Bruck. Sobre la concepción y la realización de este proyecto, cfr. los recuerdos del editor: Reinhard Piper, Vormittag. Erinerrungen eines Verlegers, Müchen, Piper, 1947, pp. 406-416. Cfr. también F.M. Dostoiewskij, Politische Schriften, [edición de Dimitri Mereschkowski y Moeller van den Bruck], trad. E.K. Rashin, Munich, R. Piper & Co., 1917.

27 Tampoco era la lectura de Dostoievski la que podía poner un freno al antisemitismo de una parte de la derecha alemana. Cfr. sobre este tema: David Goldstein, Dostoïevski et les Juifs, París, Gallimard, 1976. Acerca del impacto de Dostoievski en la Alemania de principios de siglo, véase también: Leo Löwenthal, «Die Auffassung Dostojewskis im Vorkriegsdeutschland», en Zeitschrift für Sozialforschung, 1934, 3, pp. 343-382.

28 Cfr. nuestra introducción a Ernst Niekisch, «Hitler - une fatalité allemande» et d'autres écrits national-bolchevistes, Puiseaux, Pardès, 1991, pp. 7-56.

29 Moeller dedicará su ensayo sobre la belleza italiana a Däubler, cuya hija se casará con el poeta expresionista Johannes R. Becher, figura central de la vida literaria de la República Democrática de Alemania en los años cincuenta. La tensión entre materialismo y espiritualidad es el tema esencial de los poemas publicados bajo el título de Nordlicht (Luz del Norte). Carl Schmitt, quien fue amigo de Däubler en su época de estudios universitarios, consagra un ensayo de juventud a esta recopilación, que él interpreta como una requisitoria contra el intelecto mecánico del Occidente al haber perdido su alma (Theodor Däublers «Nordlicht». Drei Studien über die Elemente, den Geist und die Aktualität des Werkes, Munich, Georg Müller, 1916). Cfr. también Carl Schmitt, «Theodor Däubler, der Dichter des "Nordlichts"» (texto de 1912), en Piet Tommissen [editor], Schmittiana 1, Bruselas, Economische Hogeschool Sint-Aloysius, 1988, pp. 22-39.

30 Barlach evoca a Moeller en sus memorias: Ein selbsterzähltes Lebens, Berlín, Cassirer, 1928, pp. 68-69.

31 Denis Goeldel se entregó a un minucioso estudio «cuantitativo» sobre la importancia y la distribución de los diferentes sustantivos, adjetivos o perífrasis relacionando las primeras obras de Moeller (de 1902 a 1913) con diversas entidades étnicas o nacionales, con la finalidad de establecer para cada pueblo un «etnograma»

fundado en las características que Moeller le atribuye a su propio país (auto-estereotipos) y a sus vecinos (hetero-estereotipos). Así, se podía esperar que los enunciados más numerosos se relacionaran con Alemania y Francia. Como muchos otros de su tiempo (y también de las generaciones anteriores), Moeller encuentra que el espíritu francés es skeptisch, formal, äusserlich. Coloca el acento en el escepticismo inherente al pensamiento filosófico francés, en el carácter «superficial» e inauténtico de la civilización francesa y en sus creaciones «artificiales», de las que la corte de Versalles representa, para él, el modelo más acabado (cfr. también Die Deutschen, vol. 5: Gestaltende Deustche, op. cit., p. 238). Para él, Alemania es, por el contrario, geistig, idealistisch, naturlich. Inglaterra es materialistisch, ungeistig, äusserlich (crítica de la moral puritana, de la filosofía utilitarista y de la importancia del «standing »). Rusia es presentada como mística, introvertida, religiosa, pero también letárgica; Austria es femenina y «adormecida» (Moeller critica especialmente la actitud «anti-alemana» de los Habsburgo). Para Italia, los términos que se vuelven más frecuentes son kulturell, geistig y kräftig; para los Estados Unidos, Arbeit, Kultur y Zivilization.

32 En Mann, sin embargo, la oposición cultura-civilización recupera también la distinción entre pueblo y nación. La Kultur se encuentra localizada en el corazón mismo de la vida política. Para Moeller, por el contrario, el Estado no es un simple marco protector de la cultura; es más bien el principio formador.

33 La introducción al libro será publicada en forma de artículo en Die Tat, 1911, 123, pp. 138-142. En 1914, Moeller pensará añadir a la obra un único libro complementario titulado Die nordische Geistigkeit, pero este proyecto será abandonado también. Moeller tampoco escribirá un ensayo de filosofía religiosa que habría tenido por título Die Wirklichkeit der Metaphysik.

34 Die italienische Schönheit, Munich, R. Piper & Co., 1913, pp. 295 et 455-494.

35 Edmond Vermeil, Doctrinaires de la révolution allemande, 1918-1938, NEL, 1948, p. 115.

36 Die Germanen und die Renaissance in Italien, Leipzig, Thuringische Verlagsanstalt, 1905.

37 Dirigida desde 1912 por el editor Eugen Diederichs, la revista Die Tat adopta desde entonces una posición «neorromántica» y se declara con una Kulturpolitik muy alejada de los principios guillerminos. Hostil al movimiento pangermanista, fue en cambio muy favorecedora del movimiento juvenil salido de los Wandervogel (Diederichs fue uno de los participantes de la histórica reunión del «Hohe Meissner»). Por lo demás, Die Tat se volverá uno de los principales órganos de la Jugendbewegung, y más específicamente de la Freideutsche Jugend, a la cual Diederichs estaba vinculado cuando ésta estuvo en manos de Hans Zehrer, quien la hará uno de los más prestigiosos lugares de encuentro de los jóvenes conservadores y creará en torno a él el Tat-Kreis (con Ferdinand Fried, Giselher Wirsing, Ernst Wilhelm Eschmann, etcétera). Cfr. Kurt Sontheimer, «Der Tat-Kreis», en Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, julio de 1959, pp. 229-260.

38 «Kaiser Wilhelm II und die architektonische Tradition», en Die Tat, septiembre de 1915, pp. 595-601.

39 En 1915 todavía encuentra medios para hacer publicar una nueva edición de Simplicissimus de Grimmelshausen presentado bajo su cuidado: H.J. Chr. von Grimmelshausen, Der abenteuerliche Simplicius Simplicissimus, Minden, J.C.C. Bruns, 1915.

40 Moeller redactará el artículo «Propaganda» del Politisches Handwörterbuch publicado en 1923 bajo la dirección de Paul Herre.

41 Cfr. Oswald Spengler, Preussentum und Sozialismus, Munich, C.H. Beck, 1920 (traducción francesa: Prussianité et socialisme, Arlés, Actes Sud-Hubert Nyssen, 1986).

42 El capítulo consagrado por Moeller a Andreas Schlüter será objeto, después de su muerte, de una reedición en una obra de carácter colectivo: Willy Andreas y Wilhelm von Scholz [editor], Die Grossen Deutschen. Neue Deutsche Biographie, Berlín, Propyläen, 1935 (Moeller van den Bruck, «Schlüter, 1634-1714», vol. 2, pp. 20-34).

43 Esta crítica sería más acentuada en la segunda edición revisada de la obra que apareció en 1922 (cfr. en particular las páginas 179-199).

44 Der preussische Stil, Munich, R. Piper & Co., 1916, p. 170.

45 Op. cit., p. 126.

46 Art. cit., p. 152. Encontramos la misma constante en Fritz Stern: «Él no cambió: los tiempos lo hicieron» (The Politics of Cultural Despair. A Study of the Germanic Ideology, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1961, p. 225; página 238 de la traducción francesa).

47 Op. cit., pp. 157-158.

48 Enquête sur la monarchie, Nouvelle Librairie nationale, 1909, p. 509 (edición de 1918: p. 504; edición de 1925: p. 423). «En la práctica –escribe Maurras– jamás se logrará una revolución, y sobre todo una revolución conservadora, una restauración, un regreso al orden, más que con el concurso de ciertos elementos administrativos y militares». Esto, que fue señalado por Armin Mohler, condujo a Denis Goeldel a escribir que Maurras era el único en emplear el concepto en el área francesa» (Moeller van den Bruck, 1876-1925, un nationaliste contre la révolution. Contribution à l'étude de la «Révolution conservatrice» et du conservatisme allemand au XXe siècle, Frankfurt/M., Peter Lang, 1984, p. 26). Dicha afirmación no es del todo exacta. Günter Maschke nos señaló (carta del 15 de julio de 1990) un artículo aparecido el 20 de diciembre de 1851 en el diario Le Genevois, donde se comenta el golpe de Estado de Napoléon III en estos términos: «Gracias a la Providencia, se completó una verdadera revolución conservadora en Francia debido a la disciplina del ejército y por el terror que inspira la anarquía». La noción de revolución conservadora está igualmente presente entre los inconformes de los años treinta: «Para nosotros, la idea de revolución no es separable de la idea de orden (...) Cuado ya no impera el orden dentro del orden, es necesario que lo sea dentro de la revolución: la única revolución que nosotros consideramos es la revolución del orden» (Robert Aron y Arnaud Dandieu, La révolution nécessaire, Bernard Grasset, 1933, p. XIV; reedición: Jean-Michel Place, 1993). Encontramos también en Proudhon estas reveladoras líneas: «Todos nosotros, en tanto vivimos, devotos y escépticos, realistas y republicanos, en tanto razonamos a partir de ideas recibidas y de intereses establecidos, todos somos

conservadores; en la medida en que obedecemos a nuestros instintos secretos, a las fuerzas ocultas que se nos presentan, a los deseos de mejoramiento general que nos sugieren las circunstancias, somos revolucionarios. Por lo demás, y en vista de la finalidad última, estos dos tipos de franceses no son más que uno; la doble corriente que nos atrapa, a unos a la izquierda y a otros a la derecha, se resuelve en un mismo movimiento» (Confessions, p. 308).

49 «Russische Anthologie», en Süddeutsche Monatshefte, febrero de 1921, texto vuelto a publicar en Rede und Antwort, Berlín, S. Fischer, 1922, p. 236.

50 «Naturrecht und Humanität in der Weltpolitik», en Deutscher Geist und Westeuropa. Gesammelte kulturphilosophische, Tubinga, Aufsätze und Reden, 1925, pp. 3-27.

51 Das Schrifttum als geistiger Raum der Nation, Munich, Bremer Presse, 1927 (publicado también en Gesammelte Werke. Prosa IV, Frankfurt/M,. 1966, pp. 390-413).

52 Acerca de la historia de este sintagma, cfr. Armin Mohler, Die konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932. Ein Handbuch, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972, pp. 9-12; y Denis Goeldel, Moeller van den Bruck (1876-1925), un nationaliste contre la révolution, op. cit., pp. 7-26. Goeldel señala el empleo de una expresión equivalente («radikal konservativ») en Paul de Lagarde en 1853. Cfr. también Edgar J. Jung, «Deutschland und die konservative Revolution», en E.J. Jung [editor], Deutsche über Deutschland, Munich, Langen-Müller, 1932, pp. 369-383; y el artículo de Wilhelm Rössle, «Konservativer Revolutionär» aparecido en la Berlíner Börsenzeitung del 30 de mayo de 1935 en ocasión del 10° aniversario de la muerte de Moeller. Para un punto de vista crítico, cfr. Stefan Breuer, «Die "Konservative Revolution"-Kritik eines Mythos», en Politische Vierteljahresschrift, diciembre de 1990, 585-607; y Anatomie der Konservative Revolution, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993.

53 De allí el nombre de Ring-Bewegung dado a veces también a este movimiento. En 1928, el semanario Der Ring, órgano del Herrenklub, sucederá al diario del Juni-Klub (Das) Gewissen, que también ostentaba el emblema del Anilo.

54 Otros polos del movimiento juvenil-conservador estarían representados por el Círculo de Hamburgo, que se constituyó en torno a Wilhelm Stapel (1882-1954), autor de Der christliche Staatsmann (1932), y que fue objeto de violetos ataques por parte del régimen nacionalsocialista (cfr. especialmente Das Schwarze Korps, abril de 1935, y los Nationalsozialistische Monatshefte, agosto de 1937, pp. 410-417) después de su negativa a adherirse al NSDAP en 1933; el Círculo de Munich, que giraba en torno a Edgar J. Jung (1894-1934), colaborador cercano de von Papen a partir de 1932, y quien fue arrestado y asesinado por los nazis en la purga de junio de 1934; y el Círculo de Viena, construido en torno a Othmar Spann (1878-1950) –el «Maurras austriaco»– autor del célebre libro Der wahre Staat (1921). Fuera de estos círculos, se podrían citar también a jóvenes conservadores aislados como August Winnig (1878-1956), quien colabora algún tiempo con Ernst Niekisch en la dirección de la revista

Widerstand, al geopolítico Karl Haushofer (1869-1946), el antiguo jefe del Estado Mayor Hans von Seeckt (1866-1936), Hans Freyer (1887-1968), etcétera.

55 Gotinga, Vandenhoek u. Ruprecht, 1932.

56 Op. cit., p. 108.

57 Langages totalitaires, Hermann 1972.

58 Strasser, quien se convirtió en el «Trotsky del nacional-socialismo», evocaría más tarde la figura de su «viejo camarada, el inolvidable Moeller van den Bruck, el Jean-Jacques de la Revolución», a quien describía como «el más puro entre los puros de nosotros» (Hitler et moi, Bernard Grasset, 1940, pp. 23-24 y 35; cfr. también Hitler and I, Boston, Houghton Mifflin Co., 1940, p. 27). En cambio, es erróneo que pretendiera haber sido uno de los fundadores del Juni-Klub, del que ni siquiera fue adherente.

59 Fritz Stern, op. cit., p. 228 (página 240 de la traducción francesa).

60 Das Gewissen, 24 de junio de 1919.

61 Hans-Joachim Schwierskott (Arthur Moeller van den Bruck und der revolutionäre Nationalismus in der Weimarer Republik, Gotinga, Musterschmidt, 1962) hizo una lista exhaustiva de unos 135 colaboradores del diario. Además de Moeller van den Bruck encontramos los nombres de Hermann Albrecht, Karl Bleibtreu, Hans Blüher, Max Hildebert Boehm, Paul Dehn, Fritz Dessau, Paul Ernst, Paul Fechter, Willy Glasebock, Heinrich y Alexander von Gleichen-Russwurm, Hans Grimm, Karl Haushofer, Edgar J. Jung, Paul Lejeune-Jung, Rudolf Pechel, Wilhelm Schäfer, Franz Schauwecker, Ludwig Schemann, Hans Schwarz, Martin Spahn, Walther Schotte, Eduard Stadtler, Jakob von Uexküll, Hermann Ullmann, etcétera.

62 Y no en relación con este establecimiento, como lo escribe Jean-Pierre Faye (op. cit.), quien recopiló mal sus fuentes.

63 Sobre el Politische Kolleg für nationalpolitische Bildungsarbeit, cfr. Heinrich von Gleichen, «Das Politische Kolleg», en Deutsche Rundschau, abril de 1921; y Klaus-Peter Hoepke, «Das Politische Kolleg», en Mitteilungen der Technischen Universität Carolo-Wilhelmina zu Braunschweig, 1976, 2, pp. 20-25.

64 Walter Struve, Elites against Democracy, Princeton, Princeton University Press, 1973, p. 227.

65 Hans Zehrer, Die Tat, 20, 1928-29, p. 465.

66 «Wandlungen der sozialen und politischen Weltanschauung des Mittelstandes», en Der Ring, 30 de mayo de 1931.

67 Op. cit., pp. 115-116.

68 Ibid., p. 139.

69 «Volkserhaltung», en Deutsche Rundschau, 1930, 222, p. 188.

70 Carta a Armin Mohler, 12 de octubre de 1948, citada por Mohler, op. cit., pp. 60-61.

71 Fritz Stern, op. cit., p. 223 (página 236 de la traducción francesa).

72 Der politische Mensch, [edición de Hans Schwarz], Breslau, Wilhelm Gottl. Korn, 1933, p. 43.

73 Ruf der Jungen. Eine Stimme aus dem Kreise um Moeller van den Bruck, 3a edición, Freiburg, i.Br.Urban, 1933, p. 21.

74 Cfr. Fritz Stern, op. cit., p. 225 (página 238 de la traducción francesa).

75 «Die Front der Jungen», en Süddeutsche Monatshefte, octubre de 1920, pp. 8-20; cfr. También Moeller van den Bruck, «Die Ideen der Jungen in der Politik», en Der Tag, 26 de julio de 1919.

76 Gewissen, 26 de enero de 1921.

77 «Das Recht der jungen Völker», en Deutsche Rundschau, noviembre de 1918, pp. 220-235.

78 Contrariamente a lo que a veces se ha escrito, Spengler no fue miembro del Club. Klemens von Klemperer (op. cit., p. 109) y Schwierskott (op. cit., pp. 134-135) confirman, en cambio, que fue invitado.

79 «"Der Untergang des Abendlandes". Für und wider Spengler», en Deutsche Rundschau, julio de 1920, pp. 14-70; el texto fue reeditado en Das Recht der jungen Völker. Sammlung politischer Aufsätze, [edición de Hans Schwarz], Berlín, Der Nahe Osten, 1932 («Die Auseinandersetzung mit Spengler», pp. 9-39).

80 Op. cit., p. 238 (página 250 de la traducción francesa).

81 «Antwort an Barrès», en Gewissen, 21 de abril de 1920; texto reeditado en Das Recht der jungen Völker (1932), op. cit., p. 51.

82 «Frankreich», en Gewissen, 21 de abril de 1920; texto reeditado en Das Recht der jungen Völker (1932), op. cit., p. 43.

83 De Constantin Frantz (1817-1891), cfr. Das neue Deutschland (1871), Der Untergang der alten Parteien und die Politik der Zukunft (1878) y Die Weltpolitik (1882 ff.). Frantz proponía la creación de un vasto Estado Federal Centroeuropeo como alternativa a la pequeña Alemania Unitaria de Bismarck.

84 Friedrich Naumann (1860-1919), Mitteleuropa, Berlín, Georg Reimer, 1915 (traducción francesa: L'Europe centrale, Payot, 1916). La obra, sin embargo, insiste sobre todo en los Balcanes y la Europa sudoriental, mientras que Moeller coloca el acento en el Báltico. Pastor protestante, Naumann funda en 1896 la Unión Social-Nacional, que intentó –sin gran éxito– atraer a los trabajadores social-demócratas. Fue diputado al Reichstag a partir de 1907 y tomó parte activa en la Asamblea Nacional de Weimar en 1919.

85 F.M. Dostoewskij, Sämtliche Werke, 2a edición, Munich, R. Piper & Co., 1922, vol. 1, p. VI.

86 «Der Sieg Lenins», en Gewissen, 30 marzo de 1921.

87 «Dostojewski als Politiker», en Gewissen, 31 de octubre de 1921.

88 «Politik wider Willen», en Gewissen, 24 abril de 1922 (artículo sin firma).

89 «Die deutsch-russische Seite der Welt», en Gewissen, 15 de mayo de 1922.

90 «Asia es nuestra América», ya había exclamado Menschikoff durante la Primera Guerra mundial. «En Europa –agregaba– somos los esclavos; en Asia, llegamos como señores. En Europa seríamos los tártaros; en Asia, llegamos como europeos». Se

conoce también la exclamación de Dostoievski, lanzada algunos días antes de su muerte: « ¡Hacia Asia, hacia Asia! ».

91 Völkischer Beobachter, 16 de agosto de 1923.

92 «Der Wanderer ins Nichts», en Gewissen, 2 de julio de 1923; «Radek noch einmal. Die "Arbeiterund Bauernregierung". Der dritte Standpunkt», en Gewissen, 16 de julio de 1923; «Wirklichkeit », en Gewissen, 30 de julio de 1923. Los tres textos, así como los discursos de Radek, fueron reimpresos en Das Recht der jungen Völker (1932), op. cit., pp. 75-100. Del lado comunista, estos textos fueron igualmente publicados en forma de folleto, junto a las contribuciones de Reventlow y Fröhlich (Schlageter. Eine Auseinandersetzung, Vereinigung Internationaler, Verlags-Anstalten, ca. 1923).

93 Al mismo tiempo, como lo ha señalado Louis Dupeux, esta «línea Schlageter» sugiere que «los comunistas cada día se daban más cuenta del peso de las clases medias en una sociedad moderna (...) la conquista de estas clases les [parecía] cada vez más claramente una condición absolutamente indispensable para la victoria de la revolución alemana» (Stratégie communiste et dynamique conservatrice. Essai sur les différents sens de l'expression «national-bolchevisme» en Allemagne, sous la République de Weimar, 1919-1933, Universidad de Lille III y Honoré Champion, 1976, p. 30).

94 Después de la guerra, todavía será acusado de «nacional-bolchevique» por la comunista Ruth Fischer (Stalin und der deutsche Kommunismus, Frankfurt/M. 1948; trad. estadounidense: Stalin and German Communism. A Study in the Origins of the State Party, Cambridge, 1948).

95 Rudolf Pechel, Deutscher Widerstand, Erlenbach-Zürcih, Eugen Rensch, 1947, pp. 277 y sigs.

96 Gewissen, 45, 1923. Moeller formula un juicio análogo en una carta a Paul Ernst, fechada en mayo de 1924.

97 El asesinato de Rathenau constituye uno de los principales episodios del célebre relato de Ernst von Salomon, Les réprouvés, Plon, 1931 (cfr. pp. 287-289).

98 Gewissen, 4, 37.

99 «Vaterland und Mutterland», en Grenzboten, enero de 1920, pp. 65-72.

100 Die Deutschen, vol. 3: Verschwärmte Deutsche, Minden, J.C.C. Bruns, ca. 1905, pp. 13-14.

101 Cfr. «Rasseanschauung», en Der Tag, 9 de julio de 1908; «Die vierte Rasse», en Der Tag, 7 de agosto de 1916; «Rasse», en Gewissen, 7 de abril y 28 de abril de 1924; textos publicados después en Das Recht der jungen Völker (1932), op. cit., pp. 193-206. Cfr. también la correspondencia intercambiada entre Moeller y Ludwig Schemann, el biógrafo y traductor alemán de Gobineau, entre 1908 y 1914: «Briefe Moeller van den Brucks an Ludwig Schemann», en Deutschlands Erneuerung, junio de 1934, pp. 321-327, y julio de 1934, pp. 396-399. Sobre la utilización de la palabra «raza» en los escritos de Moeller, cfr. Denis Goeldel, Moeller van den Bruck (1876-1925), un nationaliste contre la révolution, op. cit., pp. 465-475.

102 Aquí se reconocía la crítica dirigida por Maurras a los teóricos de la Francia heredera solo del elemento germánico, como Boulainvilliers.

103 «Rasse», art. cit. La publicación de este artículo suscitó una carta indignada de un joven Völkisch llamado Hermann Herder. Fue publicada en Gewissen del 24 de abril de 1924, con una réplica de Moeller. El material de la controversia será vuelto a publicar en Das Recht der jungen Völker (1932), op. cit. («Eine Zuschrift und eine Erwiderung», pp. 207-213). «El Dr Harder –escribe Moeller– me habla del alma de la raza. Dicha noción no entra en mi visión en ningún apartado. La rúbrica de todas las rúbricas es la historia, que hizo de las razas naciones».

Y Moeller repite que no cuenta el haber tenido fe en el pasado «étnico», sino haber tenido fe en el futuro de la nación. Añade que el racismo se parece al romanticismo que él había criticado desde hacía mucho, y que la joven generación debía aprender a pensar en términos «histórico-políticos», pues su misión es hacer historia y no perseguir la prehistoria. Hermann Harder le responderá el 29 de abril de 1924 en una nueva carta que no fue publicada en Gewissen, pero que aparecerá diez años más tarde en una revista völkisch («Zerreist der Nordische Gedanke das deutsche Volk ? Eine Erwiderung an Moeller van den Bruck», en Die Sonne, julio de 1934, pp. 328-333). Moeller habría proyectado escribir también, poco antes de su muerte, una obra titulada Die Rasse des Geistes und die Rasse des Blutes.

104 Op. cit., p. 35.

105 Armin Mohler, op. cit., p. 404.

106 «An Liberalismus gehen die Völker zugrunde», en Moeller van den Bruck, Heinrich von Gleichen y Max Hildebert Boehm [editores], Die neue Front, Berlín, Gebr. Paetel (Dr. Georg Paetel), 1922, pp. 5-34. La obra contiene también los textos de Martin Spahn, Hans Roseler, Willy Schlüter, Rudolf Pechel, Wilhelm Stapel, Karl Bernard Ritter, Paul Fechter, Albert Dietrich, Wilhelm von Kries, Bernhard Leopold, Heinz Brauweiler, Walther Schotte, Hermann Ullmann, Paul Ernst, August Winnig, Hans Grimm, Karl Hoffmann, Georg Escherich, Eduard Stadtler, etcétera.

107 Hay que recordar que a partir de 1939-40, el nacionalsocialismo comenzó progresivamente a abandonar la expresión «III Reich» en favor de «Reich alemán» (deutsche Reich), tal y como se puede apreciar al observar las modificaciones que daban título a muchas publicaciones o títulos oficiales.

108 Denis Goeldel, «Moeller van den Bruck: une stratégie de modernisation du conservatisme ou la modernité à droite», art. cit., p. 140. Goeldel publicó además una lista exhaustiva del uso que le dio Moeller a la noción de dritt (tercero) como «técnica de resolución de conflictos» (Moeller van den Bruck, 1876-1925, un nationaliste contre la révolution, op. cit., pp. 426-438).

109 Op. cit., p. 254 (página 265 de la traduccón francesa).

110 Le déclin de l'Occident, Gallimard, 1948, vol. 1, p. 509.

111 «Der Dichter in Zeiten und Wirren», en Das neue Reich, pp. 35-39. Cfr. también la revista Die Tat, 1918-19, pp. 642-646 y 953.

112 Citamos la versión francesa, Le Troisième Reich.

113 Op. cit., p. 113.

114 «Ein Wanderer ins Nichts», en Frankfurter Allgemeine Zeitung, 23 de abril de 1976.

115 Denis Goeldel (Moeller van den Bruck, 1876-1925, un nationaliste contre la révolution, op. cit.) demuestra que el término «socialismo» es una de las palabras clave en el vocabulario moelleriano y que recibió, desde 1918, un valor de uso casi siempre positivo.

116 «Die Sozialisierung der Aussenpolitik», en Der Tag, 3 de marzo de 1919; el texto se compiló en Das Recht der jungen Völker (1932), p. 112.

117 Max Hildebert Boehm ya había expresado cierta simpatía hacia los teóricos consejistas en un texto de 1918, reeditado (en una versión corregida fechada en mayo de 1919) en Ruf der Jungen, op. cit.

118 Las proposiciones económicas de Moeller compaginan muy cercanamente las tesis sobre la Gemeinwirtschaft sostenidas por Wichard von Moellendorf, político próximo a los medios neoconservadores. Nacido en 1881 en Hong-Kong, Moellendorf ocupa en 1919 el puesto de subsecretario de Estado de Economía y se suicidará en 1937. Sus principales textos del período 1919-22 fueron reunidos bajo el título Konservativer Sozialismus, [edición de Hermann Curth], Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, 1932. El «socialismo» moelleriano, en cambio, parece muy moderado respecto del de otros representantes de la Revolución Conservadora, quienes le reclaman volver a tomar la distinción clásica entre capitalismo industrial, valorado como positivo, y el capitalismo financiero, juzgado parasitario, sin considerar jamás de manera fundamental la lógica del capital. Ellos mismos acusaron a Moeller de disponer el sistema capitalista en un sentido solidarista y corporativo, limitándose a asociar a los empleados y los empleadores en un simple sistema de participación. Goeldel subraya, por su parte, que Moeller prácticamente no se interesa en las clases medias (las Mittelstand) entonces en pleno desorden.

119 Al término de un análisis lexicológico conciso (método estadístico, estudio contextual de los campos semánticos, etcétera), adicionado con un análisis discursivo de los escritos políticos de Moeller, Denis Goeldel habla de una «estrategia de lenguajes» que permitiría a los conservadores, en el «combate de los lenguajes», encontrar una posición dominante (Moeller van den Bruck, 1876-1925, un nationaliste contre la révolution, op. cit.). Pero también comprueba, al rechazar a la vez las tesis que hacen de Moeller un «revolucionario auténtico» y un «místico», que «el modo de poder preconizado por Moeller presenta indudablemente una analogía con la estructura y el funcionamiento de la revolución, la democracia y el socialismo históricos» (cfr. Denis Goeldel, «La mobilité des concepts de révolution, socialisme et démocratie. Etude de cas: Moeller van den Bruck», en Gérard Raulet [editor], Weimar ou l'explosion de la modernité, Anthropos, 1984, pp. 79-95).

120 Denis Goeldel, Moeller van den Bruck (1876-1925), un nationaliste contre la révolution, op. cit., p. 423.

121 L'utopie de la nation soldatique, tesis de doctorado, París, 1976. El autor llega a atribuir a Moeller una «mentalidad agrícola» (p. 246).

122 «Moeller van den Bruck: une stratégie de modernisation du conservatisme ou la modernité à droite», artículo citado, pp. 127 y 136. Goeldel nos parece, en cambio, que va demasiado lejos cuando escribe que Moeller «ignora la oposición clásica Kultur/Zivilization» (ibid., p. 131), lo que por el contrario está muy presente en su

obra, o cuando hace del autor de El Tercer Reich un «intelectual "orgánico" de los medios industriales, al elaborar una ideología de capitanes de empresa», que prefiguraba el «conservatismo tecnocrático» (ibid., p. 139). Tal definición se aplicaría más bien a otros animadores del Juni-Klub, cuya creciente influencia tal vez no fue tan ajena al suicidio de Moeller. Dicha tendencia «tecnocrática» no era muy acorde con la voluntad de «integrar a las masas recurriendo a la movilización y a la participación» que Goeldel reconocía también (ibid., p. 143) en Moeller.

123 Op. cit., p. 120.

124 Texto compilado por Max Hildebert Boehm, Ruf der Jungen, op. cit., pp. 74 y sigs. El cementerio de Lichterfeld se encuentra en Berlín, en los límites de la plaza Thuner. Los derechos de perpetuidad del lote funerario expiraron en octubre de 1990, y la lápida fue removida el 14 de julio de 1993. En octubre de 1993 se abrió una suscripción con la esperanza de impedir su destrucción y obtener una prolongación de la concesión.

125 Op. cit.

126 The War for Man's Soul, Nueva York 1943, p. 86.

127 Op. cit., p. 463. Gravemente herido durante la Primera Guerra mundial, Hans Schwarz (no confundirlo con el nacional-socialista Hans Schwarz van Berk) estuvo ligado a Moeller a partir de 1921. Su obra se compone sobre todo de compilaciones de poemas (Götter und Deutsche, Du und Deutschland, Die sieben Sagen) y de dramas (Pentheus, Rebell in England, Prinz von Preussen). Escribió también Europa in Aufbruch, Berlín, Ring, 1926; Die Wiedergeburt des heroischen Menschen, Berlín, Der Nahe Osten, 1930; Die preussische Frage, Berlín, Der Nahe Osten, 1932. Sobre su vida, cfr. Oswald von Nostitz, Ein Preusse im Umbruch der Zeit. Hans Schwarz, 1890-1967, Hamburgo, Christians, 1980.

128 Cfr. Wilhelm Wunderlich, Die Tat, 1931-32, p. 843.

129 Die politische Kampfbünde Deutschlands, Berlín, Junker u. Dünnhaupt, 1930, pp. 73 y sigs.

130 «Myths, Types and Propaganda, 1919-1939», en G.P. Gooch, M. Ginsberg, E.M. Butler et al., The German Mind and Outlook, Chapman & Hall 1945, p. 125.

131 Herren und Narren der Welt, Munich, List, 1954, p. 293.

132 Los archivos confiscados fueron transferidos a los edificios de la Bauakademie de Berlín, donde en gran parte fueron destruidos por los bombardeos del fin de la guerra. Lo que se pudo salvar fue trasladado inmediatamente a la Biblioteca Estatal Alemana de Berlín oriental y al Archivo Federal de Coblenza. Hoy día sobrevivirían los papeles personales conservados por Margarete Quitteck, dama de compañía de Lucy Moeller van den Bruck, después de la muerte de esta última que sobrevino en 1965. La suerte y el contenido de estos papeles es incierta (cfr. Denis Goeldel, Moeller van den Bruck, 1876-1925, un nationaliste contre la révolution, op. cit., p. 29).

133 Nationalsozialistische Monatshefte, junio de 1932, pp. 267-271 (aparecen extractos en la compilación Das Recht der jungen Völker).

134 Alfred Rosenberg, «Gegen Tarnung und Verfälschung», en el Völkischer Beobachter, 8 de diciembre de 1933; texto vuelto a publicar en Gestaltung der Idee, Zentralverlag der NSDAP, Munich, 1936, pp. 15-19.

135 Cfr. Völkischer Beobachter, 4 de junio de 1935; Das Schwarze Korps, 5 de junio de 1935; Wille und Macht, 1° de diciembre de 1935, pp. 1-6. Cfr. también Wilhelm Seddin, «Rechenschaft über Russland - Moeller van den Bruck», en Bücherkunde, 1935, pp. 221 ff.

136 «Preussentum» gegen Sozialismus, Berlín, Reichswart, 1935 («Zur Naturgeschichtliche der östlichen Magie», pp. 37-41).

137 «Moeller van den Bruck», en Criticon, mayo-junio de 1975, pp. 96-99.

138 Ostideologie und Ostpolitik. Die Ostideologie als Gefahrenmoment in der deutschen Aussenpolitik, Berlín, Götz u. Bengisch, 1936.

139 Moeller van den Bruck. Standort und Wertung, Berlín, Otto Stollberg, 1939, p. 53.

140 «Von seiner politischen Welt führt kein Weg in die deutsche Zukunft - weil von ihm kein Weg zum Nationalsozialismus führt» (ibid., p. 164).

141 La identificación de Moeller con el nazismo comienza en Francia desde antes de la guerra. Cfr. Edmond Vermeil, op. cit., p. 173; Albert Rivaud, «La révolution allemande et la guerre», en la Revue des Deux-Mondes, 15 de noviembre de 1939, p. 137. Das Dritte Reich fue calificada como la «Biblia de la ideología nazi» en las publicaciones de la Biblioteca Wiener (cfr. Ilse R. Wolff, [editores], From Weimar to Hitler. Germany, 1918-1933, 2a edición revisada, Londres, Wiener Library y Valentine & Mitchell, 1964, p. 201).

142 Artículo citado.

143 Op. cit., p. 152.

144 «Moeller van den Bruck. Schicksal und Anteil», en Die Tat, julio de 1933, p. 273.

145 «Nationalistisch», en Gewissen, 25 de junio de 1923; texto reimpreso en Das Recht der jungen Völker (1932), p. 109 («Nationalismus ist heute in Deutschland: Widerstand»).

146 Artículo citado.

147 Ibid.




# Das Dritte Reich

## Germany's Third Empire

**Arthur Moeller van den Bruck**

http://home.alphalink.com.au/~radnat/moeller/index.html